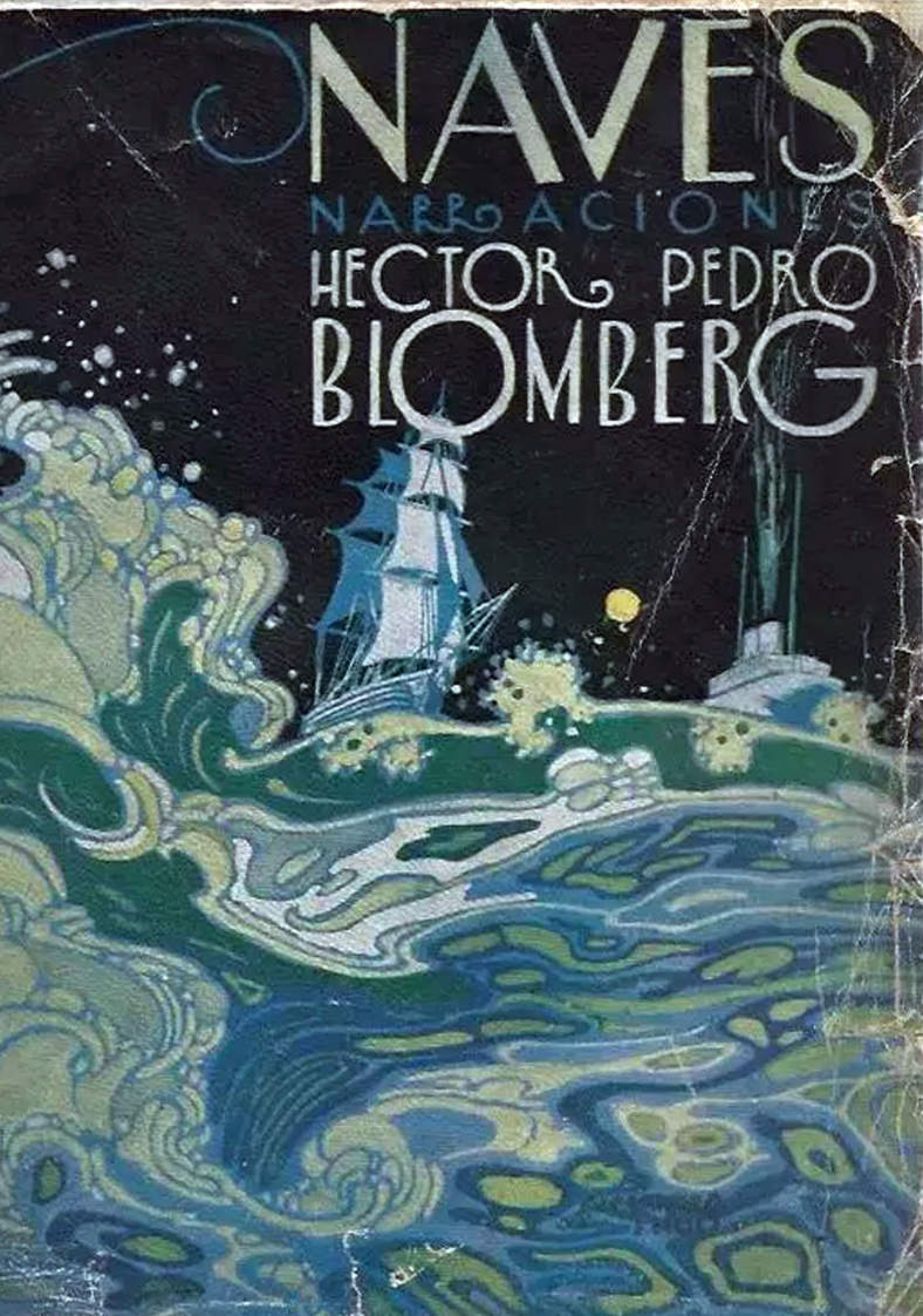
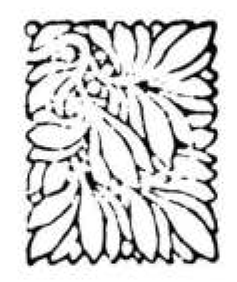

NAVES
NARRACIONES
HECTOR PEDRO
BLOMBERG

N A V E S

HECTOR PEDRO BLOMBERG

NAVES

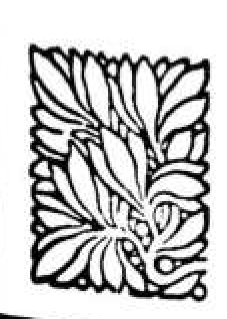
(Las veladas del Bar Garibaldi)



VOL. I

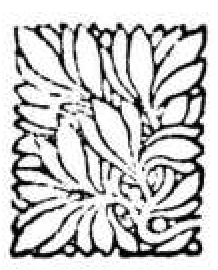
BIBLIOTECA





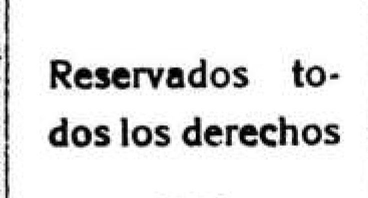
PUBLICADA POR  BUENOS AIRES

MCMXXVII




HECTOR PEDRO BLOMBERG
NAVES
BIBLIOTECA
SOL
(SELECTA DE OBRAS LITERARIAS


HECTOR PEDRO BLOMBERG
NAVES
Vol. I
BUENOS AIRES
MCMXXV



N A V E S

Las almas son naves que pasan, veleros
Que al soplo del viento de la vida van,
Y nuestros ensueños son los pasajeros:
Cuando uno se muere lo arrojan al mar.

H. P. B.

Las últimas novelas cortas de Blomberg, confirman la individualidad artística de uno de los más originales literatos argentinos de la actualidad.

Descendiente de escandinavos por línea paterna y de antigua familia hispano - colonial por la materna, su aspecto físico, el carácter y detalle de su obra responden, casi en totalidad, al influjo atávico del primer elemento.

No puede decirse que el autor tenga para sí una provincia o un territorio literario. El señor Blomberg se ha ido más lejos aun y se ha llevado su musa andariega por los "caminos del mar", que son mucho más largos que los de la tierra. En cada cuento y en cada verso del autor hay un miraje de lejanos horizontes, un asomo de infinito, un ansia de vagar y perderse por entre las rutas desconocidas.

Blomberg es un escritor realista en el más noble sentido de la palabra. Su realidad se perfuma siempre en un penetrante vaho de poesía. A pesar de lo rudo de algunas situaciones y de lo áspero de ciertos relatos, el poeta ilumina la escena, tornándola simpática y humana ante el lector. Sus puertos, sus marineros, sus globe-trotters, sus borrachos, sus chalanes, sus mercaderes, tienen una profunda y humana realidad. Sus dolores y sus torturas son los nuestros, trasladados a un ambiente más amplio, más vasto o más grosero.

En ningún momento el cuentista mata o acalla la honda voz lírica del autor. El poeta se revela en todo, aun en la elección de los personajes secundarios. No sabe o no tiene tiempo para pintar al detalle, con paciencia poco inteligente de miniaturista: prefiere, en cambio, dar con un toque de color, de perfume o de armonía, un ambiente total, de esos que quedan fuertemente grabados en la memoria de los lectores.

Debido a todas estas condiciones positivas y envidiables, el señor Blomberg goza de un merecido prestigio en nuestro mundo literario.

Así como a Quiroga le pertenece la selva misionera, a Juan Carlos Dávalos las quebradas pintorescas de su provincia natal, y a Gálvez, algún suburbio de Buenos Aires, el autor que comentamos se ha quedado con los hombres y ambientes del mar. Le pertenecen por derecho propio y nadie podría negárselo.

Y puertos, marinos, capitanes, viejos patachos y barcos nuevos, tierras lejanas en donde se hablan lenguas o dialectos desconocidos, aparecen en las páginas de este fecundo escritor, embellecidos por su talento y diademados con la aureola lírica que les teje el poeta.

"La Razón".



P R O L O G O

COMO ESCRIBI ESTOS CUENTOS, Y OTROS

Son varios los volúmenes de cuentos que he dado al público. Titulábase el primero "Las puertas de Babel", relatos de la vida cosmopolita y miserable. Me atrevo a afirmar que se cumplió el vaticinio generoso de Manuel Gálvez, que me instó a publicar este libro y lo prologó: dichos cuentos, vivientes y amargos, gustaron extraordinariamente.

Dos o tres años más tarde publiqué "Los habitantes del horizonte", otra colección de narraciones del mismo ambiente. Proponíame yo al escribir estos cuentos dar a conocer a mis lectores argentinos—que desde hace años me alientan con su favor y con su elogio — la vida de las barriadas sórdidas y un tanto misteriosas de mi ciudad natal. De las penumbras del Paseo de Julio, que yo, periodista curioso, frecuenté en los días de su apogeo (allá por 1915 y 1916); de los muelles, los callejones y los figones de la Boca del Riachuelo, fuí obteniendo tipos reales, vivientes, de un color extraordinario; hombres y mujeres de pesadilla, aplastados por el dolor, el hambre, el remordimiento, la miseria o la nostalgia: una muchedumbre de almas miserables, a quienes "el amor perdió, o perdieron el amor", según las palabras de uno de mis críticos más sinceros y penetrantes, Julio Fingerit.

Fué allá en mis días de repórter de "La Nación" y "La Razón" cuando inicié mis apasionadas peregrinaciones por el mundo sumergido y tenebroso de los bajos fondos porteños.

Creo — y esto lo han dicho varios críticos de renombre — que ningún escritor me precedió en estas investigaciones conmovedoras. Mendigos y homicidas, como el médico griego de "Cigarras del hambre" y el asesino

de "La mulata"; cortesanas y ebrios ("La camarera del café Rossini"); taberneros fugados de los presidios extranjeros, tratantes de blancas, prestidigitadores y vampiresas de baja estofa... ("Los errantes" y "El idilio de Simón").

La lista es larga. Roberto J. Payró, en "La Nación", elogiaba mis tipos y cuadros de la mala vida en los puertos de la Patagonia. Otros escritores llamaban la atención sobre la emoción desgarradora de mis dolorosas pinturas humanas. Es porque habían salido de la realidad. Fuí a buscarlos en sus antros, en sus escondrijos, en su miseria y su tiniebla.

De este modo, sin traicionar nunca mi estética ni mi modalidad literaria, produje numerosos cuentos. Los que contiene el presente volumen tienen un origen semejante a los que cito más arriba. Intenté aprisionar en los angustiosos límites de un relato breve, episodios y escenas de la vida dolorosa de los humildes, de los míseros, de los caídos. Y también de los buenos que buscan la luz desde el fondo de su sombra.

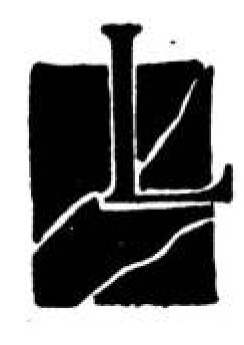
"Naves", compuesto en su totalidad de relatos sintéticos — salvo alguna que otra excepción — viene a sumarse y a superar la lista de mis tomos de cuentos: "Los soñadores del bajo fondo", " Los peregrinos de la espuma", "Los pájaros que lloran", "Las lágrimas de Eva", y los que nombro al principio de estas líneas.

Es mi esperanza que encuentre en mis lectores la acogida generosa que éstos tuvieron para aquellos.

EL AUTOR.

Buenos Aires, Junio de 1927.

Una Navidad en el mar



AS noches de Navidad suelen ser interesantes a bordo de los navíos que cruzan el mar. Especialmente cuando durante días interminables los viajeros no ven más que el cielo y el agua, y el hastío, el aburrimiento, se tornan cada vez más trágicos, y el agua verdosa, el cielo azul, se vuelven cada vez más intolerables.

La Nochebuena de 1913 a bordo del Highland Glory, trae a mi memoria recuerdos inolvidables.

El Highland Glory zarpó de Tilbury Docks, Inglaterra, en la primera semana de Diciembre. Era un vapor de 7.500 toneladas, matrícula de Newcastle, y conducía escasos pasajeros. Eran esos pasajeros de aquellas gentes vagas, y en cierto modo misteriosas, que parecen haber nacido para rodar por las rutas del planeta sin dejar más huella en el recuerdo de sus compañeros de viaje, en el alma de sus semejantes, que la huella que dejan los navíos en las aguas del océano.

Excepto uno de ellos.

Era un judío polaco. Comprobóse más tarde, al llegar a Buenos Aires, que se trataba de un tratante de blancas de reputación internacional, disfrazado de comerciante austriaco.

Se me ha olvidado su nombre. Mas tengo presente siempre que era un hombre joven todavía, de gallarda presencia, y de cierta cultura. Arrastraba un poco más

las erres, detalle siempre sospechoso entre ciertos viajeros, y vestía con esmerada elegancia.

Jugaba al piqué. Era su juego favorito. Este juego imbécil parecía absorber su pensamiento en la travesía interminable del océano.

Cuando, luego de atravesar el Cantábrico, con una calma ominosa, quince días después de una galerna, tocamos una mañana radiante la ría azul de La Coruña, con sus ruinas marítimas asomando a flor de agua y sus barcos con ciegos que cantaban romances al son de guitarras gemebundas, el judío polaco jugaba al piqué. Varios días más tarde, cuando una tempestad inminente llenó de pavor el corazón de los pasajeros, el judío polaco seguía jugando al piqué.

Fué una Navidad tempestuosa, aquella de 1913. Las aguas airadas de la tormenta que íbamos huyendo, jugaban, familiares y brutales, con el Highland Glory.

Pero los ingleses de a bordo se preparaban a festejar dignamente sus Christmas. Bajo el cielo gris, entre el tumulto del oleaje, el muérdago ornaba las puertas del salón de cámara.

Llegó la noche. Una noche fría y cruel, con mares iracundos y cielos impenetrables. Pero era Christmas, era la Nochebuena.

La nostalgia sutil de la patria que quedaba detrás del mar cantaba en el corazón de aquellos ingleses fríos y sentimentales, corriendo hacia Buenos Aires.

El comandante del Highland Glory reunió en su mesa a los pasajeros, y extendió la invitación a los de la segunda clase.

Oyó la invitación el judío polaco, que jugaba en ese instante al piqué, con un francés, el único viajero de su nacionalidad a bordo, y manifestó su extrañeza.

—Cristo está esta noche entre nosotros — explicó el comandante.

Se oyó el ronco sollozar de las aguas.

El vapor se estremecía.

Los pasajeros de la primera se alinearon en torno de la gran mesa. El muérdago de las cristianas tradiciones perdíase entre el rojo de las cortinas, y las dulces misses inglesas besaban a sus compañeros de viaje, ruborizadas e infantiles, bajo la planta de las leyendas.

Los pasajeros de la segunda eran en su mayroía españoles embarcados en La Coruña. Algunos iban a Buenos Aires por segunda, por tercera, otros por primera vez. El amor de la Nochebuena los reunía en aquel vapor que corría por el Atlántico, bajo el hosco cielo, sobre las aguas hostiles.

—¿Están todos?

El jefe de "stewards" paseó una mirada sobre los pasajeros.

—Falta una pasajera de segunda, señor, — dijo, y el comandante del Highland Glory frunció el ceño.

—Ruéguele en mi nombre que nos haga el honor de acompañarnos, — exclamó al cabo de un instante.

Todos guardaron silencio. Un silencio de muerte. El judío polaco seguía jugando al piqué. El jefe de "stewards" vaciló.

El comandante nada dijo. Pero se puso de pie y desapareció del salón de cámara. En el silencio que se prolongaba, el sordo lamento del Atlántico proseguía.

Sentáronse todos en torno de la gran mesa llena de flores y botellas de champagne. Las misses, un poco pálidas, jugaban con sus cubiertos. Los hombres callaban. Transcurrieron los minutos, diez, quince.

Después de un cuarto de hora las cortinas rojas se descorrieron. El comandante reapareció, correctísimo dentro de su uniforme de gala, humedecidos los grises cabellos por la espuma del mar.

A su derecha, asida tímidamente de su brazo, una mujer de cabellos de fuego, de inmensos ojos negros, ataviada en un traje de soirée bajaba la bella cabeza, y su rostro reflejaba todos los tormentos del infierno.

Las misses tenían los ojos fijos en el mantel blanquísimo.

—Señoras y señores — exclamó el comandante del Highland Glory, — Cristo está esta noche con nosotros...

Algunos hombres tosieron. Otros se pusieron de pie, saludando. El comandante, como quien condujese una princesa, condujo a la cortesana de la segunda clase al sitio de honor de la mesa de Navidad.

El judío polaco había enmudecido.

La cena de Christmas, naturalmente, fué un poco fría después del episodio.

Pero, a los postres, la animación empezó a acentuarse. El champagne de Francia y el Jerez de España corrían generosamente.

Alguno propuso que se bailase. Tres o cuatro parejas, desafiando el balanceo del vapor, se entregaron a la danza, mientras el viento soplaba con furia sobre las cubiertas y el oleaje bramaba sus iras misteriosas.

La viajera de la segunda clase, que apenas había tocado los manjares y el vino, se acurrucaba en un rincón.

—¿Usted quiere bailar, señora?

La pobre mujer levantó sus ojos avergonzados. Un joven inglés, el viajero más popular de a bordo, le ofrecía cortésmente el brazo.

Fué entonces cuando el judío polaco, que estaba jugando su eterna partida de piqué, intervino. Había bebido mucho champagne, y el inglés también.

—La señora no baila — dijo el polaco, interponiéndose brutalmente entre ambos.

El inglés palideció levemente. Luego tomó de un brazo al polaco, y ambos desaparecieron tras las cortinas rojas.

El Atlántico continuaba sollozando su pesadumbre tumultuosa, y el piano, en un ángulo del salón, cantaba un viejo vals de Alemania.

La pasajera rompió a llorar bajo el muérdago, ante el silencio de los viajeros. El viejo comandante se acercó a ella, y acarició dulcemente los cabellos de fuego.

—Cristo está entre nosotros, — repitió.

El inglés demoró unos veinte minutos en regresar.

Cuando reapareció en el salón de cámara, el piano seguía desgranando la suave y poética melancolía del vals germánico, y el Highland Glory continuaba su marcha a través de los mares.

—Un accidente — explicó el inglés, apoderándose de una copa de champagne.

Pero todos habían comprendido que las cadenas de la pasajera rubia estaban rotas, que la cortesana había sentido el beso de Cristo, y que el judío polaco estaba jugando al piqué con los peces del Atlántico.



Rata de muelle

GROSSMANN instaló el Viking Bar en la entraña de la Boca allá por el año 1915, en plena guerra europea.

De corta estatura, de torso atlético y ojos azules que casi siempre estaban empañados en sangre, Grossmann durante su juventud fué un luchador de circo. A los treinta años casó con una griega de Salónica. La conoció en el circo, donde la griega desempeñaba las flexibles funciones de mujer serpiente.

Después de la boda, ambos se retiraron del pequeño circo y se establecieron en Génova. Allí Grossmann abrió un bar para marineros.

Allí también nacieron los dos hijos: Ana y Federico. La griega murió diez años más tarde.

Grossmann vendió el bar y se vino a América. Volvió a instalarse, esta vez en Pernambuco. En el puerto tropical ganó bastante dinero. Y fué en Pernambuco donde Federico Grossmann, que contaba trece años, desapareció.

Ana lloró durante mucho tiempo, inconsolable; pero el luchador se resignó. El muchacho había nacido con la sangre aventurera de sus mayores. Ya se las arreglaría él por el mundo.

Ana era fea. Diríase una imagen femenina de Grossmann, con sus anchas espaldas, sus ojos claros, su reducida estatura. Por raro contraste, su alma era dulce y afectuosa.

Al cabo de cuatro años, Grossmann se aburrió de Pernambuco y se trasladó a Santos. Luego apareció por los muelles de Montevideo.

Pero estas peregrinaciones no se debían al carácter aventurero del antiguo luchador de circo, sino a sus extrañas actividades.

En los puertos susurrábanse cosas bizarras. No faltaba quien asegurase que Grossmann era un tratante de carne humana. Aquellos marineros que bebían hasta perder el conocimiento en sus bars, desaparecían misteriosamente antes que llegasen las primeras claridades del alba... Aquellos capitanes mercantes que celebraban secretos conciliábulos con el barman, aquellas visitas discretas de la policía... Todo era verdad.

Por eso Grossmann se veía obligado a cambiar de puerto cada dos o tres años. Las denuncias eran vagas; nunca se le pudo probar nada. Mas el astuto comerciante comprendía que convenía cambiar de aires...

En Montevideo fué donde Ana lo abandonó. Grossmann, enfurecido, se maravillaba pensando en el hombre que se hubiera enamorado de aquella hija tan fea y tan poco inteligente.

¡Pobre Ana!

La profesión secreta de su padre, que ella advirtió desde su infancia, le causó siempre un horror silencioso. Lloraba en su covacha cuando oía, en medio del silencio de la noche, los ruidos sordos de los hombres de a bordo que llevaban los ebrios inconscientes a los navíos, entregados, o vendidos, mejor dicho, por su padre.

Y un día se fué.

Huyó con un italiano, un vendedor ambulante que se la llevó a Rio Grande. Grossmann, pasada su ira, se resignó filosóficamente. Estaba solo otra vez, como en los tiempos lejanos y aventureros de los circos.

Tres años hacía que Ana lo abandonara cuando la policía le intimó que abandonase el territorio uruguayo. Un

cónsul había formulado una serie de denuncias contra él. Grossmann se encogió de hombros.

Esa misma noche vendió el bar, y dos días más tarde recorría las callejas de la Boca del Riachuelo y abría allí el Viking Bar.

El Viking Bar estaba situado en un punto estratégico. Era una pequeña construcción de madera, muy vieja, en una esquina. Desde todas sus mesas se veía el río, los barcos, los muelles.

Era en 1915 y la guerra ensangrentaba el mundo. En la dársena Sur veíanse escasos paquetes de ultramar, entre ellos dos vastos vapores austriacos que estaban amarrados desde hacía seis meses. Sus tripulaciones internadas poblaban los pequeños bars de la calle Pedro Mendoza, entre ellos el de Grossmann. Grossmann era feliz en el turbio regazo de la barriada portuaria. El Viking Bar prosperó durante los primeros meses de su existencia. Pero los vapores desaparecían. Pronto en la amplitud de las dársenas no se vieron más que barcos de vela. La guerra cruenta y terrible, parecía haber borrado los vapores de la superficie de los mares. Grandes veleros llegaban del horizonte y amarraban en Buenos Aires; goletas de Finlandia, fragatas americanas, pailebotes de España, bricks holandeses y dinamarqueses...

Al cabo de un año, el negocio empezó a marchar mal. Los tripulantes de los veleros eran muy pobres. No gastaban las libras esterlinas como los tripulantes de los grandes paquetes.

Grossmann meditó profundamente.

Si las cosas continuaban de ese modo, acabaría por arruinarse. Tendría que cerrar el bar. Y él estaba viejo ya para volver a ganarse la vida luchando en los circos.

Una noche, un capitán dinamarqués a quien conociera en Pernambuco, le manifestó que necesitaba dos hombres para completar la tripulación. Su barco zarpaba a las dos de la mañana, y eran las siete de la noche.

Toda la tarde había estado ofreciendo contratos por la ribera. Pero en aquellos días terribles, los hombres tenían miedo al mar. La muerte acechaba bajo las olas. El exluchador se rascó la cuadrada cabeza.

El dinamarqués sin sacarse la pipa de la boca hizo sonar las libras esterlinas en el bolsillo. Aquel ruido despertó dulces vibraciones en el corazón de Grossmann.

—¿Cuánto, hein?

El capitán se inclinó y le habló al oído.

—Bueno...

Grossmann miró en torno suyo.

Tres o cuatro internados austriacos bebían melancólicamente, con los ojos nostálgicos fijos en la mole inmóvil de sus navíos.

Un herrero italiano devoraba sardinas en un rincón.

El exluchador siguió meditando. Tentábale el horrible oficio de otro tiempo...

Pasaban las horas.

Grossmann llamó a su camarero, un finlandés de fuerzas ciclópeas, y celebró una larga conversación con su cómplice.

—¿Entiendes Juan?

Juan entendía...

—Dos...

Salió a la calle y volvió una hora después. Le acompañaban dos hombres andrajosos, que caminaban con el balanceo característico de los marineros.

Uno de ellos era alto, flaco. Parecía noruego, o sueco. El otro era rubio, muy rubio. Una barba amarilla como el lino cubría casi todo su rostro. Era el más joven de ambos.

—Tienen hambre, — informó Juan a su patrón, haciendo sentar a los dos vagabundos en una mesilla.

Grossmann los miró con indiferencia. Para él no eran más que una mercadería.

—Házlos beber — ordenó, sin moverse de detrás del mostrador.

El dinamarqués volvería a las doce de la noche, en busca de los hombres. A esa hora lo vagabundos estarían inconscientes, y sería relativamente fácil trasladarlos hasta a bordo. Se despertarían en alta mar...

Grossmann los miraba beber. El delgado fué quien sucumbió primero a los efectos del gin, que Juan les servía en abundancia. Cayó pesadamente debajo la la mesa, y Juan y el cocinero lo llevaron al fondo del bar.

El hombre barbudo resistió unas copas más, hasta que al fin cayó inerte, la barba rubia chorreando caña de la Habana y Old Tom Gin.

—¿Ya están?

—Sí patrón, ya están listos para el viaje...

Grossmann miró el reloj. Eran las once y media.

Abandonó el mostrador y fué a ver a los ebrios. Parecían dos cadáveres, tendidos cuan largos eran en el sucio tugurio.

—Este es duro, — observó Juan golpeando con el pie al de la barba.

El vagabundo se incorporó bruscamente. Su borrachera se disipaba con rapidez. Grossmann soltó una blasfemia.

Aquel hombre le hacía fracasar el negocio. Miró en torno suyo y vió una barra de hierro en un rincón; la recogió sin vacilar y, aproximándose al vagabundo, que lo miraba con ojos turbios y sanguinolentos, le asestó un golpe brutal en la cabeza.

—Se le ha ido la mano... Ha pegado demasiado fuerte, patrón, — dijo Juan.

El desventurado lanzó un grito de agonía, y al escuchar aquel acento Grossmann sintió frío en las entrañas.

Se inclinó sobre la cabeza ensangrentada del vagabundo y reconoció en aquellos ojos que se helaban en la muerte, a su hijo, Federico Grossmann.

La salvación del Elisa King



STA es una de las historias que me contó Ericson, el noruego, en las veladas del dock Sur, en el restaurant de Ninno.

El Empress of Ireland era un vapor de 4.500 toneladas, matrícula de Cardiff. Fué construído en 1876, por la John Bird Line, y durante muchos años hizo la carrera de Australia y Sud Africa.

Ericson el noruego, enrojecido su pálido rostro de escandinavo con discretas libaciones, estaba meditando. Rompió bruscamente su silencio, e inició lenta y trabajosamente su relato.

—El viejo John Bird murió en 1899, señor...

Quedó al frente de la compañía naviera su hijo Tomás, buen muchacho, pero a quien interesaban más las orgías y las mujeres de Londres que los barcos que su padre construyó y lanzó sobre los mares.

Ericson suspiró. Le parecía imposible que hubiera hombres que no amaran a los barcos que andaban por mar. Prosiguió luego:

—Tomás Bird vendió el Empress of Ireland en un momento de urgencia financiera; lo vendió como se vende un traje usado, un barco que lo había visto nacer, como quien dice...

Un nuevo y tempestuoso suspiro acentuó la melancolía del piloto ante la lejana y dolorosa evocación.

—Bueno señor. Compró el Empress of Ireland un

europeo, de dudosa fama, un hombre conocido por sus turbios negocios en todos los puertos de Inglaterra, un tal Berkheim. Lo primero que hizo fué cambiar de nombre y la matrícula del viejo barco. Lo bautizó con el nombre de Elisa King, y lo matriculó en Southampton.

Jonás Binns, durante 16 años, fué el comandante del Empress of Ireland. Jonás había llevado el viejo buque por todos los mares, desde el día en que el "trade bord" de Cardiff le concedió el certificado de maestro navegante. El pobre Binns, cuando el Empress pasó a poder de Berkheim se embriagó como un loco, y después lloró amargamente.

Al salir tambaleando de la taberna en Cardiff, se encontró con Tomás Bird y lo llenó de insultos.

Bird se encogió de hombros, y le volvió la espalda, un poco pálido.

Cuando los pintores borraban el antiguo nombre del navío hubo que sujetar a Binns para que no los arrojase al agua, tal era su ira y su indignación.

Después pareció aplacarse, señor. Cayó en un silencio taciturno, trágico.

Binns tenía un sobrino, un jovencito, hijo de la única hermana de Binns, a quien éste adoraba y que había quedado viuda. Ana Binns vivía en Londres y parece que el muchacho tenía el alma un poco torcida...

Una vez que el Empress of Ireland cambió de nombre y de matrícula, Berkheim dispuso que siguiera en la carrera del Pacífico.

Al regreso del segundo viaje, Berkheim llamó a Binns y lo invitó a cenar.

Le preguntó muchas cosas raras, durante la comida. Preguntas como ésta, señor:

—¿Usted no ha hecho economías, Binns?

—Tengo 20 libras esterlinas por toda fortuna, señor— contest óel pobre Jonás.

Berkheim sonrió de modo ambiguo.

—Poco es para un hombre que ha trabajado toda su vida en el mar — dijo, y sus ojos escudriñaban el rostro rudo y rugoso de su capitán.

—Es mucho para un hombre que ha conservado las manos limpias y la conciencia tranquila hasta los cincuenta años, — refunfuñó Jonás, maravillado por el sabor de aquella sopa de tortuga que le servían en el más lujoso restaurant que pisara en su vida.

Berkheim siguió haciendo extrañas preguntas. Hasta que Binns creyó comprender... Su rostro se contrajo horriblemente y levantándose de la mesa, salió a la calle. Le ahogaba la ira.

Al llegar a su barco, su hermana Ana lo esperaba.

Binns miró el rostro de la pobre mujer y su honrado corazón se apretó de congoja. Comprendió que algo horrible había sucedido...

—¿Qué pasa Ana? — balbuceó.

Ana no podía hablar en su dolor y su angustia, hasta que, poco a poco, la historia fué saliendo a luz.

Roberto, el hijo de Ana, había cometido una defraudación en Londres, en la casa donde trabajaba como tenedor de libros.

Binns, lleno de horror y de espanto, preguntó:

—¿Y cuánto ha robado?

Ana sofocó su llanto.

—Robado no, Jonás... El pobre muchacho pensaba devolverlo, pero unos malos amigos lo obligaron a jugar...

—¿Pero cuánto dinero ha sacado de la caja? — interrogó Binns conteniendo su impaciencia.

Ana, palideciendo, balbuceó:

—Mil quinientas libras esterlinas...

Jonás dió un salto.

—Es una fortuna... ¡Miserable ladrón!

—No lo llames así Jonás... — imploró la desventurada Ana, — fueron sus malos amigos... El es bueno...

—Mil quinientas libras esterlinas, — repitió Binns, pálido como un muerto.

—El jefe de la casa me había dicho que no lo llevará a la cárcel si le devuelve el dinero dentro de tres meses, informó Ana tristemente.

Binns se apretaba la cabeza gris.

—¡Santo Dios! ¿De dónde quieres que yo saque mil quinientas libras esterlinas, yo que no tengo más que un sueldo de treinta libras por mes y una Biblia vieja?

Ana volvió a llorar. Veía a su hijo en la cárcel, deshonrado...

Se fué, prometiendo volver al día siguiente, y esa noche Jonás Binns no durmió.

* * *

Por la mañana temprano, pálido y resuelto, se fué a ver a su armador, a Berkheim.

—He pensado lo que Vd. me quiso hacer entender ayer — díjole, apretando los dientes.

Berkheim sonrió.

—Veo que es Vd. un hombre sensato, Binns, — respondió ofreciéndole un cigarro, que Binns rechazó brutalmente.

—De manera que...

El negocio se arregló allí mismo.

Jonás Binns salió de las oficinas de su armador, tambaleándose como un ebrio. Su rostro causaba espanto.

Ana lo estaba esperando a bordo. La pobre mujer no había dormido tampoco.

Binns la miró en silencio. Luego sacó un fajo de billetes del bolsillo y se los entregó.

—Cuéntalos, Ana, — dijo, con voz insegura.

Ana los contó.

—Son 750 libras esterlinas, Jonás...

—Llévaselas al patrón de tu hijo... Dile que le llevarás las otras 750 cuando...

Se interrumpió bruscamente. Su rostro daba miedo, señor.

—¿Cuándo, Jonás? — interrogó la pobre madre, anhelante de esperanza.

—Cuando el Empress of Ireland o el Elisa King se haya ido a pique...

El acento con que fueron pronunciadas estas extrañas palabras alarmó a la anciana.

—¿Qué quieres decir, Jonás?

—Nada, Ana, nada... Dios me perdone... Dentro de tres meses iré a visitarte en Londres y te llevaré el resto del dinero que ha robado tu hijo.

Despidióse llorando la pobre mujer.

En el tren se olvidó de las extrañas palabras de su hermano, y la idea de que su hijo no iría a la cárcel, la consoló.

Ocho días más tarde, el Elisa King, ex Empress of Ireland, zarpaba rumbo a Sidney, en Australia.

Binns parecía medio loco durante el viaje.

Paseábase por todos los rincones del barco, con los ojos extraviados. Una mañana lo sorprendí en la cubierta. Estaba llorando, y sus gruesas manos rugosas acariciaban las maderas del Elisa King.

Hablaba solo.

—¡Perdóname, Empress! — murmuraba, — perdóname... Soy un miserable, pero tengo que hacerlo por ella, por Ana...

El viento del mar jugaba con sus cabellos grises. Arriba palidecían las estrellas. La costa de Africa se veía a lo lejos, obscura y misteriosa.

Me acerqué sin ruido y toqué en la espalda a Binns.

Se volvió temblando.

—¡Ah! Es Vd., Ericson. — dijo. En el frío del alba, le sudor corría por las mejillas.

—¿Qué sucede, capitán?

Guardó silencio. Después, como adoptando una resolución suprema, puso sus manos sobre mis hombros.

—No puedo Ericson... .¡No puedo!

La angustia del gigante me inquietó. ¿Estaría demente el pobre Jonás Binns?

—No puedo... no puedo... — gimió.

—Todo me contó, señor, como se lo cuento yo ahora, en el Dock Sur, después de tantos años... El miserable Berkheim quería que Binns hundiera el vapor antes de llegar al puerto de destino, cerca de la costa, para que la tripulación pudiera salvarse. Había asegurado al Elisa King por una suma enorme y quería cobrar el seguro cuanto antes. El pobre vapor no debía volver jamás a Inglaterra...

—¡No puedo! ¡No puedo! ¡Mírelo, Ericson—dijo, acariciando las maderas del barco que había mandado durante tantos años... Está vivo... Este barco siente, comprende... como Vd. y yo... Y tengo que hundirlo...

Berkheim le había ofrecido mil quinientas libras esterlinas por el crimen. Y esa era la cantidad justa para que el hijo de Ana no fuera a la cárcel.

Ericson encendió su pipa y guardó silencio.

—¿Y después, Ericson?

—¿Después? La historia es singular, señor... Binns, aconsejado por mí y por su honrada conciencia, no hundió el Empress of Ireland. Llegamos a puerto, y allí supimos que Berkheim había muerto de un ataque al corazón, en Southampton. Dios lo había querido así...

—¿Y qué fué del hijo de Ana?

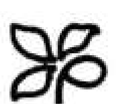
—El patrón se conformó con mil libras esterlinas... Le perdonó las otras quinientas. Binns logró juntar lo que faltaba para completar las mil y todo se arregló satisfactoriamente.

Binns vive ahora en Londres con su hermana. Son muy viejitos, los dos. El suele ir a ver los barcos en el Támesis.

El hijo de Ana, que se ha regenerado hace muchos años, mantiene a su pobre madre y a su viejo tío. En cuanto al Empress of Ireland, todavía anda por el mar.

Ericson volvió a suspirar, mientras sacudía la ceniza de su pipa.

Las estrellas de media noche temblaban sobre el silencio profundo del dock Sur.



Los tres llantos de Aurora Luey



urora Luey?

En la escuelita de la calle Almirante Brown la maestra habíale preguntado una vez en presencia de todos los niños, pues era una escuela primaria de ambos sexos, cuál era la nacionalidad de su padre.

Aurora Luey había guardado silencio, atemorizada, llena de turbación.

Era una pálida y amarillenta muñequita de ocho años.

—El padre es un chino que tiene un café en la calle Colorado — había informado uno de los hombrecitos de la clase, un pilluelo pelirrojo y con el rostro cubierto de pecas, hijo de un estibador de la Dársena Sur.

—¿Un chino? — exclamó la maestra, mirando con curiosidad a la pobre Aurora Luey, que temblaba de espanto en su rincón, — yo creí que fuera un japonés...

La pequeña alma tuvo súbitamente un gesto enérgico:

—Mi papá es chino, y tiene un café, pero yo soy argentina.

Al escuchar la aguda vocecita, la maestra la miró con la misma expresión de impertinente curiosidad.

Varios de los pequeños rieron, y la angustia creció en el alma de la muñequita amarilla.

Y esa fué la primera vez que Aurora Luey sintió en su inocente corazón el frío de la maldad humana. Ese día lloró amarga, desoladamente, mientras las sirenas de los

barcos atronaban los ámbitos de la Boca con sus ahullidos estridentes.

* * *

Once años habían transcurrido desde el día que Aurora Luey lloró al salir de la escuela.

Ya no era la frágil y amarillenta muñequita de antaño; habíase convertido, con el paso de los años, en una mujer extraña. Tenía los ojos de almendra de Hi Luey, su padre, y la gracia europea de una madre muerta cuando ella era pequeñita, en las profundidades del conventillo asiático desde cuya puerta veíanse las siluetas fatigadas de los navíos y se oían las voces de los muelles.

Aurora Luey contaba cerca de veinte años.

Casi nunca había salido de la Boca.

Hi Luey, viejo y astuto chino, sólo daba una libertad relativa a la hija de sus amores, a la que llamaba amorosamente, cuando estaba un poco ebrio de alcohol o de betel, "Luna naciente".

"Luna naciente" fué a la escuela, aprendió a leer y a escribir, y desde los quince años, su alma, en la que se confundían extrañamente los poéticos ensueños de su sangre china y los arranques impetuosos de su madre francesa, acostumbraba a escaparse del conventillo donde había nacido y se hundía en las regiones de la quimera.

El primer novio apareció cuando Aurora acababa de cumplir los diez y seis años. Era un pobre muchacho cualquiera. Lo que llamó la atención de Aurora sobre él era el hecho evidente de que no se trataba de un obrero, de uno de esos hombres andrajosos y sudorientos que al alba inundaban los muelles de la Dársena Sur, y que al crepúsculo hormigueaban por las callejuelas de la Boca como un rebaño de angustia y de fatiga.

Tratábase de un empleado de una barraca, una de esas vastas barracas de la antigua calle Santa Rosalía,

que mareaban a los transeuntes con el olor de cereales y maderas.

Fué el príncipe azul de Aurora Luey.

Aurora sólo pudo hablar tres veces con su modesto príncipe. El tercer día que él se acercó a ella, en la media luz del crepúsculo, en la esquina del café paterno, la magra y airada figura de Hi Luey se interpuso entre los dos.

Aurora huyó, temblando, y se refugió en las honduras del conventillo, mientras su Romeo desaparecía, aterrado ante el torrente de injurias que salían de los labios del chino.

Esa noche, en su trabajoso español, un español sin erres. Hi Luey prohibió terminantemente a su hija que tuviera relaciones de ninguna clase con ningún desconocido.

—Mi no quele — terminó diciendo, y se hundió en el bar.

El bar de Hi Luey formaba parte del conventillo de la calle Colorado, con una entrada propia, como es natural.

Un letrero chino, enigmático y misterioso, invitaba a entrar a los hombres amarillos que los navíos de ultramar volcaban en los muelles de la Dársena Sur.

Estos hombres eran la clientela principal de Hi Luey. Aurora los veía llegar y partir desde los años de su niñez. Hombres taciturnos, de mirada penetrante y triste, "coolíes" de Swatow y de Shangai, cocineros de los vapores de carga, desertores de los paquetes japoneses que hacían escala en Montevideo.

Hi Luey nunca le había permitido entrar al bar.

—Mujeles no entlan bal de Hi Luey — decíale su amarillo progenitor, cuando ella le proponía examinar el estado de limpieza del salón y de las cuatro o cinco piececillas misteriosas que seguían.

En esas piececillas los hombres amarillos de los navíos solaín reunirse hasta el amanecer.

Muchas veces, en las mañanas de la primavera y del

verano, Aurora, al levantarse a la hora que se levantan las alondras de los conventillos, había creído sentir un olor extraño en el corredor angosto y sombrío que separaba las piezucas del resto de la casa de vecindad.

Pero el olor habíase desvanecido con el sol.

Hi Luey tenía dos camareros de su raza. Uno de ellos era un hombrecillo frágil como un niño, jorobado. Una mancha sanguinolenta nublaba uno de sus ojos de almendra.

Aurora sentía verdadero espanto hacia ese hombre, que jamás le había dirigido la palabra.

La misión de Aurora Luey era lavar la lencería del bar, y las sábanas de ella y de su padre.

Hi Luey solía darle de vez en cuando un billete de diez pesos, que Aurora invertía rápidamente en las perfumerías y las tiendas de la avenida Almirante Brown.

Así llegó Aurora Luey hasta los veinte años.

Acababa de cumplirlos cuando un día se presentó la policía en la calle Colorado y se llevó a Hi Luey.

Empezaba la campaña contra los fumaderos de opio de la Boca.

* * *

Quince días más tarde la vida serena y gris se reanudaba.

Hi Luey había sido puesto en libertad, previo el pago de una gruesa multa, y los "coolíes" de Swatow y de Shangai continuaban frecuentando el bar de la calle Colorado.

Esta fué la segunda vez que Aurora Luey lloró.

Parecíale que la señalaban con el dedo en las tiendas de la avenida Almirante Brown...

Supo por un diario que el misterioso bar de su padre era un fumadero de opio. Comprendió, al cabo de muchos

años, el secreto de aquel olor extraño que solía inundar las mañanas del conventillo.

Otro año transcurrió, y varios Romeos rondaron el fumadero de opio. Pero la mirada penetrante de Hi Luey los ahuyentaba.

Aurora recordaba las palabras lentas y siniestras de aquel día lejano, y no se atrevía a afrontar las iras de su progenitor.

En el conventillo, Hi Luey gozba de un prestigio temeroso. Además del opio, otras industrias extrañas florecían en las piezuchas de cinc, industrias que hacían pensar a la policía, pero...

La segunda vez que Hi Luey fué detenido, un hombre rubio, bien vestido, de unos treinta años, se acercó a Aurora Luey, en el patio del conventillo, y la interpeló resueltamente.

Aurora lo conocía.

Trabajaba en una usina de la Dársena Sur, y solía ir al bar, por las mañanas, a beber media botella de cerveza, bajo la mirada hosca, hostil, del camarero tuerto.

Hacía muchos meses que amaba a la hija de Hi Luey. Era hijo de italianos, de genoveses, y aquella mujercita pensativa, de ojos de almendra, de semblante extraño, le había inspirado una extraña pasión.

La encontró llorando en el patio.

La policía había clausurado el bar, y un vigilante se paseaba por la vereda, mirando los navíos que pasaban a lo lejos, o bostezando, muerto de aburrimiento.

—Señorita...

Una mujer que lavaba en un rincón del patio miró de reojo, y siguió lavando.

Aurora Luey levantó el semblante lloroso y lo miró.

—Señorita...

El hombre estaba vagamente turbado. Se le conocía en la voz, en su actitud vacilante.

Bruscamente empezó su discurso.

—Lo han llevado otra vez a su papá... Lo han dejado tranquilo mucho tiempo... Pero ahora están decididos a arruinarlo... No es solamente el opio... ¿A quién le importa que unos cuantos chinos vengan a fumar opio en un bar de la Boca?.... Yo vengo a decírselo por usted... Usted es demasiado linda, demasiado joven, para quedarse aquí, en un fumader de opio, donde viene esa gente... ¡Si supiera lo que se dice en la calle Pedro Mendoza!...

Aurora Luey lo contempló estupefacta.

—¿Qué se dice?...

El hombre palideció.

—Cosas... Yo he venido a decirle ésto porque la quiero, señorita Aurora... Desde el verano...

La mujer seguía lavando en el patio.

* * *

El hombre iba todos los días a la calle Colorado.

Hi Luey seguía preso, y el bar y las piezucas estaban siempre herméticamente cerradas.

Aurora Luey escuchaba las palabras apasionadas del hombre, y empezó a creerle.

Una tarde él se aproximó, furioso, a las piezas clausuradas.

—¿Usted nunca ha entrado aquí? — preguntó.

—Nunca — contestó Aurora, estremeciéndose.

El la miró con extraña curiosidad.

—¿Nunca? — repitió.

El patio estaba solitario.

Las lavanderas habían salido, y tan sólo unos chiquillos andaban por las piezas de las habitaciones alquiladas.

—Me gustaría verlas — dijo le mecánico.

Aurora pensó que durante largos años había sentido idéntica curiosidad.

Pero las misteriosas habitaciones estaban cerradas.

El hombre examinó las cerraduras.

—Es fácil abrirlas — dijo.

Sacó un pequeño instrumento del bolsillo, y una de las puertas se abrió bruscamente.

—Ya está...

Aurora retrocedió al recibir en pleno rostro un hedor indescriptible, penetrante.

El hombre, sin arredrarse, penetró en las habitaciones, y ella lo siguió.

Dentro reinaba una penumbra viscosa.

Los ojos de ambos divisaron unos camastros inclinados, sillas y mesas dadas vuelta...

El olor dulzón, siniestro, del opio cocido, mareaba.

El hombre revolvió las ropas desordenadas de un camastro, como si buscase algo...

Luego se dirigió a otro. Aurora oyó una exclamación sofocada, y él ocultó rápidamente algo en sus bolsillos.

—Vamos — dijo, mirando a su alrededor.

Salieron de las piezucas.

—¿Qué fué lo que encontró en una de las camas? — preguntó ella, y el hombre esquivó la mirada.

—Nada — respondió — es decir, una pipa de opio que me llevo como recuerdo...

Mentía. Aurora lo advirtió, pero guardó silencio.

El crepúsculo de los muelles pobló de rumores y de harapientas figuras las callejas de la Boca.

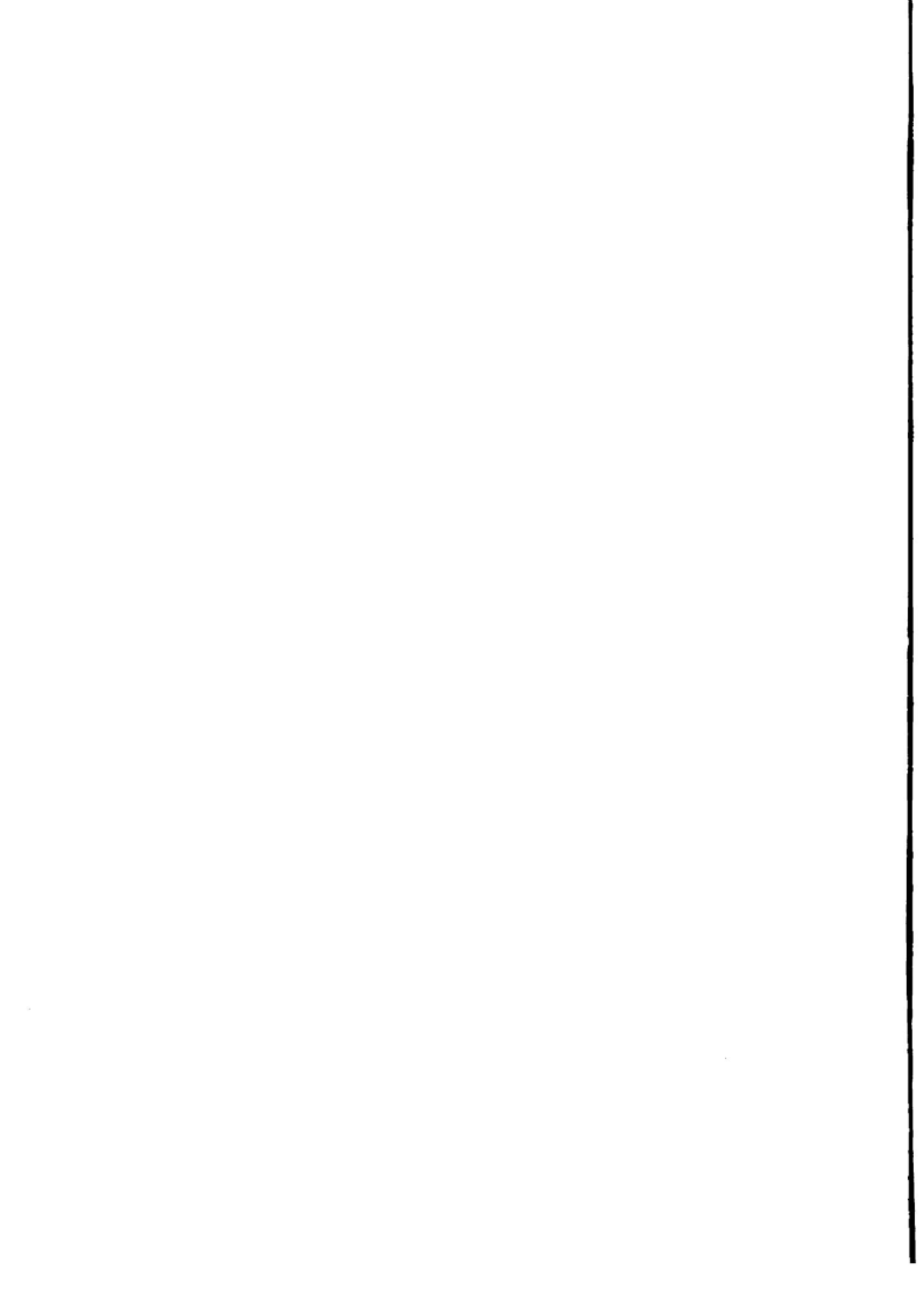
* * *

Al día siguiente, Aurora Luey lloró amarga, desoladamente, por tercera vez en su vida.

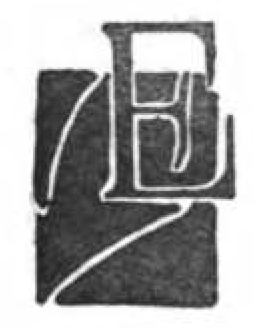
Porque el mecánico de la usina, que no era sino un policía, había descubierto un fajo de billetes falsos en el camastro del fumadero de opio.

El bar está cerrado para siempre, e Hi Luey está cumpliendo una condena de muchos años.

No hemos vuelto, desde entonces, a saber nada de Aurora Luey, la de los ojos de almendra y el inocente corazón.



Los siete tripulantes



STA historia la he contado muchas veces, en diversas ciudades, en variados puertos, y la mayoría de las gentes que la han escuchado no la han creído. Pero yo juro solemnemente que lo que cuento aquí es verdad. Los hechos, por más extraños que parezcan, sucedieron del modo que yo los relato, hace siete años justamente.

Fué a bordo de un brick americano. el "Marta Williamson", matrícula de Charleston, un velero bastante viejo, que arrastraba sus viejas maderas por las costas de la América del Sur cargando salitre, hierro viejo, máquinas nuevas, algodón, café, cueros... Me nombraron oficial a bordo de este desdichado barco, y pisé por vez primera sus carcomidos puentes una mañana de invierno, en los muelles agitados de Charleston. Me hizo mala impresión, lo confieso. Hacía más de dos años que no lo pintaban. Parecía un barco atacado de lepra...

Dejamos parte del cargamento en Montevideo, y seguimos viaje al sur. Debíamos cruzar el estrecho y llegar hasta Antofagasta, por nitratos.

El "Martha Williamson" había salido de aguas norteamericanas en el invierno. Era también en invierno cuando las marejadas furiosas y crueles empujaban al podrido velero en las entrañas siniestras del estrecho de Magallanes. Perdimos varios hombres, cuatro o cinco. ¡Pobrecitos! Es necesario haber sido marinero para com-

prender lo que significa estar a bordo de un viejo barco de vela en una zona de tempestades como es la entrada del estrecho durante todo el año.

Yo solía pensar, algunas veces, que estábamos viviendo la leyenda del capitán Vanderdecken y el buque fantasma que nunca pudo doblar el cabo de Ultima Esperanza.

Los marineros que quedaban, finlandeses, noruegos, dinamarqueses, y un puñado de negros de Nueva Orleans y Cuba, estaban desmoralizados después de la desaparición de sus pobres compañeros. Además, el trabajo brutal, incesante, les enfurecía cada vez más.

En mitad del estrecho, al cabo de un mes largo y espantoso, entramos en una zona de calmas. Las aguas se extendían, inmensas, transparentes y serenas, por todas partes. Tan sólo el soplo de las brisas heladas nos recordaban donde estábamos...

¡Pobrecitos! Yo los dejaba dormir a los dinamarqueses, noruegos y finlandeses. El "Martha Williamson" navegaba a medio trapo en aquellas aguas tranquilas y profundas.

¡Las noches del estrecho de Magallanes! Sólo pueden comparar a las noches de las costas del Africa Occidental, radiantes, silenciosas; arriba todas las estrellas de la Vía Láctea se encienden sobre la miseria, la tristeza y el cansancio de los marinos; abajo se siente, bajo la quilla de los barcos, el beso de los océanos...

Una de esas noches, estando de guardia, sorprendí dormitando al timonel. Era un negro de enorme estatura, un cubano. Me dió lástima. Le desperté del todo, en la noche magnífica, y le dije que podía irse a dormir. Yo me quedé junto al timón, bajo las estrellas. El "Martha Williamson" rolaba un poco, como rolan todos las barcos viejos, y el "Martha", además, estaba mal estibado desde que salimos de Montevideo. El suspiro jadeante como he dicho ya, a medio trapo. El sortilegio de la no-

che, el resplandor extraordinario de la Cruz del Sur, del estrecho llenaba la noche inmensa del sur. Ibamos, que parecía abrir sus brazos de estrellas como un símbolo inmenso de esperanza, como un gesto infinito de amor sobre la miseria del mar, sobre el dolor de la tierra, se entraba extrañadamente en mi alma. Eran las dos de la mañana.

Fué entonces cuando mis ojos adormecidos presenciaron un extraño espectáculo: un barco espectral navegando en el misterio azul de la noche, sin luces y a medio trapo como nosotros. Creí que se trata de un sueño. Recuerdo claramente que vi siete hombres extraños, horribles, transparentes como fantasmas, que estaban encaramados en la arboladura, empeñados en la faena de recoger una de las grandes velas que el viento helado y alevoso del Antártico empezaba a hinchar en la proximidad del alba...

No sé cómo fué, pero me quedé profundamente dormido. Acuérdome que cuando mi cabeza cayó sobre la rueda del timón, el "Martha Williamson" rolaba fuertemente bajo el soplo del viento glacial... Me dormí arrulado por el sortilegio de la noche magnífica; cometí uno de los crímenes mayores que puede cometer un marino mercante, un hombre a quien se le confía la vida de sus humildes compañeros y la fortuna de sus armadores. Me dormí en el timón, con la visión del buque fantasma en mis pupilas, de los siete tripulantes espectrales recogiendo la gran vela en la brisa huracanada del alba, en la maniobra que yo debía haber dispuesto en ese momento bajo peligro de que el "Martha Williamson" se tumbase en medio del estrecho de Magallanes, y se fuera a pique quizá...

Desperté bruscamente dos horas más tarde. La guardia, que debía haber sido relevada a las cuatro, no lo babía sido. Estaba amaneciendo, una de esas madrugadas gloriosas y deslumbrantes del estrecho, que llenan

de gloria el alma de los hombres, en que los cielos parecen jugar con todas las maravillas de la creación y los míseros marineros se conmueven ante el gran espectáculo que no comprenden, advirtiendo tan sólo que se hallan en presencia del Creador...

Como decía, la guardia no había sido relevada. Los tripulantes del "Martha Williamson" dormían profundamente, como pueden dormir los marineros de un pobre velero que ha logrado entrar sano y salvo en el estrecho. El viento soplaba con furia creciente, en el amanecer grandioso y helado, pero el "Martha Williamson" no rolaba... Miré hacia arriba: manos misteriosas y provindenciales, en la bruma del alba, habían arriado la mitad del velamen: habían realizado la maniobra necesaria para que el barco no se fuera contra las horribles rocas de la orilla...

Pálido de terror, volvió a mi memoria la visión del barco espectral que había visto pasar, bajo la gloria deslumbrante de las estrellas, cuando me iba quedando dormido junto a la rueda del timón; volví a ver, distintos y espantosos, los siete marinos fantasmas... ¿Habían sido esos siete espectros los que habían realizado la maniobra a bordo del "Martha Williamson", salvándonos a todos nosotros de la muerte y al barco de su segura perdición, mientras todos dormían a bordo? Hasta hoy, diez años después, sigo creyendo que sí. Las gentes dudan cuando yo lo cuento, mueven la cabeza, algunos se ríen, como insinuando que yo estaba borracho cuando vi el barco fantasma y sus siete tripulantes.

¿De dónde había salido ese barco? ¿Sería uno de los innumerables veleros perdidos para siempre en las soledades inmensas del estrecho, desde hace cientos de años? ¡Quién sabe!...

El rastro perdido

HUYENDO de la lluvia, de una lluvia glacial y penetrante de junio, entró Bedoya en aquel bar de la calle Rivadavia. Pocas personas hallábanse dentro de la sala, no muy grande, y profusamente iluminada en el lloroso crepúsculo otoñal. El brusco pizzicato de un violín le arrancó de sus pensamientos, y miró en torno suyo. Fué entonces cuando vió por primera vez a la muchacha morena del violín.

Vestía un traje algo marchito. Estaba sentada, y Bedoya veía claramente, en la violenta luz del bar, su perfil, un perfil enérgico, sin dureza, aguileño. Era muy morena, y sus ojos, que se posaron distraídamente un instante en el desconocido, tenían un fulgor extraordinario.

Al día siguiente, Bedoya volvió al bar de la calle Rivadavia. La muchacha mirólo con indiferencia; el tercer día ocurrió lo mismo.

No tocaba mal, confesábase él. Pero no era el talento musical de la desconocida lo que despertaba vagas emociones en el periodista, porque Bedoya lo era. Aquellos ojos fulgurante, por los que pasaban cosas extrañas, indefinibles, turbábanle vagamente. Además, sin haberla visto de cerca, adivinaba que se trataba de una extranjera. La mujer morena del violín no podía ser una de aquellas muchachas de su ciudad. Algo de exótico, de misterioso, de patético, desprendíase de aquella figura

envuelta en un marchito traje rosa, mientras empuñaba el arco y la lluvia descendía melancólicamente sobre las calles céntricas.

Al cuarto día esperó su salida, en la acera, bajo las gotas.

Salió ella del bar, arropada en un tapado obscuro, con la caja del violín bajo el brazo. Se estremecía sin cesar como si el frío de otoño y la lluvia nocturna le penetrasen hasta la médula.

—Señorita...

Se detuvo ella bruscamente. El empezó a hablar, persuasivo, con palabras cálidas, mientras ella le escuchaba con pálida sonrisa y ojos indiferentes.

—Senhor...

La tomó dulcemente del brazo. Caminaron una cuadra, dos. La hizo entrar en un bar diminuto y humilde, que se abría como un faro en la negrura lluviosa de la calle.

Continuaba hablando él.

Hacía varíos días que iba al bar, a mirarla y a oirla tocar el violín. ¿Ella no había reparado en él?...

Guardó silencio la violinista, sin apartar sus ojos fulgurantes de los del hombre, que empezaba a sentirse fascinado.

—Oiga, senhor...

Era inútil que fuera al bar, ni que le hablase. Ella no podía escuchar las palabras de amor de hombre alguno, nunca, nunca...

El acento extranjero, sibilante, seguía fascinando a Bedoya.

—¿Usted es portuguesa?

Sonrió ella tristemente, acariciando la caja del violín, que colocó en una silla.

—Usted parece un hombre bueno e inteligente, senhor, — dijo con acento pausado.

Y agregó al cabo de un instante:

—Creo que voy a tener que contarle toda la historia. ¿Quiere, senhor?

Sintió Bedoya que una vaga y misteriosa emoción le invadía ante aquella desconocida que así le hablaba en una noche de lluvia, en un pequeño bar solitario.

—Hable, señorita...

Todo lo contó, sin prisa, sin gestos, con la resignación de su propio destino; palpitaba en sus palabras una esperanza desolada.

Era brasileña, de Santos. No tenía padres. Ambos murieron de un fiebre tropical, cuando ella era muy pequeña. Se crió junto a una tía abuela que poseía un pequeño bar cerca de los muelles donde cargan el café los buques de ultramar.

—Mi tía abuela era negra — dijo.

Y entonces Bedoya se explicó el secreto de la piel tan morena, de los extraños...

Prosiguió el relato, sin pausas, sin levantar la voz.

Un viejo, negro también, que tenía cerca de cien años, y había sido esclavo, un amigo antiguo de la tía abuela, le enseñó a tocar el violín. Y ella tocaba, durante la tarde y la noche, en el pequeño bar de los muelles, que siempre estaba lleno de hombres de los navíos, hombres de todos los países: ingleses, españoles, italianos, alemanes, griegos, noruegos, rusos...

Calló bruscamente, con los ojos fijos en la caja del violín.

"Un día llegó al bar de la negra un gigante rubio, muy rubio, que bebía "caxasa", el terrible aguardiente del trópico, como si fuera agua de los manantiales. Era norteamericano, y marinero en un vapor de esos que embarcaban café para otros puertos. Se llamaba Freddie, Freddie Sand...

El nombre resbaló como un suspiro en los labios sensuales de la nieta de los negros.

El la amó. Cada vez que el barco se detenía en San-

tos, lo tenía a Freddie Sand en el bar, mirándola con arrobamiento. Ella también lo amaba. Era tan rubio, tan bueno. No contaba más que veinte años. Le había prometido casarse con ella, al año siguiente, y quedarse en el Brasil, a trabajar, porque no quería que siguiera tocando el violín en el café de los muelles.

Después de cuatro viajes, el buque, que se llamaba "Orange River", volvió a detenerse en Santos. Iba del Río de la Plata a Nueva York. Pero esta vez Freddie Sand no estaba a bordo. Llena de congoja, interrogó a los compañeros de Freddie, quienes se turbaron un poco.

"—Se quedó en Buenos Aires — le informó uno de ellos, esquivando su mirada ansiosa.

"—Habrá perdido el buque — dijo ella, pero el hombre sonrió de un modo que le hizo daño...

Siguió viaje a Nueva York el "Orange River", y ella, que se llamaba Lucinda Moraes, sintió que el mundo se derrumbaba sobre su cabeza. Freddie Sand la amaba, y la había abandonado. Se había quedado en Buenos Aires, tal vez enfermo de muerte... ¿Por qué los compañeros esquivaban mirarla y sonreían con aquella terrible sonrisa?

Entonces Lucinda Moraes decidió venirse a Buenos Aires, con su violín bajo el brazo.

La tía lloró mucho, y el negro de cien años la acompañó hasta un buque italiano que la trajo en la tercera. Llegó a Buenos Aires, en busca de Freddie Sand.

—Lo estoy buscando todavía — exclamó, con voz seca, apagada —, desde hace cerca de un año. He colocado avisos en los diarios, he preguntado, pero nadie sabe nada de Freddie Sand...

Bedoya la escuchaba, pálido, conmovido. Seguía lloviendo afuera.

—¿Usted nunca piensa, Lucinda, que puede haber muerto?

—¡No! ¡No! — exclamó la brasileña, con los ojos llameantes, la voz trémula. — Yo sé que vive, que está en alguna parte, cerca de mí, esperando la hora de volver a encontrarnos... Porque él me ama... ¿Quiere ayudarme a buscarlo, senhor? — supulicó, tomándole las manos.

—Sí — prometió Bedoya, solemnemente. — Yo lo encontraré...

La dejó en la esquina de la Avenida. Llovía copiosamente. La vió alejarse y desaparecer en la medianoche de otoño. Suspiró...

Mientras se dirigía a su diario, donde redactaba las notas policiales, recordaba claramente un trágico episodio de un año y medio antes. Freddie Sand, norteamericano, soltero, de veinte años, marinero, durante una riña en una taberna de la Boca, había asestado un puñetazo a un hombre, tripulante de un vapor griego. Al caer, el griego se fracturó la base del cráneo, y Freddie Sand fué procesado y condenado por homicidio por imprudencia.

El novio de Lucinda Moraes estaba cumpliendo su condena, que era de tres años...

Largas semanas habían transcurrido. Bedoya asistía siempre al bar de la calle Rivadavia, y veía a la brasileña.

—Lo busco sin cesar, Lucinda... Tenga paciencia, que yo lo encontraré, se lo juro...

Durante aquel tiempo, Bedoya trabajó infatigablemente para obtener el indulto.

Vió a todos sus amigos, puso en juego influencias. Y un 12 de Octubre, Freddie Sand, norteamericano, soltero, de veinte años, era indultado por el Presidente de la República.

Fué a buscarlo Bedoya. En el camino le explicó toda la historia, la abnegación y el amor de Luncinda Moraes.

Freddie, un hércules rubio, casi infantil, lloraba como un niño en la calle.

A las doce y media, esa noche, vió salir a Lucinda del bar, con el violín bajo el brazo. Ya no llovía, porque era la primavera, y las calles estaban llenas de gente.

Bedoya se volvió a Freddie, y le mostró a la mujer del violín.

—Allá va... Es ella... ¿Qué espera, Freddie Sand? — dijo, empujándolo.

Permaneció allí unos instantes, viendo como algunos transeúntes se reían al ver a un hombre rubio, de anchos hombros, que estrechaba entre sus brazos, en plena calle, a una mujer morena y frágil que llevaba un violín.



El regreso de Olaf

CAMINABA lentamente bajo el sol, un sol de diciembre que resecaba los campos. Era un hombre alto, de formas hercúleas. Una barba rubia, muy rubia, caíale hasta el robusto pecho, y los ojos claros, mansos, casi transparentes, estaban fijos en el horizonte de bosques. Hacía dos días que vagaba por los campos, con su bolsa al hombro, y se llamaba Olaf Eidsvaag. Bajó del tren que tomó en Buenos Aires, y se perdía por aquellas tierras ignotas y calientes. Sabía apenas unas veinte palabras castellanas. En un rancho donde pidió de comer, a cambio de unas monedas de níquel, un hombre muy viejo, de aspecto aindiado, flaco y arrugado, contempló con envidiosa admiración la recia figura del ««linyera»» rubio, y le señaló un obraje en medio de la selva santiagueña, explicándole, con ademanes, que allí le darían trabajo, que tendría que derribar árboles.

Los ojos celestes del extranjero se iluminaron. ¡Cuántos pinos y abetos había derribado durante los inviernos de su primera juventud, allá en la tierra inolvidable donde reposaban los huesos sus mayores!

Comió, y se fué, dejándole al indio viejo sus últimas monedas.

Anduvo... Anduvo...

El sol abría grietas crueles en su cuello y en sus brazos desnudos, cegaba sus ojos claros, pero el hér-

cules proseguía su marcha, impávido, infatigable, como si no conociera el cansancio.

Y en un crepúsculo de fuego sintió a lo lejos la ronca voz del obraje, el estrépito de las hachas, el ronco ja-del Norte. Luego oyó que los rumores del obraje dis-cho cortado llenó sus pulmones de titán, y el "lin-yera" errante sintió un júbilo extraño. Sentóse bajo un árbol, y vió morir el sol sobre las selvas inmensas del Oeste. Luego oyó que los rumores del obraje disminuían, se apagaban, y creyó sentir la frescura y el murmullo de un río cercano e invisible. Arboles y agua...

Levantó la cabeza, y sus ojos mansos, irritados por el sol de aquellos dos días, se humedecieron al contemplar las estrellas. Era plenilunio, y los bosques tropicales se le antojaban envueltos en una aurora boreal....

Mucho tiempo estuvo Olaf Eidsvaag sentado bajo su árbol. En el silencio creciente de la noche, oyó claramente la voz del río, y sintió sed. No tardó en hallarse en la ribera. Bebió como un buey, y luego, despojándose de sus míseras ropas, se arrojó a la corriente.

Sonaba una guitarra soñolienta cuando se presentó en el obraje. Los trabajadores de la selva, cetrinos, membrudos, contemplaron con atención al gigante rubio, de cuya barba color lino chorreaba el agua del río.

Un correntino dijo algo en guaraní, y todos se rieron. Olaf Eidsvaag los miró mansamente, saludando con humildad. Le dieron de comer una carne seca y dura, y maíz. Luego bebió un largo trago de caña, y un capataz se lo llevó a una rústica oficina.

Era un obraje primitivo, un obraje pobre. El capataz miraba con admiración recelosa al titán. Apuntó su nombre, aquel nombre bárbaro, en un libro, y lo echó de la oficina.

Y así fué cómo Olaf Eidsvaag llegó al obraje, una noche calurosa de diciembre.

Los peones siempre estaban riñendo. Olaf, que jamás había usado un arma en su vida, veía con asombro y reprobación que todos sus compañeros de trabajo llevaban un cuchillo y lo sacaban a cada instante, especialmente cuando salían del único boliche que había en el obraje. A él parecían respetarlo, no obstante su aire humilde. Sospechaban que cada uno de aquellos puños adornados con pelos rojizos era capaz de aplastar como un huevo cualquier cabeza santiagueña, correntina o paraguaya...

Las mujeres, aindiadas y feas, morenas y flacas en su mayoría, miraban con asombro admirativo la barba rubia del extranjero. Una china joven se atrevió en cierta ocasión a introducir sus dedos en la dorada maraña de aquella barba, y el pobre Olaf se ruborizó hasta los ojos, creyendo ingenuamente que aquello era una declaración de amor, porque la caricia no había tenido testigos.

Huyó al monte. Los peones indígenas le oían hablar solo, y reían.

—Debe estar hablando con el diablo...

Pero la china joven, que había ido a la escuela, afirmaba:

—Cuando habla solo, está diciendo versos en su lengua bárbara... ¡Pobre gringo!

Una ternura vaga hacia el torpe gigante de la barba de lino empezaba a despertar en el corazón de la muchacha, que no era del todo fea. Olaf la huía, se turbaba en su presencia. Un sábado, víspera de Año Nuevo, al acorde de las guitarras de los correntinos, ella, que se llamaba Trinidad, quiso bailar con él. Olaf creyó morirse de vergüenza y de terror. Pero bailó. Parecía un oso blanco agitándose entre las guitarras, rodeando a la frágil china con brazos hercúleos y temblorosos.

—Cómo te has enamorado del "pytaguá morotí", del

cules proseguía su marcha, impávido, infatigable, como si no conociera el cansancio.

Y en un crepúsculo de fuego sintió a lo lejos la ronca voz del obraje, el estrépito de las hachas, el ronco ja-del Norte. Luego oyó que los rumores del obraje dis-cho cortado llenó sus pulmones de titán, y el "linyera" errante sintió un júbilo extraño. Sentóse bajo un árbol, y vió morir el sol sobre las selvas inmensas del Oeste. Luego oyó que los rumores del obraje disminuían, se apagaban, y creyó sentir la frescura y el murmullo de un río cercano e invisible. Arboles y agua...

Levantó la cabeza, y sus ojos mansos, irritados por el sol de aquellos dos días, se humedecieron al contemplar las estrellas. Era plenilunio, y los bosques tropicales se le antojaban envueltos en una aurora boreal....

Mucho tiempo estuvo Olaf Eidsvaag sentado bajo su árbol. En el silencio creciente de la noche, oyó claramente la voz del río, y sintió sed. No tardó en hallarse en la ribera. Bebió como un buey, y luego, despojándose de sus míseras ropas, se arrojó a la corriente.

Sonaba una guitarra soñolienta cuando se presentó en el obraje. Los trabajadores de la selva, cetrinos, membrudos, contemplaron con atención al gigante rubio, de cuya barba color lino chorreaba el agua del río.

Un correntino dijo algo en guaraní, y todos se rieron. Olaf Eidsvaag los miró mansamente, saludando con humildad. Le dieron de comer una carne seca y dura, y maíz. Luego bebió un largo trago de caña, y un capataz se lo llevó a una rústica oficina.

Era un obraje primitivo, un obraje pobre. El capataz miraba con admiración recelosa al titán. Apuntó su nombre, aquel nombre bárbaro, en un libro, y lo echó de la oficina.

Y así fué cómo Olaf Eidsvaag llegó al obraje, una noche calurosa de diciembre.

gringo blanco, Trini—le dijo un paraguayo que la cortejaba sin esperanza desde hacía meses. Y ella se encogió de hombros.

—¡Qué bruto era aquel hombre, blanco, grande y bello como un dios! — solía decirse con amargura, después de cada uno de los desaires que le hacía Olaf.

Y su pasión crecía... Lo miraba trabajar en el monte, con los brazos blanqueando al sol; contemplaba sus ojos claros, mansos, infantiles, y se desesperaba porque pensaba que dentro de aquel pecho de gigante no latía un corazón como el de los demás.

Hacía un mes que Olaf Eidsvaag se hallaba en el obraje, cuando se declaró la huelga. Los peones indígenas no querían seguir cobrando sus jornales en vales. Olaf miraba los sucios papeles que él consideraba legítimo dinero, y no acaba de comprender.

Se plegó a la huelga, sin embargo. Hizo lo mismo que sus compañeros. El capataz lo fué a ver e intentó explicarle lo que sucedía, que los peones no tenían razón. Pero Olaf movió la cabeza, se acarició la barba, y se quedó con los compañeros.

Acampados fuera del obraje, los hombres se pasaban el día entero bebiendo y riñendo. Otras veces salían a relucir las guitarras, y se bailaba bajo las estrellas chaqueñas. Olaf, solo, meditabundo, se hundía en sus recuerdos; oía otra canción lejana, allá en una aldea en medio de la nieve, bajo el resplandor de la aurora boreal; una canción que hablaba de los abetos, del sol de medianoche, de un amor que no debía morir...

Trinidad lo encontró una noche en medio de una de estas ensoñaciones melancólicas.

—¡Olaf! ¡Olaf!

Arrancado bruscamente de sus sueños, Olaf Eidsvaag se incorporó con cierta turbación. La muchacha le miraba, con los ojos negros, brillantes y húmedos.

Detrás de ellos se alzaba, obscuro y solitario, el obraje

abandonado. Allá, por el Oeste, el campamento de los peones bullía, sonoro de guitarras y de voces.

—¡Olaf!

Apoyó dulcemente sus manecitas morenas y ásperas en el brazo del titán, y Olaf Eidsvaag, conmovido como no lo había estado desde que salió del país de la nieve, donde había nacido, se apoderó de aquellas manos. Habló, con elocuencia vacilante. Pero ella no comprendía...

Quería decirle que su corazón estaba muerto, que allá muy lejos, una mujer rubia que lo amó, lo estaba esperando en el fondo de una tumba, que él le había jurado que nunca, nunca, al rodar por el mundo, amaría a otra...

Las lágrimas caían por las mejillas de la muchacha. Creía que Olaf, el gigante rubio del obraje, la repudiaba porque era morena, fea...

Olaf meditó un instante. ¿Cómo le haría comprender?

De pronto, se le ocurrió una idea. Allá, en el obraje, estaban sus humildes tesoros, su dinero en vales, su reloj de plata, su Biblia noruega, y dentro de la Biblia el retrato de la muerta que lo estaba esperando en la aldea remota. Se lo mostraría, diciéndole: "muerta"... "muerta"...

Se dirigió hacia el obraje. Desapareció en las sombras tibias, perfumadas de quebracho. Trinidad, adivinando que le iba a hacer una revelación, lo esperó, inmóvil y llorosa.

Un balazo hizo enmudecer las guitarras, pobló de roncos ecos prolongados los montes nocturnos. Enloquecida, Trinidad corrió hacia las sombras.

Sus ojos negros, dementes, vieron a Olaf Eidsvaag caído sobre la tierra, respirando estertorosamente. Un hilo de sangre manchaba su pecho blanco y velludo.

—Fué al obrajeí a ver al capataz... ¡Pytaguá, espía! —dijo el paraguayo que amaba a Trinidad. Y los peones contemplaron en silencio, con sombría mirada, al ti-

gringo blanco, Trini—le dijo un paraguayo que la cortejaba sin esperanza desde hacía meses. Y ella se encogió de hombros.

—¡Qué bruto era aquel hombre, blanco, grande y bello como un dios! — solía decirse con amargura, después de cada uno de los desaires que le hacía Olaf.

Y su pasión crecía... Lo miraba trabajar en el monte, con los brazos blanqueando al sol; contemplaba sus ojos claros, mansos, infantiles, y se desesperaba porque pensaba que dentro de aquel pecho de gigante no latía un corazón como el de los demás.

Hacía un mes que Olaf Eidsvaag se hallaba en el obraje, cuando se declaró la huelga. Los peones indígenas no querían seguir cobrando sus jornales en vales. Olaf miraba los sucios papeles que él consideraba legítimo dinero, y no acaba de comprender.

Se plegó a la huelga, sin embargo. Hizo lo mismo que sus compañeros. El capataz lo fué a ver e intentó explicarle lo que sucedía, que los peones no tenían razón. Pero Olaf movió la cabeza, se acarició la barba, y se quedó con los compañeros.

Acampados fuera del obraje, los hombres se pasaban el día entero bebiendo y riñendo. Otras veces salían a relucir las guitarras, y se bailaba bajo las estrellas chaqueñas. Olaf, solo, meditabundo, se hundía en sus recuerdos; oía otra canción lejana, allá en una aldea en medio de la nieve, bajo el resplandor de la aurora boreal; una canción que hablaba de los abetos, del sol de medianoche, de un amor que no debía morir...

Trinidad lo encontró una noche en medio de una de estas ensoñaciones melancólicas.

—¡Olaf! ¡Olaf!

Arrancado bruscamente de sus sueños, Olaf Eidsvaag se incorporó con cierta turbación. La muchacha le miraba, con los ojos negros, brillantes y húmedos.

Detrás de ellos se alzaba, obscuro y solitario, el obraje

tán agonizante, que abrió sus ojos claros, mansos, infantiles, al sentir sobre los suyos los labios ardientes de la chinita.

Quiso decir algo, pero no pudo. Trinidad sintió que la vida se iba por aquella boca tibia, y besó con pasión la barba rubia salpicada de sangre...

Y fué ella, la mísera Trinidad, quien, después que Olaf Eidsvaag quedó bajo la tierra, guardó, como un tesoro de amor perdido, un reloj de plata, una Biblia noruega y el retrato de una mujer rubia. Cuando lo contemplaba, creía, en su angustia, que era la novia que esperaba a Olaf en su lejana tierra de nieve, y lloraba por los tres: por ella, por la mujer rubia y por Olaf, cuya alma había emprendido el regreso al país donde lo esperaba la muerta.



El sueño de Carlota Hanning



L bar era tan humilde, que apenas se llamaba «Cervería alemana», y se abría sobre una ancha calle que desde el alba hasta el anochecer resonaba con el tumulto del tráfico, carros, camiones, automóviles, ómnibus, tranvías. Era una larga calle de vivienda míseras, de tenduchos lamentables, de depósitos de máquinas: el Paseo Colón.

El dueño de la cervecería llamábase Gustavo Hanning. El local era estrecho, brumoso. Unas aves embalsamadas abrían sus alas secas e inmóviles sobre las mesillas manchadas de cerveza, y una tela amplia y borrosa representando el Rhin se obscurecía en una pared.

Richards entró por primera vez en la cervecería una tarde ardorosa de febrero. Le acompañaba un hombre joven como él, de aspecto reposado.

A esa hora, las dos de la tarde, hallábase desierto el bar. Un mozo de figura corpulenta, de ojos adormecidos, de calva reluciente, levantóse de un viejo piano donde tocaba distraídamente, y sirvió a los dos únicos clientes.

Richards, fruncido el ceño, pálido y meditabundo, miraba sin ver los pájaros inmóviles, el paisaje del Rhin, las diminutas y moribundas palmeras que adornaban el bar. Su acompañante hablaba en voz baja, y Richards le oía con atención profunda.

Más de dos horas permanecieron allí, bebiendo cer-

veza, mientras el sol de febrero resecaba la ancha calle, resonante de tráfico.

—Es decir, Rodríguez, que todo se ha perdido...

Las palabras de Richards, duras, casi resignadas, causaron viva agitación a su compañero, que sudaba profusamente frente a sus vasos de cerveza.

—No... No... Todo puede salvarse aún, Richards... Oiga usted...

Sacó un lápiz y papel y comenzó a trazar cifras y más cifras. Repentinamente, Richards sintió una mirada extraña posada en él. Levantó los ojos y vió, a cuatro o cinco pasos, junto al mostrador del bar, una mujercita rubia, de unos diez y seis años, vestida de rojo. Las pupilas claras casi infantiles, de la rubia, se clavaban en él con furtiva curiosidad.

Rodríguez, con el lápiz, interrumpió sus cálculos, y él también contempló la dulce aparición.

Se encogió de hombros y continuó sus cálculos. Pero Richards sólo miraba a la mujercita, que se ruborizó y se alejó en la penumbra del bar.

—Oiga, Richards... Yo creo que la catástrofe puede conjurarse si...

Prosiguió trazando números. El sudor caía en menudos torrentes por su ancho rostro jovial, que se animaba con una expresión de esperanza.

Ricahrds miró su reloj.

—Son las cuatro, Rodríguez... Vamos al escritorio.

Salieron. El mozo de calva reluciente había desaparecido en las profundidades del bar, y la rubia, apoyada en el mostrador, miró partir a los dos hombres con ojos claros, extraños.

—...Las cosas van de mal en peor, Rodríguez...

El hombre de los números suspiró. Apuró su vaso de cerveza con avidez y asintió, con acento lúgubre:

—Sí, Richards... Me parece que las cosas van mal.

Callaron ambos, sombríos, absortos. Eran las tres de

la tarde y la cervecería hallábase desierta. Del Paseo Colón entraba un hálito de fuego. Richards advirtió de pronto la figura roja de la rubia. Lo estaba mirando atentamente, como el día anterior.

Sonrió ante aquellos ojos claros, transparentes, y la rubia enrojeció hasta los ojos.

—Bueno, Rodríguez... ¿Qué le vamos a hacer? No hay que desesperarse...

Hizo una seña y la muchacha se aproximó, turbada, ruborosa. Tres o cuatro marinos ingleses se instalaron en una mesa vecina y pidieron cerveza con grandes voces sedientas.

Risueño, afable, Richards clavó sus ojos en la chica.

—¿Quiere servirnos más cerveza, señorita?

Sirvió ella prontamente, haciendo caso omiso de los sedientos marineros.

—Gracias... ¿Cómo se llama usted, señorita?

—Carlota Hanning, para servir a usted, señor...

La voz era un gorjeo. Alejóse para atender a los bebedores del mar. Rodríguez sonreía.

—¿Le gusta la chica, Richards?

—Pobrecita... Es una flor de bar alemán, una violeta de cervecería...

Ambos olvidaron por un instante sus sombríos pensamientos, sus negras inquietudes, ante la muchachita de ojos claros.

Por espacio de quince días acudieron, a la hora sofocante de la media tarde, al bar del Paeo Colón.

Richards y Rodríguez conversaban con Carlota.

—Nosotros somos de Charlottenburgo — contaba ella, buscando penosamente palabras castellanas, fijos sus ojos celestes en los de Richards. — Hace una año que mi padre compró este bar. Yo lo atiendo temprano. El sólo viene por la noche cuando se llena de marineros.

—Esta violeta germánica se ha enamorado de usted,

Richards — díjole una tarde Rodríguez enjugándose el sudor.

—Como para aventuras amorosas estoy yo...—murmuró Richards, malhumorado — con la ruina sobre mi cabeza...

Una mañana se encontró con Carlota Hanning en el Parque Lezama. Roja y palpitante, cayó en los brazos de Richards. Lloraba de emoción, y Richards, con súbita y ardiente piedad, comprendió que aquellas eran las primeras lágrimas de amor de Carlota Hanning.

Duró un mes la aventura. Oía él las palabras apasionadas de Carlota, que le hablaba en alemán, idioma que él no comprendía; le decía algo que sonaba a versos, le besaba con pasión creciente.

Hasta que un día, al comenzar el otoño, Richards no volvió a aparecer por la cervecería. Carlota Hanning lloró amargamente, hasta que una tarde, allá por abril, cuando las brisas cada vez más frías soplaban por el Paseo Colón, vió entrar a Rodríguez.

El hombre tenía una expresión extraña. Parecía horriblemente cohibido. A una seña suya, Carlota se acercó a su mesa, con los ojos enrojecidos, sin pronunciar una palabra.

—Señorita Carlota... Tengo algo importante que decirle...

Se turbaba cada vez más.

—El señor Richards, ¿sabe usted? ha tenido que irse a Europa... Es muy rico... Es el dueño de una gran casa de comercio que está cerca de aquí... Cuando empezamos a venir aquí, en el verano, estaba al borde de la ruina. Le habían pedido la quiebra. Estaba muy triste; pero usted lo consolaba, porque él la quería mumucho...

—No... No...—gimió la pobre, conteniendo el llanto.

—Ahora sus asunto se arreglaron... Y él ha tenido que partir, por sus grandes negocios... Me pidió que

viniera a despedirlo de usted... El vendrá dentro de un año, de dos años.

Pálida, con los ojos secos, Carlota murmuró:

—No vendrá nunca, señor...

Rodríguez enrojeció súbitamente.

—Me dijo que lo despidiera — repitió, poniéndose de pie—y que le entregara esto como recuerdo suyo...

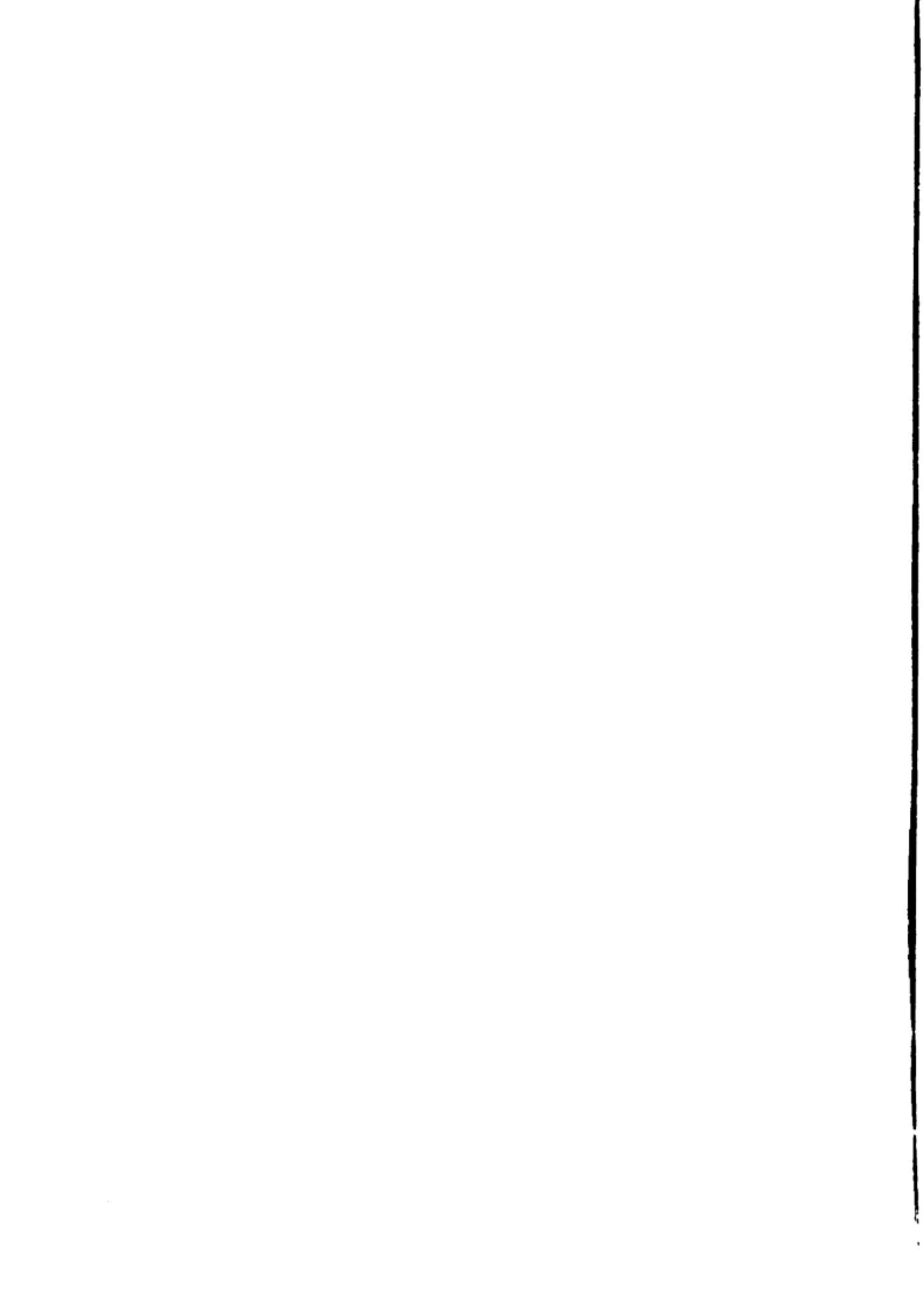
Le entregó un estuche. Carlota lo abrió y una pulsera de oro cayó en el sucio piso del bar.

—Adiós, señorita Carlota... Adiós.

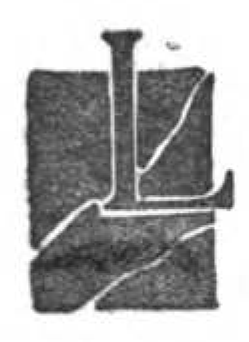
Se fué. Ella quedó inmóvil, mirando la pulsera caída en el suelo, con los ojos secos, con el alma en agonía...

Carlota Hanning acababa de despertar de su primer sueño de amor.





Soledad



La mamá, que era española, de Cádiz, le puso el nombre de Soledad. Ya la había bautizado así desde que naciera, porque el sueño de la pobre mujer fué siempre tener una hija, una hija que tuviese ojos y cabellos muy negros, muy brillantes, como aquella abuela que murió en España, mucho antes de que ella viniera a la Argentina con José Luis.

María Soledad vino al mundo una mañana de otoño. Estaba lloviendo melancólicamente y eran las seis de la tarde. José Luis, el padre, aún no había regresado de la fábrica donde trabajaba como apuntador.

Llegó a las ocho de la noche. A esa hora no llovía ya, y María Soledad llorada desesperadamente, mientras las vecinas atendían a la doliente, que creía morir de sufrimiento y de felicidad a un tiempo.

Cuatro años más tarde, la pobre abandonaba este mundo. Su alma fué a reunirse con la de la abuela en el país de las almas buenas y humildes de las mujeres que han penado y soñado mucho, y María Soledad quedó con José Luis, el autor de sus días. Fueron quince años obscuros y tranquilos los que pasaron. Al acercarse a los veinte, María Soledad, a quien su padre llamaba simplemente Soledad, realizó el sueño de la madre muerta, por sus ojos y sus cabellos eran muy brillantes, muy negros.

¡Pobre Soledad!

Sus cabellos y sus ojos eran su única belleza. Su boca, muy grande, sabía decir de modo hechicero, es verdad. Pero su nariz no era perfecta y su estatura era menos que mediana.

Según la amorosa opinión de José Luis, tenía la sal de la tierra. El apuntador, que era el hombre más bueno que llegara de Andalucía, la sentaba en sus rodillas y la cantaba tiernas canciones de cuna, como cuando era pequeñita y lloraba llamando a la mamá ausente.

—¡Sol de mis ojos!—exclamaba en un éxtasis de amor paternal, estrechando entre sus brazos cansados a Soledad, que el besaba dulcemente.

—¿Por qué me llamaron Soledad, padre?—preguntábale algunas veces. — Es un nombre muy triste... Me parece que trae desgracia...

—No... No... — se apresuraba a contestar el obrero acariciando los cabellos negrísimos y espesos.

Veintitrés años contaba Soledad cuando una noche trajeron moribundo a José Luis, que cayó fulminado por la miocarditis en el escritorio de la fábrica.

Lo vió morir dulcemente, procurando decirle palabras de amor que no podía pronunciar. Las vecinas lloraban. Allá por el alba se fueron soñolientas, con los ojos hinchados.

¡Soledad!

Sí, ahora su soledad era completa. Los que le dieron vida, los únicos que la amaron, se habían ido. Estaba sola, sola.

Lloró sin cesar, inconsolablemente, durante varios días. Su pesadumbre inmensa comenzó a amortiguarse poco a poco. El pobre José Luis no le dejó nada. Los dueños de la fábrica donde trabajara tantos años, costearon los gastos del entierro y le dieron una cantidad para lutos, según le manifestaron.

Estaba sola, en el desierto del mundo.

—¿No hay una carta para Paul Werner?
No, señor...
Nunca había cartas para Paul Werner, en aquella oficina polvorienta.
El hombre, un extranjero alto, de unos cuarenta años, permaneció inmóvil, meditabundo, durante un instante.
Soledad, detrás de la rejilla, advirtió la expresión casi trágica de aquellos ojos claros, mansos, y sintió una compasión extraña.
"Pobre señor", pensó, al verle alejarse, después de saludar tristemente a la empleada de Correos. "¿Por qué nadie le escribirá nunca?"
Todos los lunes, desde hacía cinco meses, le veía llegar a la oficina, repitiendo la eterna y melancólica pregunta, con un pálido destello de esperanza en sus pupilas claras.
—¿De dónde tiene que llegar la carta que espera?—le preguntó un día, dulcemente.
Paul Werner suspiró de modo casi imperceptible. Sus mejillas pálidas se enrojecieron un poco.
—De Hamburgo, Alemania, señorita—respondió, y se quedó absorto en sus pensamientos. Después se fué.
Tres años hacía ya que Soledad estaba empleada en esa sucursal de Correos. Uno de los antiguos patrones de José Luis le consiguió el puesto ante el requerimiento de la pobre muchacha. Y allí estaba, solitaria y obscura.
Muchas veces suspendía su trabajo monótono, interminable, y se quedaba soñando. Miraba aquellas montañas de cartas. Parecíale que, al sellarlas o clasificarlas, sentía latir los corazones humanos bajo sus sobres misteriosos. Cartas que llegaban de muy lejos, cartas que partían para lejanas ciudades.
En el alma sentimental y sencilla de la pobre empleada, aquellas cartas cerradas hablaban, volcaban su poesía misteriosa, su ignorado dolor, su enigmática es-

peranza. Aquellas cartas eran sagradas. Toda la vida palpitaba dentro de sus sobres herméticos.

Y nunca llegaba una para Paul Werner...

Los ojos claros, bondadosos, doloridos del extranjero, empezaron a perseguirla como una obsesión.

Fué una tarde cuando Werner, con vaga turbación, temblando ante la idea de cometer una incorrección horrible, le preguntó:

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—Soledad — dijo ella, con sencillez.

—Soledad... Soledad...—repitió el extranjero, con su eterna y triste expresión.—¿Por qué se llama así?

—Porque no tengo a nadie—contestó la pobre, con la misma sencillez.

—Soledad...—repitió Werner, después de una pausa profunda, y luego murmuró una palabra misteriosa, incomprensible...

—¿Qué dice, señor Werner?

El hombre, que ya se alejaba, se detuvo, y dijo:

—"Einsamkeit". En alemán quiere decir "Soledad". Adiós...

¡Una carta para Paul Werner!

El hombre de los lunes palideció horriblemente cuando la empleada le comunicó la extraordinaria novedad. Una carta de Hamburgo, Alemania...

Se la entregó con emoción. Pensó por un instante que aquella carta de sobre arrugado, que de tan lejos venía, contenía quizá el destino de Paul Werner.

Después de mirarla durante largos minutos, indeciso, pálido, Werner rompió el sobre. Leyó muchas veces las líneas desiguales. Su palidez se hacía cadavérica a medida que leía.

Luego guardó la carta, aquella carta que estaba esperando tantos meses, quizá tantos años.

Soledad lo contemplaba con fascinación extraña. Wer-

ner permanecía como una estatua, absorto en sus visiones. ¿Qué había en esa carta de Hamburgo?

Como adivinara el pensamiento de la muchacha, se aproximó hasta la rejilla. La oficina polvorienta se hallaba solitaria.

—Ahora sí que soy "Ensamkeit", como usted, señorita Soledad—murmuró con acento indefinible.

Se acercó más todavía a ella, que le miraba fijamente detrás de la rejilla.

—Esta carta me dice que mi mujer murió hace tres meses en Hamburgo...

—¿Su mujer?

—Sí... Estaba muy enferma... Dicen que estaba loca, desde hacía años...

Suspiró, y volvió a decir: "Ensamkeit". Pero algo en el corazón de Soledad le decía que el alma triste del extranjero se extremecía con una dulce emoción de libertad.

—¿Así es que ya no volverá a preguntar si hay cartas para usted, señor Werner?

El hombre clavó en ella una mirada profunda, llena de cosas misteriosas. Soledad comprendió que Paul Werner la amaba.

—Adiós, señorita... Desde hoy usted no se llama Soledad—le dijo, dándole la mano por sobre la rejilla.

—Adiós, señor Werner... ¿Cómo me llamará desde hoy, entonces?

—"Hoffnung"—exclamó el hombre, alejándose, con los ojos luminosos, el rostro color púrpura.

—"¡Hoffnung!" — repitió Soledad. — Y eso ¿qué quiere decir en alemán?

Werner la volvió a mirar, rojo y lleno de turbación, y antes de desaparecer, respondió con voz alterada por la emoción:

—Quiere decir: "Esperanza"...

Un drama en el pueblo



TODO parecía igual. Solamente el manzano que se alzaba frente a la puerta parecía mucho más viejo.

Una de sus ramas se había roto, y el muñón seco parecía que asomaba al interior de la casa vieja, que buscase a los diablitos que tantos años antes se trepaban por su tronco y se hartaban con sus frutas.

Los bancos siempre estaban allí, ennegrecidos, cubiertos de iniciales grabadas a cortaplumas. Hasta la silla de don Simón, apoyada contra la pared, precía esperar que el viejo apareciera detrás de la cortina verde, la arrimara a la mesa de patas desiguales, tosiera un poco y comenzara luego con su voz ronca e inolvidable:

—Hoy vamos a ver cuáles son los límites de...

Siempre eran los límites de Bolivia o los afluentes del Amazonas.

Pero don Simón se había ido, hacía mucho tiempo.

¡Pobre don Simón!

Era español, de un pueblito ignorado de Asturias. Dios sabe cómo fué a dar a la escuelita de General Alvarado, cuando los papás de los que leen esta historia estaban luchando con los misterios de las cuatro operaciones.

¿Y la hija de don Simón?

¡Rosita! No tenía madre. Tal vez era por eso que don Simón se pasaba la vida escribiendo su colosal historia de las razas extinguidas de América, con entusiasmo, con saña, con desesperación.

Una vez me llamó aparte y me dijo con misterio:

—Esta obra será un monumento de literatura histórica, pero no lo digas a nadie todavía.

He guardado el secreto durante treinta años, y recién ahora creo que puedo revelarlo al mundo como un homenaje hacia aquel pobre y dulce hombre que me enseñó a leer, y, sobre todo, a escribir, para mi desgracia...

—¡Ah! Si tú supieras qué admirable era la civilización de los mayas, Pedro — me dijo otra vez, olvidándose por completo de tomarme la lección de geometría plana.

Mi admiración por la ciencia del maestro asturiano era sincera y profunda. Era un dulce pastor de aquel rebaño de almas infantiles, que no le tenían el más mínimo respeto, pero que en cambio respetaban las iras de Rosita, una especie de leona de Castilla en miniatura y que ejercía un dominio absoluto, una dictadura férrea, en el remoto pueblo de General Alvarado.

Don Simón creía firmemente en la escuela de la naturaleza. Largos años más tarde algunas veces he pensado que fué un precursor de Rabindranath Tagore, y que la escuelita de General Alvarado, perdida entre los montes y trigales, tenía puntos de semejanza con la famosa escuela de Shantiniketan, donde floreció el místico genio del bardo bengalí.

Reconmendábanos don Simón la contemplación meditativa de los fenómenos de la naturaleza, la observación de la vida de las plantas, de los pájaros, de los campos. Pero nosotros sólo observábamos las costumbres de los jardineros de las huertas y contemplábamos absortos

la vida de los hijos de un rico chacarero, que tenían dos petizos, uno alazán y otro zaino.

Pero estoy divagando. Quería contar el drama de la escuelita de General Alvarado. Empezó con la enfermedad de Rosita, la leoncita de Castilla, la de los cabellos renegridos y la de los enojos dramáticos, apasionados, que hacían estremecer al autor de "Las Civilizaciones Extinguidas de América".

Un otoño, Rosita se enfermó de un mal misterioso. Era de ver la angustia de don Simón. Abandonó por completo su clase, dejándonos a todos etregados a la contemplación meditativa de la naturaleza y a la expropiación subrepticia de las frutas verdes de la vecindad, y salió en busca de los médicos y curanderos por los pueblos de los alrededores, en un caballo prestado.

Era urgente traer un médico de la ciudad. Pero para esto hacía falta dinero, y por una de esas coincidencias que suelen presentarse en los anales de los pueblos, el maestro de escuela de General Alvarado no tenía un cntavo ni nadie que se lo prestara.

Una idea salvadora nació en la cabeza de don Simón.

Una mañana al amanecer, envolvió cuidadosamente en un diario viejo los originales de su "Historia de las civilizaciones extinguidas de América", el fruto de veinte años de estudio, de luchas, de insomnios, de sinsabores, de privaciones, y se dirigió a la ciudad dispuesto a venderlos por cualquier suma, con tal de que bastara para convencer al médico de la ciudada que viniera a curar a la leoncita de Castilla.

Er el sacrificio de su vida. En la ciudad sabrían apreciar aquella obra maestra de literatura histórica. La daría por mil, hasta por quinientos pesos...

Se fué dejando a Rosita al cuidado de unas vecinas.

Volvió una semana después. Pero no volvió solo. Le acompañaba "La cavilización de los Mayas". El caballo palomo que le había prestado el almaeenero, mar-

chaba al paso, como agobiado bajo el peso de aquella gran civilización desaparecida, de aquella angusti enorme y silenciosa que llenaba el corazón del pobre historiador.

En la ciudad, ningún librero, ningún editor, había querido saber nada de aquel monumento de literatura histórica. Ningún médico había querido ni siquiera pensar en ir a General Alvarado.

La leoncita de Castilla murió al día siguiente de la vuelta de don Simón, mientras nosotros contemplábamos la naturaleza y robábamos manzanas.

¡Pobre don Simón!

Jamás volvió a preguntarnos los límites de Bolivia ni los afluentes del Amazonas. Durante algunos días lo vimos vagar por el monte, entre los trigos, por la orilla del río, con la calva al sol, sin saludar a nadie, hasta que un día nadie lo volvió a ver más.

Se había ido quién sabe dónde, huyendo del sepulcro de su amor y su ambición. No dejó tras sí más que la tumba de la leoncita de Castilla y los originales de la "Historia de las civilizaciones extinguidas de América", que quedaron sobre la mesa de patas desiguales.

El viento que entraba por las puertas y ventanas de la escuela abandonada dispersó las carillas manuscritas de aquella obra monumental, páginas que durante varios días se vieron flotar como aves fantásticas, como ensueños perdidos, por las calles y las huertas del pueblo.

La vuelta de Cruz

CUANDO el sargento Cruz salió de la mayoría del 12 de línea, extrañó el pesado uniforme patrio, el sable que había arrastrado diez y seis años por los cuarteles, las calles y los caminos.

Se miró los brazos y le pareció rarísimo no ver las jinetas doradas que había ceñido durante la mitad de su vida militar.

No acababa de comprender que ya no era el sargento Cruz del 12 de línea; que las dianas perentorias y resonantes del trompa ya no le harían saltar de la tarima en las madrugadas chaqueñas ni en los amaneceres andinos; que los torpes y turbados conscriptos ya no le mirarían con medroso respeto en las instrucciones interminables del picadero...

Aquella se había ido para siempre.

El exsargento empezaba a realizar esta verdad peregrina. Ahora era simplemente Juan Nemesio Cruz, según su libreta de enrolamiento.

Juan Nemesio Cruz era su nombre cristiano, pues había tenido otro, allá en una selva del Pilcomayo, en una toldería de la que hoy no quedaban ni las cenizas.

Aquello era tan lejano, que el exsargento apenas se acordaba ya; la visión confusa de la toldería, con los perros, las indias, los fogones, la chusma siempre ebria, flotaba vagamente por su cerebro obscurecido.

Muchas veces, durante sus largos años de soldado, la

había evocado. En las nevadas de San Martín de los Andes, en las guarniciones de las ciudades, habíasele aparecido la visión de la toldería donde arrastró su niñez.

Cuando sobrevino la destrucción de ella a raíz de un malón, Juan Nemesio se había ido con su humanidad indígena a un fortín. Se le dió de alta en la banda de un regimiento de caballería, algunos meses después.

No se quitó más el uniforme. De la banda lo pasaron a un escuadrón; de ese regimiento pasó a otro, luego a otro...

Pasó largos años en los fortines chaqueños y misioneros, contemplando, trágico y mudo, el agonizar doliente de la raza. Luego bajó a las guarniciones provincianas; más tarde, cabo del 3 de línea, pasó cuatro inviernos en la frontera andina. Fué un buen soldado, con la estoica impasibilidad de todos los clases indias que hubo y hay en los cuerpos de línea; con ese dolor imperturbable de los cautivos que saben que jamás volverán a ser lo que fueron...

Durante su permanencia en los fortines del Chaco, trató de averiguar el destino de la gente de su tribu. Pero sólo pudo dar con dos de ellos, que se habían ido con "los padres".

El resto... ¿Quién se acordaba de un puñado de indios arrojados de sus tolderías muchos años antes?

Juan Nemesio caminaba por una calle de Resistencia, maravillado aún de su propio estado.

No sabía dónde ir, ni dónde trabajar.

Tenía ideas vagas de presentarse en alguna colonia lejana, en algún obraje distante, de hallar trabajo en medio de sus selvs nativas, de sus bosques chaqueños, donde pudiera oir en la noche el grito de los aguarás y sentir el olor de los pumas...

Era la hora del rancho y Juan Nemesio entró a comer en un fondín. Le parecía estar gozando de una

de esas breves licencias de fin de semana. Del cuartel lejano llegaba hasta la mesa del fondín la aguda nota familiar del clarín que llamaba a rancho.

Después de comer salió a caminar. Anduvo todo el día perdido, melancólico. Los conscriptos en la calle miraban con indiferencia aquel indio macizo, rígido dentro de su ropa de paisano, cuyos menores movimientos delataban a un clase de caballería...

Cruz los miraba pasar con melancolía profunda. Ya no les llevaría al picadero, ni les enseñaría el catecismo del soldado en las caballerizas, ni les llevaría por las picadas del Chaco y por los senderos andinos en la madrugada...

Estaba tan triste, que se metió en un almacén y se embriagó.

Salió a tropezones, perdió los treinta y tres pesos de su último sueldo; y en el tabuco que había alquilado se revolvió toda la noche, enloquecido por una tristeza trágica, obscura, inmensa...

Le asaltaba en medio de su borrachera la visión lejana de la toldería nativa, el éxodo de la miserable tribu, el recuerdo de su larga servidumbre. Allí siquiera olvidaba su dolor, en el rudo trajín de los cuarteles; allí no tenía tiempo de evocar los fantasmas de su pena, ni para pensar en la tragedia de la raza...

Y al venir el alba, mientras resonaba sobre el silencio de la ciudad dormida el toque penetrante de "la diana del desierto", Juan Nemesio Cruz, enredándose en su ropa de paisano, se presentaba en la mayoría del 12 de línea a pedir su reincorporación.

EL POBRE



DIÓS, amigo. Buena suerte...

El director de la cárcel tendió la mano, y el hombre pálido, que acababa de cumplir una condena, la estrechó tímidamente.

—Adiós, señor. Muchas gracias.

Se encontró en la acera, bañada por el sol mañanero. Caminó hasta la esquina, vacilando como un ebrio. Luego se detuvo, y volviéndose, contempló los altos y helados muros grises, detrás de los cuales dejaba una parte dolorida, vergonzosa y trágica de su existencia.

Siguió andando, deslumbrado por el sol. Misteriosas tempestades bullían en el corazón del pobre.

El tumulto de las calles, palpitantes de vida en la clara mañana de otoño, le hacía daño.

Ahora estaba libre, libre...

La imagen de Julia no se apartaba de sus pensamientos dolorosos.

¡Julia! ¡Julia!

Durante tres años, los tres primeros años de su condena, íbalo a visitar los domingos. No la esperó en vano ni uno solo. Era su mujer, y después de "la desgracia", continuó amándolo como antes, como cuando se casaron.

La conoció en casa del doctor Alvarado, donde ella trabajaba. El, un obrero electricista, la vió varias ve-

ces, se prendó de aquella muchacha sencilla y laboriosa, de hermosos ojos negros.

El doctor Alvarado y su esposa aprobaron aquellos amores, apadrinaron la boda, ayudaron a los jóvenes a levantar el nido...

Ocurrió el drama. El electricista hirió gravemente a un hombre, en una riña de café, y la justicia lo arrancó de su nido y lo alojó por cuatro años en una celda.

Tres años...

Durante los domingos del año último que le redujeron a seis meses, mientras la hora de la libertad y de la redención se aproximaba, Julia no volvió a aparecer.

Y cada noche de cada domingo solitario, revolviéndose en el camastro de su celda, el corazón del preso abandonado desbordaba de angustia.

Se había olvidado de él.

Al principio, mordíase los puños, sentía deseos de estrellarse la cabeza contra las paredes de la celda. Julia ya no era suya...

Pero, ¿tenía él, un condenado por un hecho de sangre, el derecho a exigir de Julia que fuera una santa, que lo perdonara y lo esperase para rehacer su vida deshonrada?

Creyó enloquecer al principio. El alba de la cárcel lo sorprendía despierto, lívido, con el semblante desencajado.

Y ahora estaba libre. Pero la esperanza estaba muerta: la había dejado allá, en la celda inolvidable, detrás de aquellos muros grises y tétricos.

Hacía una hora, dos horas que marchaba, atravesando calles y más calles, un dolor humano solitario, perdido entre las caravanas indiferentes de los desconocidos.

Julia... Julia...

Se detuvo bruscamente. Los bajos caseríos del barrio humilde se levantaban, familiares, bajo el azul cielo del mediodía de otoño.

Era allí, en una de esas calles angostas y pobres, donde hicieron su nido seis años antes, dos antes de "aquello", en un vasto edificio de diminutos departamentos, especie de conventillo decente...

Pisó el umbral que atravesara un día distante con Julia vestida de blanco, y un temblor convulsivo corrió pr su cuerpo.

Dentro, las cocinas humildes humeaban, como antes.

—Don Alberto...

La mujer del encargado, una vieja de ojos penetrantes y malignos, lo contemplaba con fría curiosidad.

—Aquí estoy, doña Carmen...

—Ya salió, entonces...—murmuró la vieja, sin apartar de él los ojillos malévolos y sagaces.

—Sí, ya he salido, como usted ve,—respondió el pobre, sintiendo que un malestar extraño le invadía.

No se atrevía a formular la pregunta. Pero la vieja no esperó para darle la noticia tremenda, desgarradora.

—Viene usted a buscar a doña Julia, ¿no? Pero doña Julia hace mucho que se fué, don Alberto. Una tarde salió, diciendo que volvería a la hora de comer, y no apareció más. Mi marido y yo esperamos dos meses. Como no volvimos a saber nada de ella, vendimos los muebles para cobrarnos el alquiler... No es que yo piense mal, don Alberto, pero una mujer joven y linda como doña Julia, con el marido en la cárcel...

Las palabras envenenadas de la vieja estremecieron al hombre. Conteniendo el impulso de estrangularla, le dió la espalda y salió tambaleando a la calle. Atrás quedaba el nido vacío, el pasado, el amor, la juventud.

La noche le sorprendió en el banco de una plaza. Desde el mediodía había caminado sin rumbo, hundiéndose en los barrios lejanos, como un autómata; desde el amanecer no había probado alimento alguno.

Pero no sentía ni cansancio, ni hambre, ni sed. Su

corazón entumecido de dolor, no le hacía daño ya. Un solo pensamiento voltejeaba en su cabeza...

"Una mujer joven y linda, con el marido en la cárcel"...

Oía las palabras de la vieja en las voces de las calles, en el tumulto del tráfico, en el murmullo de los árboles.

Esa noche se embriagó en una taberna de arrabal. Disputó con unos desconocidos que le invitaron a jugar a los naipes. Los jugadores, asustados ante la cólera trágica del condenado, le abandonaron.

Siguieron de pesadilla.

En la tarde del octavo día, desencajado por el alcohol y la angustia, hallóse en un barrio del Norte de la ciudad.

Obscurecía. Vacilante por la debilidad, se apoyó en un árbol. Un caballero que pasaba lo miró y continuó su marcha, se detuvo y volvió sobre sus pasos, lo contempló otra vez con atención.

Alberto sintió una mano sobre su hombro.

—¿Qué hace usted, Alberto?

La voz del caballero era severa, firme.

—¿Qué hace usted?

El ex penado oyó la voz como en un sueño.

—Doctor Alvarado... — balbuceó.

—¿De modo que usted ha abandonado a su mujer, a la pobre Julia?

Creía soñar, el pobre, al escuchar aquellas palabras.

—¿Yo, abandonarla? — tartamudeó.

—Venga usted conmigo...

El doctor Alvarado hizo detener un automóvil.

—Suba — ordenó, y el mísero obedeció dócilmente. Arrancó el vehículo, y un cuarto de hora más tarde se detenía frente a una casa que rodeaba un jardín.

—Entre usted...

Atravesaron varias habitaciones y corredores. El ex

penado se halló de pronto en una habitación espaciosa iluminada por muchas lamparillas eléctricas. Una cama, y en medio de las sábanas blancas, los ojos negros de Julia, que lo miraba con expresión ardiente y extraña.

Una señora de cabellos grises que estaba junto al lecho lanzó una exclamación.

—¡Alberto!

Pero Alberto no oía. Estrechaba contra su corazón dolorido la cabeza febril de Julia.

• • •

—Sí, amigo mío...

El doctor Alvarado se paseaba por su escritorio, con las manos a la espalda.

—Un día, hace varios meses, mi mujer encontró en la calle a Julia. Le llamó la atención su aspecto. Parecía enferma. La trajo aquí, y casi se nos muere. Durante el delirio, no hacía más que llamarlo a usted. No sabíamos nada. Cuando empezó a mejorar, callaba si le preguntábamos dónde lo encontraríamos a usted. Mi mujer y yo creíamos que usted la había abandonado. Pobrecita, no quería decirnos lo que usted me acaba de decir: que estaba en la cárcel... No. Esperaba estar buena para ir a buscarle, como antes... Si usted supiera cuántas veces la hemos sorprendido tratando de irse, ella que apenas podía moverse...

Alberto lloraba dulcemente.

—Ella quedará tan sana y tan fuerte como antes... Usted, Alberto, puede empezar la vida de nuevo... ¿No la tiene a ella, a la pobre Julia, una santa mujer?

El condenado quiso hablar, pero no pudo.

El doctor puso sus manos sobre sus hombros.

—No diga usted nada, Alberto. Yo sé que en este momento está hablando con su propio corazón...

El anónimo

I

Buenos Aires, julio 11 de 1916.

Mi querida Carlota:



ENSAR que han transcurrido dos años... dos años largos, fríos, melancólicos, los más melancólicos, los más fríos y los más largos de mi vida, ayer, día en que cumplí los veintinueve, he recibido tu carta. Sólo tú te acuerdas de mí. Solamente tus palabras, siempre afectuosas y cálidas, me traen el perfume, lejano y desvanecido, de mi primera juventud. ¡Veintinueve años! Pero si ya soy una vieja...

Nada me dices en tu carta de los tuyos. Te agradezco tu delicadeza. Comprendo que lo haces para no entristecerme. A una mujer sola, abandonada y triste, como yo, no le quieres hablar de tus hijos ni de tu propia y merecida felicidad. Muchas gracias, mi queridita Carlota. Pero créeeme si te aseguro que ya ha comenzado para mí la resignación. ¿A qué intentar torcer el curso de los acontecimientos, pobres de nosotras? Me paso los días, las semanas, los meses, leyendo, lo mismo que hacía cuando nuestra pobre madre se fué para siempre, ¿recuerdas, Carlota? Durante el primer tiempo, creí que

me iba a morir de dolor. Pero alguien me recomendó que leyese a Maeterlinck, y en los libros maravillosos del poeta belga, la dulzura misteriosa de la muerte desvanació mi ardiente angustia. Me resigné. ¿Te acuerdas? Algo semejante me ocurre ahora. Los poetas son los mejores amigos que tenemos las mujeres. Es que son tanto o más sensibles que nosotras, y sienten nuestras deventuras y nuestras agonías con inteligencia y con misericordia. Por eso ahora, desde hace algunos meses, me he refugiado en los poetas. Los libros de Heine, de Sully-Prudhomme, de Campoamor, de Samain, me rodean. A veces, durante la noche, en mis noches frías y solitarias de divorciada, me parece que se acercan de puntillas y rodean mi lecho. ¡Queridos poetas!

Hasta pronto, mi querida Carlota. Te besa tu pobre hermana.

Eugenia.

II

Cerró la carta y la dejó sobre la mesa.

Obscurecía, en un glacial crepúsculo de invierno. La figura pálida y solitaria se hundía lentamente en la sombra. El perfil aguileño se recorta, inmóvil, contra la luz borrosa que venía de la calle.

Eugenia Tudela, como decía en la carta que iba a Córdoba, acababa de cumplir veintinueve años. Era una rubia de cabellos color ceniza, de formas menudas y armoniosas, de ojos azules y meditabundos.

Divorciada...

¡Qué horror le había causado siempre aquella odiosa palabra! En todo divorcio, pensó siempre, sangraba un corazón de mujer. El divorcio, para ella, no eran cadenas que se rompían, sino corazones que se desgarraban.

El drama vivía siempre en su alma, el drama obscuro de su divorcio.

Pero ella no guardaba ni amargura ni rencor. Sentía tan sólo una tristeza infinita y serena. Los hombres, aun los mejores, sólo eran juguetes de sus pasiones. Los movía la ambición y el instinto, la fiebre y la pasión.

Hacía más de un año que nada sabía de Florencio. Después de la separación legal, él se había ausentado de Buenos Aires. Dudaba ella de los vagos rumores que llegaban a sus oídos.

Después de todo, nada les unía ya, sino el recuerdo. ¿Qué importaba que Florencio se hubiera embarcado para Europa en compañía de la bailarina española?

Había salido de su vida para siempre, había recuperado su libertad...

¿Le amaba aún?

Era el eterno interrogante de su dolorido coraznó.

No, no... No le amaba ya... Se lo repetía a sí misma a cada instante y evocaba la traición de Florencio.

Pero en las interminables horas nocturnas, cuando todo dormía, invadíala una angustia misteriosa y sutil. Permanecía despierta hasta el alba. Creía que de pronto iba a escuchar el ruido de la puerta de calle al abrirse, los pasos de Florencio en la escalera, su tos en el vestíbulo.

Pero Florencio no volvería nunca.

La ausencia de hijos había facilitado el divorcio.

El matrimonio sólo duró cinco años. Eugenia más de una vez oyó decir que muchos hombres, a los cinco años de casados, o abandonan a su mujer, o se resignan simplemente a permanecer a su lado. Cinco años era el período crítico de la pasión conyugal.

Ella no creía, no, que el amor de los hombres durara solamente cinco años.

Era monstruoso...

El amor de Florencio Bustamante, inteligente, rico, buen mozo, romántico, no había sobrevivido a los cinco años. La regla se cumplía...

Se casó Eugenia a los veintidós años. Su hermana Carlota estaba casada ya, y tenía dos hijos.

Florencio Bustamante la conoció durante un verano, en Córdoba. Eugenia estaba en todo el esplendor de su juventud, de su gloriosa juventud de rubia.

El, romántico y artista, se prendó inmediatamente de ella. Amigos y parientes celebraron regocijados la boda de Eugenia y del rico y joven estanciero educado en Europa.

Fué un idilio rápido y ardoroso. La luna de miel en Río de Janeiro, el viaje a París, el regreso...

Llevaban cuatro años de casados cuando Eugenia sintió la primera ráfaga de frío. Florencio se alejaba poco a poco de ella. Eugenia, llena de angustia, recorrió todos los especialistas de Buenos Aires. Todos le dijeron lo mismo. Los hijos de ensueño que cantaban y lloraban en su amoroso corazón nunca se harían realidad.

¡Cómo lloró la estéril amorosa!

Al cabo de cuatro años, él ya pasaba las noches enteras fuera de casa.

Alusiones disimuladas y malignas le dieron a entender que Florencio repartía su corazón y su tiempo — y su dinero — en ambiguos y equívocos amores.

Un día trágico, un día de frío y de lluvia, lo vió claramente: pasó un taxi con una mujer morena, de enormes ojos verdes: era la "Reinita", una bailarina espala de larga historia.

Un año más tarde se decretaba el divorcio, en Montevideo.

Eugenia Tudela, inmóvil en la sombra, recordaba los detalles como si hubiera sucedido todo el día anterior.

¿Era posible que el Florencio Bustamante que conociera en Córdoba, que la amara con pasión en Río de Janeiro y en París, fuera aquel mismo hombre áspero, casi brutal, que la arrojaba a un lado, como un traje viejo, en el camino de la vida, y la reemplazara por la

antigua camarera de una taberna de Sevilla?

Tal había sido el drama.

Eugenia se incorporó bruscamente en medio de la obscuridad. Tocó un timbre

—Eche esta carta al correo, Teresa...

La criada tomó la carta y luego se retiró, después de haber encendido las luces.

Eugenia volvió a quedar sola.

III

Buenos Aires, agosto 14 de 1918.

Mi querida Carlota:

Recibí tu carta del mes pasado. Llegó a mis manos el día de mi cumpleaños. Ya ves que he pasado los treinta. Habrás de saber que ya tengo seis canas. Las he contado... ¿Conque Dorita ya sabe leer en francés? Le mandaré mis poetas franceses. Ya no los leo. ¡Pobres poetas! Los tengo olvidados, abandonados. Ya no necesito el bálsamo de sus poemas. Sus versos me ayudaron a restañar las heridas de mi pobre corazón. Pero esas heridas se cicatrizaron ya. ¿Sabes qué hago ahora? Me dedico a los pobres. Mejor dicho, a "las pobres". Busco en los diarios y me hago informar sobre los casos de mujeres abandnadas. ¡Si tú supieras qué cantidad de mujeres sn abandonadas todas las semanas en Buenos Aires!... Causa espanto, verdaderamente. Yo las voy a visitar, o las hago venir a casa. Les doy dinero y consejos. ¡Consejos yo! Si las infelices supieran que, en medio de mis rosas y mis cuadros, yo no soy más que una pobre abandonada, como ellas...

He oído rumores acerca de *él*, pero deben ser mentiras.

En todo este tiempo no he vuelto a saber nada seguro. Tú sabrás que el producto de la venta de la estancia fué casi todo a manos suyas, pues yo tenía, y tengo, lo mío.

Pues me han dicho que lo han visto jugando como un desesperado en todos los Casins de Europa. Pero no debe ser verdad. Me he convencido hace mucho de que no volveremos a encontrarnos jamás. ¿Para qué? De lo que fué, ya no quedan ni cenizas. En el combate diario de cuatro años con mi corazón, ha triunfado la razón. Me acuerdo de él como de uno que murió hace muchos años. Ya no se me aprieta el corazón cuando tropiezo con algunos de los libros que él solía leer, con algunos de los cuadros que él admiraba. Casi todas las reliquias del tiempo de mi matrimonio han desaparecido. Las he regalado o vendido. Como si se pudiera vender o regalar el pasado, mi querida Carlota...

Con todo, yo creo que si mañana lo encontrara en la calle, lo miraría con indiferencia, tan frías están ya las cenizas del ayer...

Termino esta carta porque me espera una de esas pobres mujeres de que te hablo al principio. Es una mujercita de veinte años. Es española. Vino de sirvienta, y se casó en Buenos Aires con un mal hombre, un chauffeur que la abandonó con un hijo, después de gastarle todos sus ahorros. ¡Pobrecilla! Quiere volverse a España. Tiene sus padres viejecitos en una aldea de Galicia. Yo le he prometido darle el dinero necesario para el viaje. Se irá la semana que viene. Pobre Carmela García... Su hijito es hermosísimo. Yo le he tenido en mis brazos; yo...

Hasta pronto. Te besa tu hermana.

Eugenia.

IV

Aquel viaje a Córdoba le había hecho daño.

El tren corría por las llanuras de la provincia de Buenos Aires, y Eugenia Tudela sentía que una amargura misteriosa debordaba en su alma. Dorita, la hija mayor de Carlota, era ya una señorita, que recitaba "Le vaisse

brissé" de Sully-Prudhomme y tocaba Beethoven.

Otros dos años habían transcurrido. La guerra era sólo un recuerdo lejano.

¿Qué habría sido de Florencio Bustamante?

Nadie sabía nada de él. En el espacio de aquellos años, no había vuelto a Buenos Aires. Pensó que andaría corriendo siempre por Europa con su bailarina. O con alguna "estrella" salida de entre las mesas de una taberna.

Bah... ¿Qué le importaba a ella?

El tren, polvoriento y fatigado, llegó al Retiro.

Era en abril, y ya comenzaban los fríos anunciadores del invierno. Eugenia se estremeció ligeramente en el andén, perdida entre la caravana de los pasajeros.

Llamó un taxi y se hizo conducir a su casa, en Belgrano, la casa llena de rosas, de cuadros... y de melancólicos recuerdos.

La antigua sirvienta, Teresa, la esperaba en la puerta, cariñosa, solícita.

—No ha venido nadie, señora...

—¿Nadie?

—Nada más que unas pobres mujeres que venían recomendadas a usted. Yo les dije que volvieran... Cartas han llegado varias. ¿Quiere la señora que las traiga?

—No, Teresa... Después las leeré. Han de ser cuentas, facturas, invitaciones, circulares...

Estaba muy fatigada del viaje del tren.

Se dirigió a su dormitorio. Teresa le llevó una taza de te.

Bebió el te, y sintió que su fatiga se desvanecía.

—Dame las cartas.

Una factura de la modista, una invitación para un concierto de caridad... De pronto sus ojos distraídos se detuvieron en un sobre blanco, arrugado y sucio. Lo ennegrecía una escritura torpe y desigual.

Decía así:

Ceñora

Dña. Ujenia Tudela

Caile Pampa N.°....

Velgrano, Buenos Aires.

Varios sellos postales españoles se amontonan en un ángulo.

Eugenia sintió una emoción extraña. Abrió el sobre y buscó la firma. Pero aquella carta arrugada y sucia que llegaba desde el otro lado del mar, era un anónimo.

V

La Coruña, enero de 1921.

Mi querida Carlota:

Se ha realizado el milagro. Mientras escribo, me olvido que soy una vieja, y, a pesar del frío de este invierno de Galicia, siento que la primavera canta dentro de mí. Es el pasado que vuelve. Pero no el pasado amargo y triste, sino el otro, el de amor y de ventura. Un anónimo ha transformado mi vida. Sí, aquella carta sucia y arrugada, con espantosa otrografía, que encontré esperándome cuando regresaba de Córdoba, después de pasar un largo verano contigo. Pensé entonces que hubiera venido de Carmela García. ¿Te acuerdas de la pobre Carmela, la que abandonó el chauffeur y yo hice volver a España con su hijito? Luego recordé que Carmela no sabía leer ni escribir... Aquel anónimo me quitó el sueño durante varias noches. ¿Sería una broma infame, una burla cruel? Algo en el corazón me decía que

allí, aquelas palabras toscas y sin ortografía, estaba la verdad, estaba la felicidd, mi querida Carlota.

Y así fué que vendí la casa por lo que me dieron y me vine a España. Desembarqué en Vigo. Tomé el tren para el pueblo que nombrara el anónimo. Carmela García me esperaba en la estación de Betanzos, llevando a su hijo de la mano. Sí. El anónimo lo había hecho escribir ella, la pobre, a un hermano que había ido a la escuela. ¿Cómo supo Carmela, la pobre sirvienta, el drama de mi divorcio, la tragedia obscura de mi vida? No me lo ha dicho, mas yo creeré siempre que fueron las confidencias de Teresa, mi criada. ¿Cómo supo que Florencio Bustamante, aquel enfermo arruinado y solitario, que se curaba en una aldea de Galicia, era mi marido?

Ahora creo en los designios de la Providencia, mi querida Carlota. ¿Para qué describirte la escena entre Florencio y yo aquella fría mañana, en una fonda del pueblito gallego?

Es el amor que ha vuelto. Benditos sean los años que me sirvieron para vivir la gloria de este instante... Florencio está curado de su enfermedad. La semana entrante me lo llevo a Suiza. Después iremos a Italia. Y algún días nos verás llegar a Córdoba, a las sierras, con los cabellos grises, pero con la primavera en el corazón.

Te besa tu feliz hermana.

Eugenia.

La difunta



UANDO subió a bordo, en Vigo, un hombre muy pálido, barbudo y desgreñado, la sostenía, pues la mujer apenas podía caminar en su postración horrible.

Dos pasajeros que venían de Holyhead la miraron, meditabundos, con un pensamiento.

—No llegará a América — dijo uno de ellos en inglés.

El otro se encogió de hombros.

Esa fué la única vez que a bordo del paquete vieron a la pasajera, con vida.

Una mañana de sol, en el Atlántico, ocho días más tarde, la viajera entregó su alma al Todopoderoso bajo el claro cielo.

Pocas cosas tan trágicas como una muerte en mitad del océano. Sobre todo cuando es una mujer, una mujer desconocida, a quien la Intrusa viene siguiendo desde tierra, sobre los oleajes, para llevársela en un descuido, para sepultarla en la eternidad.

La pasajera murió en el silencio de su camarote, mientras el hombre, desolado y lívido, veía cómo se le iba la vida.

Empezaba a ponerse el sol, allá lejos, en el confín trémulo del horizonte, cuando el paquete se detuvo. Un pabellón rojo y blanco ondulaba a media asta, entre las chimeneas, y la tripulación, formada, guardaba silencio.

Los escasos pasajeros, reunidos en un grupo, contemplaban, impresionados, la escena terrible.

El comandante, un escocés de cabellos blanquecinos y voz ronca, hizo acercar el féretro. Su mano rugosa, al sostener el libro de las plegarias, temblaba visiblemente, y gruesas gotas de sudor corrían por sus mejillas.

"Nosotros, por lo tanto, entregamos este cuerpo a las olas, para que sufra su descomposición natural, a la espera de la hora de la resurrección, cuando el mar devuelva sus muertos, y la vida que vendrá, por Nuestro Señor Jesucristo, quien, a su advenimiento, transformará nuestra carne vil, para que recobre su divina forma..."

Era la oración de los muertos en el mar.

Las palabras resonaban, solemnes y profundas, en el silencio de la nave inmóvil.

El capitán cerró el libro e hizo una seña.

Dos marineros, que habían tendido una planchada, inclinaron el ataúd.

Oyóse un ruido seco, siniestro, horrible, y el féretro rodó pesadamente. Tocó el agua, levantando un poco de espuma y flotó.

—¡Mary! ¡Mary!

El grito desolado estremeció a los pasajeros. El compañero de la difunta se arrojó hacia la borda. Dos hombres lo sujetaron, antes de que se arrojase al agua, en pos de la muerta.

El vapor reanudó la marcha. Las hélices revolvieron las aguas verdosas, y entonces se vió que el ataúd, azotado por el brusco oleaje, se inclinaba a un lado y a otro. La tapa saltó al golpe de las aguas, y un rostro de mujer, una mujer envuelta en un chal de colores, apareció ante los ojos espantados de todos.

—¡Mary! ¡Mary!

Se lo llevaron a su cabina, retorciéndose como un loco, atronando el navío con sus gritos desesperados.

El ataúd, abierto, se había sumergido en las aguas.

El hombre, enfundado en un saco grueso, con su corbata flotando al viento, sus largos cabellos y su semblante triste, se pasaba los días y las noches sobre cubierta, con la mirada perdida en la lejanía brumosa del horizonte, como esperando ver aparecer entre las olas el cadáver querido.

—Ya hemos llegado...

Un oficial de a bordo me señaló la línea borrosa de la tierra.

—Dentro de cuatro horas estaremos en Montevideo...

Por fin terminaba aquel viaje inolvidable.

El recuerdo macabro de la difunta nos perseguía tenazmente. Nadie podía borrar de la memoria la vista de aquel féretro que se abría, de aquellos ojos muertos que volvían a mirar al cielo, entre las espumas...

Cinco horas más tarde el paquete anclaba en Montevideo. Varias chalupas esperaban.

De una de ellas llegó el grito de un hombre.

—¡Mary! ¡Mary!

Todos palidecimos.

—¡Mary! ¡Mary!

El compañero de la difunta oyó aquel grito y permaneció impasible. Toda la vida, todo el tormento de su alma, parecía reconcentrarse en sus ojos ardientes y sombríos.

El hombre de la chalupa saltó a bordo, y ambos se encontraron frente a frente. Hubo un silencio, un silencio extraño, profundo, insondable.

Y el hombre de la chalupa comprendió.

Quiso decir algo, pero la voz se le anudaba en la garganta. Sus manos temblaban violentamente, mientras el otro lo contemplaba impasible, atontado.

El hombre que esperaba en Montevideo se dejó caer sobre un banco, con la cabeza entre las manos.

El otro había desaparecido.

—Vamos, señores...

La voz del oficial quebró la tensión de la escena.

—Vamos...

Una detonación sorda resonó en uno de los camarotes de la cubierta, y un camarero, lívido, se acercó, agitado, al comandante.

—Se ha matado, señor...

Fué esa tarde, en un café del barrio marítimo de Montevideo.

El oficial y yo bebíamos aperitivos, contemplando el escalonamiento de la ciudad, que los rayos ponientes matizaban de oro y rojo.

—Es una historia extraña — murmuró el marino;— el que la esperaba en Montevideo era el marido. El otro, el hombre de barba que la acompañaba desde Vigo, el que la vió morir, era el amante, que la devolvía. Los dos la amaban con desesperación. Ella había huído a Europa con el amante, y después quiso morir al lado del marido, que la había perdonado. Pero estaba escrito que debía morir en el mar...

—El mar y los navíos están llenos de estas historias... —añadió el marino, meditabundo.

Libros viejos

ATARDECÍA en aquella calleja olvidada y silenciosa del suburbio, un manso atardecer de otoño en la ciudad.

El interior de la pequeña librería se volvía obscuro por momentos. Era una librería de viejo, con un estrecho escaparate en el que se amontonaban bizarramente usados y maltrechos volúmenes, tomos polvorientos en cuyas tapas se vislumbraban los gloriosos nombres, las obscuras firmas... Sobre la puerta ostentábase un rótulo verdoso: "Librería de Cervantes".

Dentro, semioculto entre varias pirámides de libros usados, un viejecillo leía, leía desesperadamente, sin levantar los ojos de un voluminoso tomo del duque de Rivas. El lector desaparecía entre las anchas páginas, y su mano flaca y amarillenta volvía de rato en rato las hojas crugientes de vitela apolillada.

Espesábase la sombra. Cuando ya no pudo continuar leyendo debido a la absoluta falta de luz, el viejecillo cerró el gran libro con un suspiro, después de marcar cuidadosamente el sitio donde había suspendido su lectura. Se incorporó, y deslizando su endeble cuerpo entre las pirámides polvorientas, depositó severamente el memotreto entre un colosal "Dante" sin tapas y un ruinoso y estropeado "Balzac".

Fuera, en la calle, sólo turbaba el silencio crepuscular la nota lejana de un organillo errante.

El viejecillo, moviéndose como un fastama en la obscuridad, buscó a tientas una lámpara y la encendió. Después llamó:

—¡Nina! ¡Nina!

Pero nadie respondió. Oíanse los pasos apagados de los transeuntes en las aceras. El organillo se alejaba.

A la luz vacilante de la lámpara, el viejecillo miró en torno suyo, paseó sus ojos marchitos por las montañas de libros viejos, dulcemente, amorosamente. Arrastróse entre ellos, acariciándolos con sus manos temblonas, escudriñando los títulos en la luz escasa.

Un paso resonó en el umbral de la "Librería de Cervantes". Una voz desconocida pidió el 'Quo Vadis?" de Sienkiewicz. El librero hurgó entre las montañas polvorientas y desenterró el volumen.

—Aquí está, señor.

Pagó el hombre y se fué. Volvía el viejo a su rincón y a su libro cuando divisó una hoja de papel blanqueando sobre un diccionario.

Presa de súbita y misteriosa inquietud, se apoderó del papel y leyó:

"Perdóname, papá — decía; — me voy lejos. Algún día volveré. No podía seguir viviendo entre tu egoísmo y tus libros. Quédate con ellos, ya que los amaste más que a tu mujer y a tus hijos. — Nina".

Un gran sollozo estremeció el débil y menguado ceurpo del viejecillo. Las lágrimas cayeron de sus ojos marchitos y humedecieron su rostro apergaminado, sus manos enjutas. Se apoyó en un montón de libros y su llanto goteó sobre las portadas maltrechas de una "Ilíada" y un "Camoens".

Por primera vez en su vida realizó la verdad que tan brutalmente le decía aquella carta. Nina tenía razón.

¡Los libros! Los había querido más que a su pobre

mujer. El viejecillo recordaba a su pobre muerta, la compañera casi olvidada de su juventud, que se había pasado treinta años mirándole leer, sentado frente a él, y cuyos besos había olvidado por las páginas amarillantas de sus tomos polvorientos...

Los quiso más que a sus hijos. ¿Acaso levantó los ojos de su "Cicerón" cuando el primer vagido de Nina turbó una noche el silencio de la "Librería de Cervantes"? ¿Acaso cerró su "Tolstoi" aquella tarde lluviosa y triste en que Rafael, el segundo, murió en la cuna?

Vivió leyendo durante cincuenta años. Pasó medio siglo en medio de las silenciosas muchedumbres de sus libros, mientras llegaban y morían de frío a su lado los amores más hondos y más grandes de la vida...

El viejecillo permaneció inmóvil.

Todo lo sacrificó a su pasión. Y mientras él, hundido en las páginas amarillentas, vivía las cosas gloriosas, sublimes, lejanas, que cantaban en los viejos volúmenes, su mujer se había ido con su pena, su hija se había ido con su juventud...

Lo dejaron solo.

Solo con aquel imperio frío y excelso que dormía en torno suyo, con aquellos libros adorados que le habían enseñado todas las grandezas y todas las miserias de la tierra: los heroísmos, las pasiones, los dolores y los sueños del mundo, que lo turbaron con un soplo de sabiduría y de verdad... ¡Oh, Dios!, pero que le habían secado el corazón...

corvados hombros del viejecillo.

—¿Qué he hecho? — sollozó.—He pasado por la vida en medio de un sueño inmóvil, de un delirio estéril...

Algo se le removió, allá en sus entrañas, algo de humano, y sintió que aun tenía un corazón. Su mano tropezó con un "Aristófanes" y lo arrojó a un rincón, con gesto de horror.

Largo tiempo estuvo sin hacer el menor movimiento.

Todo su pasado desfilaba por su memoria como un frío y desolado paisaje de nieve, en medio del cual veía un hombrecillo inclinado sobre un libro. Veía correr los años, los lustros; los cabellos del lector se volvían blancos... y el hombrecilo seguía leyendo.

El organillo volvía por las calles solitarias del suburbio. Sus notas tristes trajeron al pobre viejo a la realidad. Eran las diez de la noche; no había comido; un frío extraño invadía la "Librería de Cervantes"...

—¡Nina! ¡Nina! ¡Hija mía! — gimió con trágico desconsuelo.

Pero nadie contestó. El viejecillo miró en torno suyo. Le parecía que los libros cubiertos de polvo le hablaban en voz baja, le llamaban al imperio encantado de sus páginas amarillentas...

Y recogió el "Aristófanes" que había arrojado a un rincón y, acercándose a la lámpara, se puso a leer.



El amor de los tres



NOCHE hablaste con ella?

Una vaga ansiedad se reflejaba en las palabras de Nicolás Brand. Eran las nueve de la mañana, y un sol caliente de diciembre doraba la calle pobre del barrio del Sur.

—Sí, hablé con Angela — contestó el otro, distraídamente, como mencionando un hecho sin importancia, y siguió fumando.

Nicolás Brand lo miraba con fijeza. El y Martín Uruel se conocieron en la escuela, veinte años antes. Sentábanse en el mismo banco, estudiaban en los mismos libros, en las aulas de la escuelita de Barracas. Martín Uruel era delgado, de cabellos renegridos. Siempre, desde que tenía siete u ocho años, reveló condiciones de audacia. Era algo violento, arrebatado, pero no era malo su corazón.

Amábalo Nicolás Brand con afecto fraterno, y Martín retribuía el noble sentimiento de su amigo con igual calor, aunque a veces se burlara cruelmente de aquel muchacho rubio, un poco grueso, de fuerzas hercúleas y de vacilante voluntad.

La amistad estrecha se prolongó a lo largo de los años. El padre de Martín, que era tornero, se trasladó al barrio de Nicolás, cuyo progenitor poseía y explotaba un taller mecánico, cuando ambos contaban veinte años. Por

ese tiempo ya era Martín un pequeño aventurero de la vida. Repugnábale el oficio paterno, y desertaba continuamente de la carpintería, con desesperación del viejo Uruel, un español recio y terco, que sentía hacia su unigénito un vago temor.

Cumplieron veinte años y, al ser sorteados para el servicio de las armas, tocóles a ambos en suerte dos años en la armada.

¡Dos años!

Nicolás partió, resignado, conforme. Martín protestaba enérgicamente. ¡Dos años, los mejores de su juventud, sirviendo como marinero en los buques de guerra!

Fueron dos años largos. Navegaron juntos por los mares del Sur. Martín intentó desertar varias veces, pero Nicolás lo volvía a traer a bordo, a viva fuerza muchas veces.

—No seas bruto — decíale. — ¿Quieres pasar varios años, en lugar de uno que nos falta en los buques de guerra?

Fué en alta mar, frente a la costa patagónica, donde Martín, durante un temporal, cayó al agua. Y fué Nicolás quien se arrojó tras él al Atlántico y lo salvó.

—Gracias, hermano — dijo el hijo del tornero, y Nicolás Brand, resoplando como una foca, respondió sencillamente: — Si te ahogas tú, yo me ahogo también.

Años después Martín recordaba estas palabras, y el remordimiento atormentaba su violento corazón.

Terminado el servicio, los dos exmarineros regresaron al barrio del Sur. Los respectivos progenitores seguían trabajando en sus talleres, como siempre, como habían vivido, como habían de morir. Los licenciados, cumplido el deber con la patria, se incorporaron a los rudos oficios paternos.

Pasaron los años. Hasta que un día llegó al barrio un matrimonio italiano, Giuseppe y Margarita Cimurra, dos napolitanos de cuarenta años. Fué entonces cuando comenzó el drama.

Porque los Cimaturra habían traído de su aldea de Nápoles una viviente Madona de diez y ocho años, Angela, su hija única, un milagro femenino de ojos negros, deslumbrantes, de gestos apasionados, de cabellos revueltos y rebeldes.

Nicolás Brand la conoció y un resplandor iluminó su vida obscura de menestral. Su simple y rudo corazón ya no latió más que por la muchacha napolitana. La esperó muchas mañanas, muchas tardes, en las esquinas del barrio. Le habló con palabras vacilantes, pero trémulas de pasión.

Ella sonreía siempre, moviendo la cabeza, como si no comprendiese. No le disgustaba aquel mozo rubio, robusto, de mansos ojos claros, pero su propio corazón no tenía prisa. Todavía la roía la nostalgia de la aldea, donde dejó para siempre, llorando por ella, a tres o cuatro mozos de mirada ardiente y de cara morena...

Cultivó Nicolás la amistad de Giuseppe. Pasaban ambos horas en la cantina del barrio. El viejo Cimurra, al calor del vino rojo, se entusiasmaba y hacía el elogio de su Angiolina. Era la muchacha más linda que había nacido en Nápoles. Y era inteligente, sí, muy inteligente... Leía libros, sobre todo uno que tenía versos de Pascoli...

Nicolás Brand la escuchaba, arrobado. Se enrojecía cuando Cimurra enumeraba los encantos filiales. El corazón del mecánico palpitaba furiosamente al ver llegar a Angela a la cantina, en busca del progenitor, que ya estaba lleno de vino, merced a las instancias fervorosas de Nicolás...

—*Andiamo, babo*...

¡Qué música celestial, la de aquellas dos palabras pronunciadas con unción filial por los rojísimos labios de la napolitana, en los anocheceres del barrio Sur, mientras los organillos pasaban sollozando sus viejos valses a la distancia!

Martín Uruel, naturalmente, también conoció a la bella emigrante. Mirábala con indiferencia. Apenas la saludaba.

—¿No te parece que es muy linda? — preguntábale Nicolás.

Martín se encogía de hombros. El, Martín, siempre andaba detrás de las muchachas del barrio. Pero le gustaban más las rubias, como en la copla inmortal. Angela era demasiado morena, según sus palabras...

Sin embargo, en medio de su inocencia y su confianza, el bueno de Nicolás un día empezó a advertir las miradas que ambos se cruzaban al encontrarse. Una noche, tres meses después de la llegada de los Cimurra al barrio, los halló conversando en la esquina. Saludó y pasó de largo, sin decir nada.

A la mañana siguiente, en la puerta de la tornería, mientras Martín se vestía la blusa para comenzar el trabajo cotidiano, preguntó, con afectada indiferencia:

—¿Anoche hablaste con ella?

—Sí, hablé con Angela — había respondido distraídamente Martín, arrojando una bocanada de humo.

Sintió Nicolás que una ola de fiebre corría por su sangre. Sus ojos azules fulguraron un instante. Martín lo miró con vaga curiosidad.

—¿Tienes celos de mí, Nicolás?

Se acercó y puso una mano sobre el hombro robusto de aquel hombre que le amaba como a un hermano desde hacía cerca de veinte años, de aquel pobre y sencillo mecánico que había arriesgado la vida para salvar la suya del mar y de la tempestad.

—¿Estás celoso de mí?

Nicolás Brand lo miró sin responder. No podía hablar. Un nudo le apretaba la garganta...

—No...

Le volvió la espalda y salió a la calle.

No volvió a encontrarlos juntos. Cultivaba simpre la

relación vinosa y confidencial de Giuseppe. Una noche de verano, durante el baile con que se celebró un bautizo en la casa de vecindad donde habitaban los napolitanos, hizo su declaración de amor. Angela lo contempló fijamente, con extraña expresión, que a él, pobre, le pareció de lástima, y lo rechazó dulcemente.

¡Pobre Nicolás! Creyó morir. Fué en busca de Martín, desesperado. Hacía dos días que no veía a su camarada. Lo buscó en vano.

La tempestad estalló al siguiente día. El viejo Uruel, el español recio y terco, mandó llamar al mecánico.

—¿Dónde está Martín? — preguntó, con voz ronca y amenazante.

Afirmó Nicolás que lo ignoraba. Uruel lo dijo todo, de una vez, brutalmente:

—¿Sabes lo que ha ocurrido? Mi hijo ha seducido a la hija de los italianos... Esos amores hipócritas están por dar fruto, ¿entiendes? Ha venido la madre a decírmelo, ¿sabes? ¡Rediez! Esto no puede quedar así. ¡Y tú no veías nada, imbécil!... Mientras invitabas a beber vino al padre en la cantina, tu amigo enamoraba a la hija. ¿Comprendes?

¡Sí comprendía, el desventurado Nicolás! Permanecía absorto, estupefacto, volviéndose ora rojo, ora lívido.

¡Martín lo había engañado, le había hecho traición!

El viejo Uruel volvió a levantar su voz ronca, airada.

—Ahora tú vas, me buscas y me traes a ese canalla de hijo que tengo... Esto no puede quedar así...

Continuó hablando, cada vez más ronco, más iracundo. Nicolás, aturdido, prometió buscar y traer a Martín, si lo encontraba.

Lo encontró esa noche, sentado en el banco de la plaza, con los codos en las rodillas y la cara entre las manos. Sentóse a su lado, sin decir una palabra. Martín lo miró sombríamente.

—Bueno, ¿y qué? Ya está hecho...

Esperó el torrente de reproches, de injurias. Pero Nicolás, tranquilo, dueño de sí mismo, le dijo sencillamente:

—Tu padre me envía en tu busca. Es necesario que lo veas cuanto antes.

Confuso, turbado, Martín quiso apoderarse de las manos de su amigo.

—Perdóname, Nicolás... Es esta mi sangre maldita la que tiene la culpa de todo...

Nicolás Brand se apartó del arrepentido, como de una víbora.

—¿La amas Martín? — preguntó fríamente.

El seductor, palideciendo, murmuró:

No sé... Tal vez... Sí...

—Tu padre te está esperando... Anda...

Lo empujó suavemente. Martín, silencioso, se incorporó en el banco y se alejó por la calle del Sur.

Nicolás Brand estuvo muchas horas allí, en ese mismo banco. A veces fumaba, miraba las estrellas largamente, como indagándoles el secreto y el dolor del destino...

...Hacía cerca de un año que Martín Uruel y Angela estaban casados. La voluntad inflexible del carpintero se cumplió. Nicolás asistió a la boda, grave, correcto, ahogando heroicamente la tempestad de su corazón, y después desapareció del barrio. Trabajó durante muchos meses por otros barrios de la ciudad, porque no quería presentarse por aquel barrio del Sur donde tan cruelmentemente sufriera su corazón sencillo y fiel.

Hasta que un día el viejo Brand se sintió muy enfermo. Mandó llamar a Nicolás, y éste apareció una noche de primavera en el barrio de casas blancas y chatas donde pasara los años mejores de la niñez y de la juventud.

Se moría, el viejo Brand. Nicolás lo comprendió al

instante. Se iba, y él, que apenas conoció a la madre, se quedaba solo en la tierra, con el amargo recuerdo de su pasión malograda, de su amistad traicionada cruelmente.

Los vecinos del barrio iban a ver al moribundo. El taller estaba silencioso, y todos los hombres y mujeres obscuros y humildes de la barriada sentían allí la proximidad de la muerte.

Por las mañana y las tardes un médico de la Asistencia Pública visitaba al carpintero agonizante, en medio de la curiosidad melancólica de los visitantes.

Giuseppe Cimurra llegaba por las mañanas silencioso y meditabundo. Nicolás le saludaba con la misma afabilidad de los días pretéritos, cuando soñaba con el amor de la hija...

Más de una vez, hallándose solos con el napolitano, comprendió que éste estaba a punto de lanzarse en confidencias interminables. Pero desviaba la conversación. ¿Acaso no sabía él, Nicolás Brand, el drama de aquel matrimonio, la obscura tragedia de la mujer a quien un día amó con todo su corazón?...

Llegó ella una tarde. La noche caía sobre el barrio pobre. Acababa de irse el médico, con su gesto habitual de desesperanza.

—Es cuestión de horas, amigo mío... — fueron sus palabras al despedirse.

Salió el médico y entró Angela. Nicolás Brand ahogó un sordo gemido. Comprendió que la amaba todavía, que la amaría siempre, como cuando ella llegó de Italia y escuchaba sin entender las palabras castellanas, pero adivinando la pasión del muchacho de cabellos rubios y mansos ojos claros...

¡Cómo había cambiado!

Los ojos negros de la antigua "Madonina" se hundían en su cara morena y demacrada. Había oído decir Nicolás, que su antiguo camarada llegara a golpear-

la... ¡Oh, el miserable! ¿Por qué lo arrancó un día de entre las aguas espumosas y airadas del Atlántico, ocho años antes?

Se saludaron fríamente. El viejo Brand respiraba de un modo estertoroso. Empezaba a entrar en la agonía.

Ambos lo vieron morir, en el crepúsculo del barrio. Nicolás, olvidando de la mujer que amó, sollozaba junto al moribundo, el padre humilde que le dejaba solo en la tierra. Angela Uruel rezaba, de rodillas junto al lecho.

¡Dios reciba su alma!

Permanecieron largo tiempo silenciosos. Las voces familiares de la barriada llegaban hasta la habitación fúnebre. Angela continuaba sollozando, y Nicolás comprendió, en esa hora trágica, que no era por el pobre muerto, sino por la dicha perdida, por el corazón que se había engañado.

La vió ponerse de pie, muy pálida, con los ojos luminosos de lágrimas. Adivinó que había llegado el momento decisivo de su existencia, junto a las cenizas del padre que acababa de morir.

—Oye, Nicolás...

Se estremeció vivamente. Gotas de sudor corrían por su semblante lívido, al escuchar aquellas palabras solemnes, en las que vibraba toda el alma de aquella mujer dolorida.

—Oye, Nicolás... Tú eres el que me amaba de veras... El siempre fué un farsante y un miserable... Siempre me engañó... Hoy mismo, no sólo me golpea y me maldice, sino que me engaña con otras mujeres... Oye, Nicolás: yo le odio...

El muerto parecía mirarlos con los ojos serenos, implacables. Ella temblaba como una hoja. Se apoderó de las manos de él.

Creyó Nicolás que ella iba a caer de rodillas. Un frío extraño heló su corazón dolorido. Cerró por un momen-

to los ojos, aquellos ojos claros y mansos en los que ella encendió un día, lejano ya, los fuegos de la pasión, y la volvió a ver como antes, cuando apenas sabía hablar español, y reía, reía siempre, mostrando sus dientes deslumbrantes...

Pero Angela Uruel, con aguda intuición de mujer, vió que el alma de su antiguo enamorado se alejaba de ella en ese instante. Sus lágrimas caían por sus morenas mejillas.

—Váyase, Angela... Déjeme solo con mi padre...

Se fué, enjugándose sus lágrimas de fuego. Nicolás quedó solo, junto a las cenizas del viejo mecánico. Caía la noche sobre el barrio.

A la mañana siguiente enterraron al viejo Brand. La mitad del barrio asistió al entierro; Giuseppe Cimurra el primero, llorando lágrimas de vino rojo. Martín estaba ausente.

Regresó al mediodía la melancólica comitiva. Los ojos de Nicolás estaban secos, pero un doble dolor gemía silenciosamente en su corazón de hombre simple.

Giuseppe, cuando los otros se fueron, lo acompañó hasta el taller silencioso, en el cual parecía flotar el alma laboriosa y humilde del viejo Brand, el mecánico que había muerto de cansancio y de tristeza, mientras los organillos cantaban en el barrio.

Allí habló Giuseppe largamente. Todo el odio de su alma se volcaba en sus palabras, ardientes, rencorosas.

¡Aquel Martín! ¡Ah!...

Todo era poco para contar su maldad. Angiolina, ¡povereta!, era una mártir de aquel hombre. La madre lloraba siempre. Y él, Giuseppe Cimurra, ¡por Cristo!, un día era capaz de clavarle su trincheta de zapatero en el perverso corazón.

Escuchábalo en silencio Nicolás. Finalmente, después de desahogarse a sus anchas, Giuseppe partió.

Durante varios días, ocupóse Nicolás de poner en or-

den los asuntos de su padre. Decidió vender el taller. ¿Para qué iba a quedarse allí él?...

Una mañana de primavera, en un dulce noviembre, puso en posesión del humilde negocio a un viejo alemán, un vecino antiguo que fuera amigo del difunto.

—Usted puede quedarse hasta mañana, don Nicolás— le manifestó el viejo, contemplándolo con simpatía, y agregó: — Querrá despedirse de todo esto, donde usted aprendió a ser hombre...

—Gracias, señor Hermann — balbuceó el joven, dán dole la mano.

Largas horas permaneció solo en el taller. Parecíale escuchar, como en un sueño, el rumor de los sopletes, el ruido de los hierros, bajo las rudas manos paternas, aquellas pobres manos endurecidas que ahora se estaban convirtiendo en polvo.

Las frases ardorosas, vengativas, de Giuseppe Cimurra volvían a sus oídos. Y la dulce sombra de Angela le perseguía.

¿La amaba aún?

No, no... Estaba muerta para él. Partiría del barrio; no la volvería a ver nunca...

Luchó mucho tiempo con su propia alma. Y ahora, que estaba más cerca de él que nunca, ahora, arrepentida, atormentada...

La vió aparecer en la puerta del taller, en la media luz del anochecer.

—Soy yo, Nicolás...

Entró.

—Me ha dicho mi padre que usted se va, que ha vendido el negocio... ¿Es verdad?

—Sí, es verdad, Angela.

Su voz era firme. Jamás había estado más sereno, más tranquilo. La tempestad de su alma había cesado.

—Martín está preso — dijo ella, de pronto, mirándole fijamente.

—No lo creo — exclamó Nicolás, estremeciéndose.
—Está preso — agregó ella — y dicen que no saldrá de la cárcel en varios años... Mató a un hombre en una riña.
Ambos guardaron silencio. Y fué ella, la mujer de Martín Uruel, la que cayó de rodilas, como él, Nicolás, temió que lo hiciera quince días antes, en ese mismo taller abandonado, cuando su padre se moría.
—Oye, Nicolás, yo le odiaba... Hasta ayer. Ahora no le odio. Le tengo lástima. Aquel hombre no era para mí. Le gustaban todas las mujeres. Ya no tienes a nadie, estás solo. Y tú eres el que había nacido para mí. El tal vez no salga jamás de la cárcel. Todavía es tiempo, Nicolás...
Nicolás experimentó por un momento la sensación del vértigo. Comprendió que ella lo amaba.
¡Suya! ¡Suya! ¡Al fin era suya! Y era ella misma, bella y dolorosa, quien se le brindaba...
Como en una visión de pesadilla, volvió a ver el buque de guerra donde fuera conscripto, las aguas espumosas del océano, la cara angustiada de Martín entre las olas. Martín estaba en la cárcel, era un muerto; él también...
Oyéronse pasos de gentes cada vez más próximas. Le parecía que algo se rompía en su sencillo y dolorido corazón.
No... El, Nicolás, no tenía el derecho de huir con la mujer de Martín Uruel. Arrojó una mirada desesperada sobre el viejo hogar obrero, pensó en aquel pobre padre que dormía en la eternidad.
—No, Angela... — gimió, cubriéndose el rostro con las manos. — ¡No, no!
La empujó dulcemente hasta la puerta. Ella le miraba con ojos trágicos.
—¡Váyase, Angela, váyase!
El viejo Cimurra, que entraba, oyó estas palabras.

Fué hacia su hija y la envolvió en su brazo robusto. Salieron juntos, se alejaron en el crepúsculo del barrio. Nicolás Brand, solo en medio del taller, comprendió en ese instante que había ganado la batalla de su alma.



La casa del mar

I

NORSEN detuvo su caballo, cuyas patas se hundían en la arena rojiza de la playa, y contempló el océano, que se extendía, inmenso y azulado, hasta que parecía tocar el cielo.

Se apeó, y abandonando las riendas, marchó lentamente hasta el borde mismo. La espuma amarillenta del Atlántico mojaba sus botas gauchas, y el agrio sabor de la sal le producía una sensación extraña y sutil.

Una vez se volvió y miró hacia atrás.

Detrás del arenal rojizo, verdeaba la llanura. Más lejos todavía, la mancha obscura de un monte interrumpía la monotonía de los campos, sobre los cuales el sol ponía pinceladas de luz.

El áspero aliento salino disipaba el sabor del alcohol consumido la noche anterior en la garganta de Norsen. Había bebido mucho en la pulpería del gringo Juan, tanto que llegó a la casa del mar cayéndose del caballo.

Ignacia tenía la culpa.

Algunas veces parecía ceder a los ardientes reclamos del mozo, se dejaba besar en la boca, se abandonaba a las caricias de Norsen. Otras, mostrábase indiferente, hostil casi.

Y era en este último caso cuando Roberto Norsen, iracundo, desesperado, no atinaba más que a irse al boliche del gringo Juan y beber hasta convertirse en un objeto.

Y no era feo Norsen. Alto, muy rubio, con unos ojos claros, de una fuerza física considerable, era el primero de los domadores de la estancia "Los Tiburones". Muchas chicas de Tres Arroyos no lo miraban con malos ojos.

Pero a él no le gustaba más que Ignacia, la hija del puestero Varela.

El día antes la muchacha lo había recibido con una frialdad glacial. La encontró sola en el puesto, y al intentar besarla en la boca, ella le rechazó bruscamente:

—¡Oh!... Déjame... Andate...

Norsen quiso insistir.

Pero en ese momento ladraron los perros, y Norsen, tembloroso de pasión, con la sangre hecha un incendio, montó su rosillo y anduvo vagando por el campo, maldiciendo a la creación en general y al mal humor de Ignacia en especial.

Al obscurecer se instalaba en lo del gringo Juan, un "asomoir" rural incrustado en el campo de "Los Tiburones", e iniciaba el proceso de una borrachera metódica, que culminó a media noche, cuando el gringo lo echó al campo y cerró la pulpería.

El caballo, el rosillo redomón, que era la envidia de todos los peones de la estancia, lo llevó por su cuenta a la casa del mar.

Lo peor del caso, reflexionaba, era que el viejo Norsen y su hermana Alma lo habían oído llegar, y al anciano ciego le enfurecían las borracheras de su retoño.

Norsen se quitó el sombrero.

La brisa oceánica jugueteó con sus cabellos color bronce, y se llevó los últimos vapores del alcohol.

¿Por qué sería así?

¿Acaso no la había tenido varias veces entre sus brazos, desfallecida de amor, mientras el viento del mar sollozaba entre los eucaliptus y los paraísos, y los perros ladraban a lo lejos, y la luna de primavera poblaba el campo de fantasmas?

Perras mujeres...

Y la quería. Quería a la hija del puestero Varela más que a nadie en este mundo. Más que al viejo ciego y que a la hermana Alma.

Se alisó los bronceados cabellos y se colocó el sombrero gaucho.

¿Por qué serían así las mujeres?

La voz del mar volvíase ronca.

Norsen, oyéndola, olvidábase por un instante de su amorosa preocupación y experimentaba una inquietud vaga y extraña. La voz interminable de las olas parecía despertar lejanos y misteriosos recuerdos en su memoria. La inmensa llanura azulada extendíase ante sus ojos hasta la línea donde parecía encontrarse con el cielo.

La soledad del Atlántico era absoluta. Pero, por un miraje singular, Norsen, el domador de la estancia "Los Tiburones", creía divisar la silueta borrosa y distante de un buque. Un buque que navegaba con las velas desplegadas hacia el horizonte...

El rosillo relinchó en el arenal, impaciente.

Norsen sacudió la cabeza y volvió a la realidad.

—Ya vamos...

Montó de un salto y se alejó al galope con dirección al monte, entre los campos dorados por el sol de noviembre, murmurando entre dientes:

—Perras mujeres...

El buque distante, había desaparecido.

II

La casa de los Norsen se alzaba en pleno campo de "Los Tiburones".

Era una especie de chalet construído enteramente de madera, una construcción curiosa. Rodeábala un montecillo de paraísos y de eucaliptus, y constaba de dos pisos.

Habíala construído el viejo Norsen treinta años atrás. Una leyenda novelesca y singular dormía en aquellas maderas solitarias, que a veces, cuando nadie le veía, el anciano acariciaba con sus manos callosas.

La casa había sido un buque. Una goleta noruega que allá por el año 1885 navegaba en demanda del estrecho de Magallanes, al mando de Lucas Norsen, en lastre para San Francisco.

Pero la nave escandinava estaba destinada a no terminar aquel viaje.

Una tempestad le salió al paso, y se fué a pique en el Atlántico. Todos sus tripulantes, a excepción de Norsen, del contramaestre Wallmer y de un negro, desaparecieron para siempre en las profundidades del mar.

Norsen, Wallmer y el negro llegaron en una chalupa a la costa. El negro murió sobre las arenas rojizas, pero los dos marinos, desnudos e hirsutos, como dos visiones mitológicas de las olas, lograron llegar una mañana a uno de los puestos de la estancia "Los Tiburones".

Es de imaginarse todo lo que se habló en la región de aquellos dos hombres rubios, de ojos azules, que habían salido del mar.

El dueño de "Los Tiburones", que siempre estaba en Buenos Aires, les permitió quedarse en su campo.

Durante las semanas que siguieron, las aguas arrojaron en el arenal algunos restos de la goleta, palos, maderas rotas y una chalupa con el nombre de "Alexandra".

Norsen, vagando por las arenas, recogía aquellos restos, y sus ojos azules se enrojecían un poco. Era todo lo que quedaba de su buque, de su pasado, de su juventud.

Quería irse. Se iría a Bahía Blanca, y allí tomaría pasaje en algún velero. El mar lo llamaba... ¿Acaso él, como sus padres y sus abuelos, no había vivido siempre en el mar?

Pasaba los días enteros en la playa. Lo salpicaba la espuma, la sal parecía llenar su alma...

Wallmer también quería irse. El contramaestre odiaba los campos dorados por el trigo y por el sol, le exasperaba el mugir de los ganados.

Ambos resolvieron partir.

Pero Norsen no debía volver al mar.

Una mañana, mirando pialar novillos durante una yerra, se resbaló un lazo. La pesada argolla de bronce le dió en la sien, y Norsen se derrumbó como herido por un tiro.

Lo llevaron a Tres Arroyos, y un médico le dijo que se iba a quedar ciego para siempre. El golpe había lesionado el nervio óptico.

Se fué quedando ciego poco a poco.

Wallmer le acompañó durante algunos meses. El contramaestre le ayudó a construir una pequeña casa con las maderas de la "Alexandra", cerca de la orilla.

Cuando la casa estuvo terminada y Norsen apenas veía ya, solía conducirlo a la costa. Sentados en la arena color sangre, Norsen miraba por última vez el océano azul y sin límites.

No volvería a verlo nunca, nunca, el mar que había arrullado los sueños de su estirpe.

Wallmer comprendía lo que pasaba por el alma de su antiguo capitán. Sus manos rugosas se apoyaban dulcemente en el hombro ciclópeo del ciego, pero callaba.

Una mañana, mientras las gaviotas graznaban roncas y ansiosas sobre la arena sangrienta, le dijo:

—Me voy, capitán...

Norsen no respondió.

Ya no veía nada. Había entrado para siempre en las tinieblas. Y lo dejaron solo, solo, en la tierra...

No se oía más que el graznar de las aves marinas y el ruido interminable de la espuma.

—Adiós...

Y Wallmer se fué.

III

—Pobre ciego...

La mujer estaba mirando la figura patética y solitaria de un hombre que marchaba con pasos inseguros por la arena.

Era Norsen.

—Y es buen mozo... Tan rubio, tan alto, tan blanco...

Seguíalo mirando la mujer, con una ternura extraña en sus negras pupilas.

Un hombre que marchaba detrás de ella y de su compañera oyó estas útimas palabras, y su rostro se ensombreció.

—¿Te estás enamorando del ciego, Pancha?

La hermosa muchacha se turbó.

—Tener lástima de un ciego no es enamorarse, niña...

—Quién sabe... Muchas veces...

La hija del dueño de la estancia miró a la muchacha con curiosidad. Después dijo, bajando la voz, e indicando al hombre que marchaba detrás de ellas:

—Pero, ¿no te ibas a casar con Laureano?

—No, niña. El quiere, pero yo no...

Este fué el romance de amor del capitán Norsen.

Se casaron en Tres Arroyos y Pancha fué a vivir en la casa del mar.

—Parece un buque por dentro — explicaba después a su antigua patrona. — Mi cieguito tiene en el camarote unos relojes raros, y anteojos, y en lugar de armario, guarda sus cosas, la pipa, las botellas, en los bolsillos de un capote...

El novio de Pancha, jurando vengarse, desapareció, y durante muchos meses ella vivió temblando, creyendo que una noche intentara matar a su ciego, a su hombre rubio, de ojos azules, que había venido de las olas y que la estrechaba entre sus blancos brazos de hércules con la extraña ternura de los gigantes.

Pero este temor se fué desvaneciendo con el tiempo.

Pancha seguía trabajando durante el día en la estancia, cuyos dueños, sus padrinos, le dispensaban su generosa protección, hasta que un día los vagidos trémulos, infantiles, de Roberto y de Alma Norsen, resonaron en la casa del mar.

La pobre y amorosa Pancha murió, y Norsen quedó solo con los mellizos.

Otra luz se había encendido en sus tinieblas, el amor de la muchacha campesina, aquel hijo que debía volver al mar, cuando creciera, y la pequeña, que fué adoptada por la familia del estanciero.

Así transcurrió la infancia de Roberto. El ciego lo llevaba a la orilla y le contaba historias extrañas y maravillosas, de buques cruzando las inmensidades, de países que estaban muy lejos, de los hombres que pasaban su existencia sobre las olas.

Roberto se crió así en la casa del mar.

Su padre solía detenerse en medio de sus relatos, dichos en un español trabajoso, para escuchar los rumores misteriosos del viento, que gemía y cantaba extrañamente en torno de la casa, especialmente cuando soplaba la sudestada, el viento que venía desde las soledades misteriosas y se entregaba a extrañas y solitarias orgías en la llanura sin límites, donde maduraban los trigos y mugían los ganados bajo la gloria del sol.

Aquel viento bravío decía cosas sin nombre al alma de Norsen. El amaba aquel viento. Escuchaba, por espacio de horas enteras, sus júbilos extraños, sus alegrías salvajes, mientras el niño lo miraba pensativo.

Más tarde, cuando Roberto tenía diez o doce años, lo llevaba por la casa, y en su lento castellano le decía:

—Esta casa fué un buque... Un buque como esos que ves pasar a lo lejos, en el mar... Era un buque... Un buque que estaba hecho con pinos de Noruega, unos pinos que crecen en la nieve... Porque en Noruega siempre hay nieve...

El niño escuchaba boquiabierto.

—¿Y es muy lejos Noruega, papá?

Los ojos del ciego parecían volverse transparentes.

—Muy lejos, sí...

—¿Y usted iba en ese buque?

—Era un buque grande, grande... Llevaba a los hombres por el mar... Los hombres se murieron, se ahogaron...

Sus manos rugosas acariciaban las maderas, amorosas y trémulas.

El niño pensaba en los hombres que se habían ahogado.

—¿Se los habrán comido los peces, papá?

—No; porque algún día saldrán de entre las olas — contestaba Norsen, y el recuerdo de Wallmer volvía a su memoria.

¿Dónde estaría su antiguo contramaestre? Habíale prometido volver algún día, pero los años transcurridos eran muchos sin que tuviera noticias de él.

¿Estaría durmiendo en el fondo del mar?

—Debe ser linda, Noruega... — comentaba Roberto.
—¿Allá también hay yerras y esquilas y rodeos, como en la estancia, papá?

—No... Allá no...

—Entonces, no me gusta...

Norsen se entristecía, a pesar suyo, ante las palabras del chico. Le había nacido un hijo gaucho, a él, el capitán de la goleta «Alexandra», al hijo y al nieto de varias generaciones de marinos. Roberto prefería andar entre los caballos a mirar el mar, que sollozaba eternamente cerca, despertando resonancias misteriosas en la casa y sumergiendo el alma del viejo Norsen en tristezas calladas y profundas.

Alma, la hermanita, se crió en la estancia hasta los diez años. Al cumplir esa edad, manifestó el deseo de irse a vivir con su padre.

Los dueños de «Los Tiburones» se vieron obligados a acceder.

—Pobrecito papá... Siempre está solo... Roberto anda todo el día entre los peones y en los puestos... Y es ciego... No tiene a nadie que lo cuide... Yo vendré a visitarlos todos los días, pero me voy a vivir a su lado, en la casa que fué un buque, y en la cual dice que quiere morir...

Y fué así como al cabo de muchos años, otra voz femenil se mezcló a los rumores del oleaje y del viento en la casa del mar.

IV

Veinticuatro años transcurrieron.

Norsen, con los cabellos casi blancos, pero erguido y hercúleo siempre, continuaba soñando sus sueños de nostalgia y de soledad. Alma era su lazarillo y su sombra.

Y era ella quien comprendía mejor que Roberto el secreto de aquellos silencios taciturnos que invadían al viejo cuando el mar se encrespaba y los árboles se retorcían alrededor de la casa del mar.

Cortejáronla muchos mozos. Porque Alma era una mujer singular, con sus cabellos rubios, color bronce, su piel de una blancura extraña, y sus ojos negrísimos.

Pero ella no quería abandonar al ciego.

—Siempre está triste — contaba a la dueña de la estancia, la misma que veintisiete años antes fué madrina de la madre de Alma, y que ahora tenía los cabellos blancos, — siempre está triste, como cuando yo fuí a vivir con él... Yo antes creía que era por mamá; pero no es eso, no...

—Sin embargo, la quería mucho—afirmaba la señora.

—La quería, sí... Siempre llora cuando vamos al cementerio de Tres Arroyos... Pero está más triste cuando oye el ruido del mar... Entonces no llora, pero se queda sin movimiento, le tiemblan las manos, habla solo en noruego...

En las noches de verano, si salimos a caminar hasta el arenal, se mete en el agua, mojándose todo, y mira hacia arriba, como si se tratara de ver las estrellas...

Roberto Norsen, que estaba el día entero afuera, no sabía nada de aquello.

Para acabar de preocuparlo, habíale nacido aquella desesperada pasión por la hija del puestero Varela.

Desde la mañana en que fué a despejarse su borrachera de ginebra en la orilla del océano, la indiferencia de Ignacia se hacía cada vez más manifiesta.

Roberto había terminado por perder la serenidad cada vez que escuchaba las palabras frías y despreciativas:

—¡Oh!... Déjame... Andate...

Hasta que un día el hermano de Ignacia lo encontró en el boliche del gringo Juan y lo interpeló, olvidando el prestigio del domador rubio:

—Otra vez que se meta con mi hermana, lo voy a atravesar de una puñalada...

Roberto estaba ebrio cuando recibió la advertencia. Se incorporó iracundo, los cabellos color bronce sobre la frente, los ojos azules inflamados por el alcohol y el deseo exasperado, para arrojarse sobre el paisano.

Pero los demás se interpusieron, y el gringo Juan le prohibió que volviera a poner los pies en el boliche.

Entonces Roberto empezó a frecuentar el otro "assomoir" que funcionaba en el campo de "Los Tiburones", una pulpería vieja, con rejilla y tientos en las puertas y ventanas.

Allí iba a olvidar los desaires de Ignacia.

—Todas las mujeres son unas perras — informaba al dueño de la pulpería, un viejo que se estaba quedando idiota, o a Mama Rita, una negra muy vieja que cuidaba el negocio cuando el idiota dormía.

—¿Pa qué andar perdiendo el tiempo, si es ella la que no quiere? — preguntaba Mama Rita.

Roberto se enfurecía.

—No va a querer... ¿No quiso antes, tantas veces?

—Se habrá cansao — comentaba la vieja morena. — Y cuando una mujer se cansa de un hombre... Ni con bueyes...

Roberto ensillaba el rosillo parejero y se iba a la orilla.

Como aquella otra mañana, el ruido de las olas despejaba su fiebre y su mareo alcohólico.

A veces, el vago murmullo de los médanos en marcha mezclábase al sollozo interminable de las ondas.

Y volvía a ver el buque misterioso y lejano perdiéndose en el horizonte.

V

Era un hombre de ojos y cabellos claros, de escasa estatura. Aparentaba unos cincuenta años, y sus brazos robustos, desnudos hasta arriba del codo, estaban surcados por tatuajes extraños.

Parecía muy cansado.

Alma lo vió acercarse, y lo miró con atención.

El hombre marchaba con lentitud. Llevaba un atado a la espalda.

Se dejó caer al pie de un árbol, y miró la casa del mar con extraña expresión. Luego encendió una pipa

que extrajo de sus ropas y una canción monótona y triste se escapó de su garganta, una canción melancólica, en un idioma extraño.

Alma lo escuchaba, silenciosa.

Aquel idioma le era familiar. Era el de su padre. Entendía las palabras de la canción, que sonaba entre el mugir de los ganados en el campo:

Cuando el sol de media noche
Resplandezca sobre el fiord,
Y las aves duerman en los abetos,
Seguiré soñando contigo, ¡oh, patria! ¡oh, madre!
Desde el otro lado del mar...

Una figura rugosa y vacilante salió de la casa del mar. Era Norsen, que marchaba apoyándose en los muros de madera, vacilante.

—¡Wallmer! ¡Wallmer!

El vagabundo se levantó y se acercó.

—He vuelto, capitán...

Los dos hombres permanecieron inmóviles.

Después Alma los vió aproximarse. Vió que los labios de su padre se movían, como preguntando, y el desconocido respondía brevemente.

Ambos callaron.

Norsen se apoyó en la baranda, y Alma le oyó murmurar con acento indecible:

—¡Noruega! ¡Noruega!...

Wallmer lo contempló un instante. Y en el silencio del campo donde temblaban los trigos, volvió a flotar la canción:

Cuando el sol de media noche
Resplandezca sobre el fiord,
Y las aves duerman en los abetos,
Seguiré soñando contigo ¡oh patria! ¡oh madre!
Desde el otro lado del mar...

Las lágrimas caían por las mejillas del capitán Norsen.

Allá por el campo se vió cruzar un jinete fantástico. Era Roberto, que salía del puesto de Varela y se iba a la pulpería del idiota a emboracharse con ginebra y a contarle sus desdichas de amor a Mama Rita.

VI

Wallmer se quedó en la casa del mar.

Alma se alegró de que el antiguo compañero trajera un poco de luz a las tinieblas del ciego, aunque a veces le molestaba que las conversaciones del contramaestre entristecieran a su padre.

Wallmer, en sus silencios taciturnos de hombre del Norte, solía contemplar a la hija de Norsen con una expresión que la hacía daño.

Ella creía adivinar lo que pasaba por el pensamiento del hombre.

Un día se lo dijo, mientras Norsen dormía en su camarote terrestre.

—Contéstame, Wallmer... Antes que mi padre y usted vinieran a dar aquí, cuando eran jóvenes y estaban en su país, ¿mi padre quería a una mujer, a una mujer rubia, de ojos celestes?

Wallmer parpadeó sin responder.

—¿Esa mujer no se iba a casar con él, y lo estaba esperando, allá, en Noruega?

El contramaestre miró el suelo, meditabundo.

—¿Lo está esperando todavía, desde hace treinta años?

Wallmer la contempló con mirada serena.

—No; cree que Lucas Norsen murió ahogado... Yo se lo dije...

En ese instante, los pasos tardos y vacilantes del ciego resonaron en la casa, y ambos callaron.

Lo miraron alejarse hacia las arenas, en medio de la áspera sinfonía de las gaviotas.

Ella, Alma, lo había sospechado siempre.

¿Cómo había sido aquella novia misteriosa y lejana que vivía siempre en el corazón de Norsen, aquella novia que lo lloraba por muerto, en el país de las nieves y del recuerdo?

—Pobre papá...

Ahora comprendía aquel silencio melancólico, aquella misteriosa nostalgia de treinta años.

No había querido volver. ¿Para qué, si las muertas pupilas del marino nunca podrían volver a ver a la novia de la juventud?

Por eso se había quedado allí, incrustado en la llanura, escondiendo su melancolía en las entrañas de lo que un día fué su buque, que el mar le había devuelto.

En la pulpería, Roberto seguía bebiendo ginebra, que el idiota escanciaba maquinalmente.

—Un día la voy a matar, pulpero... Porque las mujeres son unas perras...

Volvía a repetir la amenaza con acento estropajoso.

—La voy a matar como a una perra...

El pobre pulpero lo contemplaba estúpidamente, abriendo los ojos vacíos.

—No... No...—exclamó, comprendiendo vagamente.

—Todos van a ver... Y ella también — volvió a decir Roberto.

Mama Rita, cojeando penosamente, entró en la pulpería.

—Ya está aquí, desgraciado... ¿Porqué no deja a esa mujer en paz? — rezongó. — Ya le he dicho que ni con bueyes va a sacar que lo vuelva a querer...

Después dió la noticia.

—Ese bruto del vasco Jáuregui, para limpiar el yuyal seco, le prendió fuego al campo de San Cayetano, y ahora no lo puede atajar...

Pero a Roberto no le importaba que todo el campo se incendiara. El tenía otro incendio en el corazón y en las venas.

Y ese incendio, pensaba entre las llamaradas del alcohol, no se iba a apagar con agua, no...

VII

La canción de Wallmer se había grabado en la memoria y en el corazón de Alma.

Muchas veces, en las claras y frescas madrugadas del campo, cuando las gaviotas acercábanse graznando al montecillo que rodeaba la casa del mar, sentábase la muchacha frente a la casa, y evocaba las palabras de Wallmer.

Ella también, como el domador rubio, como su hermano enamorado y bebedor, solía experimentar a veces nostalgias extrañas y misteriosas.

Parecíale que el mar, ese gran mar azul y siempre sollozante, trataba de decirle cosas que ella nunca acababa de comprender.

Pensaba luego en aquel idilio apagado y distante de su padre. En la mujer que amó en su juventud, y que lo estuvo esperando años y años, contando los días, las semanas, los meses, los años, aguardando el regreso de aquel barco, de aquella goleta que estaba destinada a no volver jamás, y cuyas maderas alzábanse en medio de los trigos, en un país remoto.

Un día interrogó a su protectora, la niña de la estancia, cuyos cabellos blanqueaban y que nunca había tenido un novio.

—¿Mi mamá quería a mi papá, niña?...

La dueña de la estancia la miró meditabunda.

—Sí, Alma... Lo quería mucho...

—¿Y por qué lo quería?

La otra vaciló un instante.

—Porque era bueno, y un lindo hombre, y estaba ciego, y no tenía a nadie en el mundo...

—¿Y mi mamá sabía si mi papá, cuando llegó a este

campo y a este país, tenía alguien en este mundo?

La dueña de la estancia la miró con cierta inquietud.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque yo sé, niña, que cuando papá llegó aquí y se quedó ciego y se casó con mi mamá, otra mujer, una mujer que lo quería, lo estaba esperando en Noruega, entre la nieve... Ella estaba comprometida para casarse con él... Y él se quedó ciego, y su buque se hundió... Y no volvió nunca, niña...

La dueña de la estancia la escuchaba en silencio. Sus pupilas, húmedas y vagas, miraban el mar lejano.

"Siempre ha sido así", pensaba.

Ella, con sus cabellos blancos, con gran fortuna, con su romántico corazón, también había tenido un novio, un novio que se fué y que nunca volvió...

—Por eso siempre está triste, niña — añadió la pobre Alma — el viento y el ruido del mar siempre, desde que yo nací, desde antes que yo naciera, le están hablando de esa novia que tuvo en su país, y que ahora cree que está muerto en el fondo del mar...

Guardó silencio.

La figura rugosa de Wallmer cruzó por entre el verde del campo. El humo de su pipa lo envolvía en una nube azulada bajo el sol, y los pájaros cantaban.

—Pobre papá...

La niña de cabellos blancos suspiró profundamente.

—Pobres de nosotras, las mujeres... ¿Y Roberto? — preguntó, haciendo una transición.

Ella, como todo el mundo en el lugar, conocía la historia de los agitados amores del domador.

—Tengo miedo que todo eso termine mal, niña...

Y agregó, después de una pausa prudente:

—Esa Ignacia Varela es una mujer... Nunca lo quiso de veras... Le gustó mi hermano porque es un lindo hombre, como fué mi padre, pero nada más...

La dueña de la estancia volvió a suspirar.

—Los hombres...

Del campo, lejano y nostálgico, venía el cantar del noruego, saturado de una melancolía de muerte, de una añoranza desolada:

Cuando el sol de media noche
Resplandezca sobre el fiord...

VIII

Fué a la noche siguiente.

El incendio avanzaba por los campos, devastándolo todo. El espectáculo más terrible, más impresionante, lo daban los animales. Perseguidos de cerca por el fuego, enloquecidos, se volvían en mitad de la fuga y se precipitaban en las llamas. Trigos, parvas, galpones, viviendas, todo lo iba absorviendo el fuego.

Roberto oyó el clamor siniestro de la quemazón desde la pulpería. Saltó sobre el rosillo, que gemía como un ser humano, y se lanzó hacia el puesto de Varela.

Las tinieblas del alcohol se disipaban rápidamente en su cerebro.

—¡Ignacia! ¡Ignacia! — gritó entre el ruido del incendio, hundiendo las espuelas en los costados del parejero, cuyos ojos parecían salírsele de las órbitas.

Cuando estuvo cerca, una blasfemia horrible se escapó de sus labios.

Al resplandor sangriento de la gran hoguera, vió a un jinete que huía llevando una mujer en ancas.

La mujer era Ignacia, y el hombre el otro domador de la estancia «Los Tiburones», el gallego Blanco.

Fué una carrera extraña entre los dos. Blanco lo había visto, y huyendo del fuego y de la venganza, galopaba hacia la orilla del mar. Pero el parejero lo alcanzaba...

Lívida, Ignacia lo veía acercarse cada vez más.

Estaban a pocas cuadras de la casa del mar. El monte

de eucaliptus y paraísos surgía, lóbrego y espectral, en el rojo resplandor.

El primer caballo rodó, y Roberto Norsen se arrojó del parejero.

—¡Perra!...

La derribó de un empellón.

Luego, encarándose con Blanco, le cruzó el rostro de un ponchazo.

—Defendete...

... Lo dejó tendido de espaldas. Un hilo de sangre salió de la boca del rival afortunado. Ignacia echó a correr hacia la casa del mar.

Roberto despojó del recado al parejero, y le dió con la hoja humedecida de la daga en el anca.

Luego se dirigió también hacia la casa.

IX

Los tres, Alma, Norsen y Wallmer, habían huído de la casa al advertir la proximidad del fuego.

Estaban en las arenas, contemplando el cuadro espantoso de la inmensa hoguera; los gritos de los jinetes y de los animales se mezclaban al sollozo del oleaje, y un crujido imponente se levantaba hacia el cielo iluminado de rojo.

—Lo mató... Lo mató...

Ignacia, despavorida, señalaba a Roberto.

Wallmer miraba sin comprender, aterrado por el espectáculo maravilloso y cruel del campo en llamas, cegado por aquella trágica aurora boreal color sangre que parecía una visión del juicio final.

El oleaje se encrespaba, y el viento huracanado azuzaba las llamas. Norsen inmóvil, sobre la arena, apoyado en Alma, oía todos los ruidos, todos los clamores. Los resplandores trágicos no llegaban hasta sus tinieblas...

—Lo mató... Lo mató...

Una olada colosal los envolvió. Después otra, y otra, que se llevaron a un grupo de vacas que temblaban cerca. El mugido del océano dominaba ahora el clamor del incendio.

De pronto Alma lanzó un grito.

Las llamas lamieron el monte de eucaliptus y paraísos.

Wallmer se volvió al oir el grito. Norsen también, como si sus ojos muertos quisieran ver...

La casa del mar ardía.

Las arenas quemaban bajo los pies, y las oladas llegaban cada vez con más furia.

—Lo mató... Lo mató...

De pronto Alma sintió que una fuerza misteriosa le arrancaba de entre los brazos el cuerpo estremecido del ciego. Una ola inmensa la tumbó de boca sobre las arenas ardientes.

Cuando logró incorporarse se encontró sola con una mujer que gemía despavorida a pocos pasos de distancia.

Era Ignacia.

Norsen, Wallmer y Roberto habían desaparecido. El mar había reclamado a los suyos.

A la mañana siguiente, cuando encontraron a Alma y a Ignacia desvanecidas en la playa, entre los cadáveres de los animales calcinados o ahogados, un montón de cenizas humeantes era todo lo que quedaba de la casa del mar.

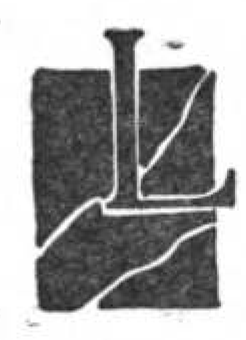




EL VIAJERO

I

LA PENSION DE LA SEÑORA KENDRICK



A casa de pensión estaba en el quinto piso de un sombrío edificio incrustado en la calle 25 de Mayo, en un barrio inquietante y sucio, en el cual oíanse desde la mañana hasta la noche, y aun en las largas horas nocturnas, las sonoras sílabas árabes y los dulces vocablos ingleses.

Casa de departamentos vasta y misteriosa, en la cual el zumbido de las abejas humanas vibraba sordamente en los obscuros corredores, en las moradas siempre cerradas herméticamente.

En el último piso, como decimos, la señor Kendrick administraba su casa de pensión, un establecimiento modesto, de seis habitaciones, tres de las cuales abríanse sobre la calle, y desde cuyas ventanas parecían divisarse todos los tejados de la ciudad, dominados majestuosamente por la torre del pasaje Güemes. Desde las ventanas de las otras piezas, veíanse las chimeneas de los barcos de ultramar, las construcciones rojizas de los depósitos aduaneros. Durante la noche, cuando las orquestas de los cafetines próximos callaban, el carillón

de la Torre de los Ingleses doblaba misteriosas y musicales serenatas al barrio de cafés y tiendas árabes y de burdeles cosmopolitas.

La señora Kendrick estaba allí hacía algún tiempo. Envejecida en la fatigosa industria de las casas de pensión, tuvo establecimientos en otros barrios, en Barracas, en Belgrano, después en la calle Almirante Brown, hasta que su hija Clara y su sobrina Anita convenciéronla de trasladarse al corazón de la City, donde las pensiones prosperaban más que en el suburbio, con sus clientes solitarios y estólidos, empleados de las compañías de navegación y de los Bancos extranjeros, viajeros que nunca regateaban ni se quejaban de la comida, y pagaban con inquietante puntualidad.

¡Pobre señor Kendrick!

Cuando se trasladaron a la calle 25 de Mayo, y siempre por consejo de las dos muchachas, vendió los añosos y estropeados muebles de la calle Almirante Brown y adquirió otros nuevos, que la aterraron por su precio.

—Los pagaremos por mensualidades— dijo Clara, impávida.

—Naturalmente — agregó Anita. — En dos años los habremos pagado... Y son buenos... Durarán muchos años...

Suspiró resignada la señora Kendrick. Una tristeza sutil embargó su alma cansada al despedirse de aquellos trastos familiares, a los cuales asociaba las memorias de los años desvanecidos.

La casa de pensión vegetó por espacio de un año largo en el corazón de la calle 25 de Mayo. Nunca faltaban los clientes, ingleses o norteamericanos silenciosos. Pero el sueño de prosperidad que acariciaban las muchachas no se realizaba del todo.

No era la misma cosa, no, una casa de pensión en Barracas y otra en la City agitada y comercial. Multiplicábanse los gastos. El alquiler del departamento,

la cuota mensual de los magníficos muebles, la electricidad, las propinas, el mercado, la vajilla nueva, todo eso arrojaba cifras inquietantes que hacían palidecer a la señora Kendrick y terminaron por amedrentar a Clara y a Anita, animosas como eran.

Un año y dos meses habían transcurrido desde la aventura.

Una noche la señora Kendrick sintióse mal. Los resortes de su cansado organismo fallaron, y su hija y su sobrina, aterradas, vieron que se les iba para siempre, mientras el carillón de la Torre de los Ingleses doblaba misteriosamente su serenata de media noche, y el rumor confuso de los barcos próximos vibraba en la entraña de la noche.

Velaron ambas muchachas en las largas horas nocturnas. Dos de los pensionistas dormían. Como a la una de la madrugada, otros dos entraron, llevándose por delante los muebles del vestíbulo.

Anita, que era quien cocinaba y servía a los clientes, se quedó dormida a las tres de la madrugada.

Clara, rendida de cansancio, permanecía despierta, oyendo dar las horas. Sus ojos no se seperaban del rostro de la señora Kendrick, y su corazón se le apretaba.

¡Pobre madre!

Pensaba Clara en la larga lucha con la miseria que había sostenido aquella madre adorada. Evocaba, con dulce y serena tristeza, los años interminables en las obscuras casas de pensión, cuando ella y su prima Anita eran pequeñas y no podían ayudarla todavía, cuando la pobre mujer soportaba sobre sus hombros débiles todo el peso de aquellas pensiones sórdidas, con clientes exigentes y tramposos, cocinando, lavando, limpiando, multiplicándose, robándole horas al sueño para enseñarles a leer a su hija y a su sobrina.

Hacía meses que la salud de la señora Kendrick quebrantábase violentamente.

Clara comprendió que la ruina cada vez más cercana, los déficits espantables de la casa de pensión, habían turbado los últimos días de aquella pobre mujer, y experimentó cierto arrepentimiento, porque era ella, y Anita, quienes lo habían querido. Los pensionistas se iban, cansados de comer diariamente los eternos ««Iris stew»» y guisos de verdura de Anita; en invierno quejábanse de la falta de calefacción eléctrica y en verano decían que las habitaciones eran unos hornos crematorios.

El carillón sonó las cuatro de la madrugada. Clara, con los ojos humedecidos, se inclinó y besó las manos arrugadas de su madre, pobres manos benditas, endurecidas en el trabajo de las sirvientas durante veinticinco años.

¿Qué sería de ella cuando su madre muriera?

Hacía tres meses ya que era imposible pagar la cuota de los muebles; adeudaban también tres alquileres del departamento... Se lo llevarían todo, y ella y Anita quedarían solas en las calles de Buenos Aires.

A las seis, cuando la claridad inundaba el departamento y el murmullo del puerto se convertía en un clamor ronco y cercano la señora Kendrick se agitó débilmente. Clara, asustada, llamó a Anita, quien apareció media dormida, con los ojos hinchados y el cabello en desorden.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Los labios pálidos de la señora Kendrick se movieron. Las dos muchachas se inclinaron sollozando.

—¿Qué dice? ¿Qué dice?—preguntó Anita, sin dejar de llorar.

Clara puso el oído junto a la boca de la moribunda. Esta vez oyó claramente un nombre:

—Roberto... Liverpool...

Un rayo de sol cayó sobre el rostro pálido y cansado. Pero la señora Kendrick había dejado de sufrir.

II

EL VIAJERO DE «LA CRUZ DEL SUR»

Era un vapor viejo. Diríase que la fatiga de cerca de veinte años de navegaciones por las mismas rutas saturaba sus maderas crugientes. Pero sus armadores lo hacían calafatear, pintar, restaurar cuidadosamente cada tres o cuatro años y lo enviaban siempre en los cruceros de América.

«La Cruz del Sur» hacía la carrera Liverpool-Callao desde 1899. Su pesada silueta, sus chimeneas rojas y azules, eran familiares en las costas americanas, desde Pernambuco y Punta Arenas hasta Coronel y Guayaquil.

Desde la borda de «La Cruz del Sur», en una mañana de abril de 1919, un viajero contemplaba el sombrío peñasco de Fernando de Noronha, perdiéndose a la distancia, mientras el Atlántico, siempre azul, siempre atormentado por iras misteriosas, sacudía las maderas del navío.

Era un hombre alto, flaco, de cabellos rojizos que comenzaban a blanquear. Contaría unos cuarenta y ocho años, y su rostro era uno de esos rostros duros y vulgares que se encuentran a bordo de los barcos que van por el mar. Bajo las ropas del viajero, adivinábase un cuerpo rudo de marino. Un ancla tatuada en azul asomaba bajo los puños de su camisa de hilo, y fumaba constantemente un tabaco pestífero en una pipa de madera ennegrecida.

Las inglesitas de la primera clase solían protestar contra el hombre de la pipa pestífera. Pero a éste parecía tenerle muy sin cuidado la opinión de los demás pasajeros.

Claudio Parker — pués este era el nombre con que figuraba en el pasaje de cámara — rehuía siempre las partidas de póker y de bridge, cuyas emociones no pa-

recían tentarle. Sólo se dignaba frecuentar el trato de los oficiales de navegación, los cuales escuchaban atentamente sus conversaciones.

—Aquí siquiera puede uno divertirse algo—decíales, fumando infatigablemente.—Pero hay otras rutas, como la de Australia...

Todo en el viajero denunciaba al hombre de mar, tosco y taciturno. No era raro verle retirarse tambaleando del bar, a medianoche, con gran disgusto de las rubias viajeras que tomaban té a todas horas y leían novelas de Elinor Glynn.

—Esos hombres no deberían viajar en primera clase—decían entre ellas.

Claudio Parker se encogía de hombros y volvía a llenar su pestífera pipa.

Había sido un hombre del mar, durante más de un cuarto de siglo. Por su memoria desfilaban a veces, cuando bebía varias copas de whisky, los barcos de su pasado marítimo, los rugosos veleros del Pacífico, los «trampsteamers» de la carrera de Nueva Zelandia, los paquetes de Veracruz y Hull, los sucios pailebotes del Africa Occidental.

Ahora era rico. Evocaba los días largos, los meses sin término, los años laboriosos y pobres, cuando navegaba en pequeños y mugrientos veleros.

El milagro de la fortuna le salió al paso cuando ya tenía más de cuarenta años. Había sido tan sencillo...

Cuando estalló la guerra, le habían comprado a peso de oro su pailebote, una sucia cáscara de nuez con la cual realizaba turbios y misteriosos tráficos, allá por el Golfo de Guinea y la Costa del Marfil. Nunca soñó en aquella oferta fabulosa. Su alma recelosa de marino le hizo regatear, pero en un día gris, con mar alborotada, entró en un puerto remoto de las islas Salomón y entregó su barco a los enemigos de su patria. El

pailebote izó el pabellón imperial, y durante tres años sembró la muerte en los mares.

No pensó en la traición. Y ésta había sido la fortuna de Claudio Parker. Algunos sabían la historia. La contaban en voz baja en Melbourne y en Haití, en Capetown y en Port Elizabeth.

Claudio Parker — entonces no se llamaba así — anduvo algún tiempo por aquellas costas, hasta que comprendió lo peligroso de permanecer allí, donde hasta los vagabundos de los muelles y los dueños de los bars lo señalaban con el dedo.

Fuese al Oriente. Durante dos o tres años, se embriagó metódicamente en los bars de Bombay y de Colombo. Los puertos de China le vieron durante largos meses, hasta que un día una extraña nostalgia turbó sus jornadas, le asaltó en las mesas de los bars marítimos, un vago remordimiento le salió al paso en las callejas nauseabundas de los puertos asiáticos.

Se le ocurrió que aquella vida solitaria, entregado a los placeres brutales de los bars y los burdeles, no era la vida ideal.

Vagas memorias de su niñez en la vieja Liverpool, la ciudad de los navíos, acudían a sus pensamientos. Treinta y cinco años atrás saliera de sus muelles y nunca volvió.

¿Qué habría sido de todos los que dejó allí?

Los rostros vagos y borrosos de los suyos se hundían en el pasado.

—¿No tiene frío, Mr. Parker?

La brisa glacial del Atlántico barría las cubiertas solitarias de «La Cruz del Sur». Caía la noche, en uno de esos crepúsculos desolados y melancólicos de alta mar. El corazón cansado del navío rimaba la fatiga de las olas.

Parker, que estaba apoyado en la borda, se irguió, volviéndose.

—Buenas noches — dijo secamente.

La inglesita lo miró haciendo un mohín.

—Usted siempre está solo — murmuró.

Parker la miró, malhumorado. Su alma taciturna se rebelaba contra las intrusiones de los desconocidos. Solía exasperarle que le arrancaran a sus pensamientos, él que ni saludaba a sus compañeros de viaje ni le importaba quiénes fuesen ni adónde iban, ni si se mareaban o habían viajado mucho.

—Discúlpeme, si le molesto, Mr. Parker...

El pasajero gruñó. Los ojos celestes de la viajera lo contemplaban cándidamente. El antiguo marino pensó, a pesar suyo, que parecía una figura de esas que se encuentran en las revistas ilustradas. Era tan rubia, sus ojos eran tan claros...

—No, miss — dijo, sacándose la pipa de la boca. — ¿Por qué me va a molestar?

Apenas pronunció estas palabras, se maravilló de su *savoir-faire*. La pasajerita sonreía, mostrando unos dientes muy pequeños, muy iguales. La brisa oceánica arreció, y la muchacha se estremeció vivamente.

—Sería mejor que fuera usted adentro, a la cámara —opinó Parker.

—¿Porque sopla un poco de viento?... ¡Bah!

Parker la miró con atención, de reojo.

Era bella, en verdad, la pasajerita, muy rubia, con los cabellos escapándose rebeldes debajo de su gorra de viaje. El torvo y endurecido corazón del antiguo marino se dulcificó un poco.

—¿Usted va a Buenos Aires?

Sí, Parker iba a Buenos Aires. Nunca había estado allí, en esa gran ciudad que algunos ingleses llamaban la Estrella del Sur.

—¿Y usted, miss?

Ella volvió a sonreir, mirándolo cándidamente.
Se iba a una estancia. Ella había ido a Inglaterra a visitar a unos parientes, a quienes no veía desde hacía largos años. Ahora regresaba.
Parientes a quienes no veía desde hacía largos años...
Parker guardó silencio. Siguió fumando su pipa y mirando las aguas, que rodaban espumosas y agitadas a los costados del vapor.
Aquella frágil inglesita había cruzado dos veces el mar, sola, desde el fondo de la Patagonia, para ir a visitar a unos parientes a quienes no veía desde hacía muchos años.
Y sintió frío, un frío extraño. Un frío interior que no había sentido nunca, ni cuando vendió su velero a los enemigos.

III

EN BUENOS AIRES

Durante el viaje, cuando llegaban a Montevideo, la pasajerita rubia le dió la dirección de una casa de pensión de la calle 25 de Mayo.
Se despidió de ella en la dársena Norte.
—Adiós, hombre malvado — díjole, riendo. — Si algún día va por la Patagonia, acuérdese que estoy en una estancia del Chubut...
Los datos eran algo vagos, pensó Parker, contemplando a su compañera de viaje con cierta admiración, y la vió desaparecer para siempre.
Se quedó un poco triste. La inglesita era la única persona que le había tratado de igual a igual, a bordo. No temía el áspero aroma de su pipa, ni se escandalizaba de verlo ligeramente ebrio algunas noches.
Al verla desaparecer de su vista, rubia y risueña, con una valija en una mano y una novela de Beatrice

Grimshaw en la otra, Parker sintió más que nunca el vacío desolado de su vida. Un antiguo remordimiento seguía royéndole.

Miró por última vez las maderas despintadas de «La Cruz del Sur», y se hundió en el regazo de Buenos Aires.

Un taxi lo dejó en la calle 25 de Mayo, y al cabo de cinco minutos se encontraba en la pensión de la señora Kendrick.

La casa le gustó.

Una muchacha rubia le abrió la puerta del departamento, y le contestó en inglés.

Sí, había piezas desocupadas. ¿Las quería ver?

Anita le mostró las piezas, y Parker se instaló en una que daba sobre la calle, una pieza grande, de techo bajo, con muebles hermosos.

Después de comer en la pieza, donde Anita le sirvió, Parker se tendió en la cama, impresionado por el vago lujo del departamento. Fumó varias pipas, y tarde, a eso de las 11 de la noche, con gran sorpresa suya, oyó que alguien lloraba en la habitación vecina.

Después reconoció la voz de Anita. El acento de la muchacha era triste. La otra, la que lloraba, no respondía.

Parker hizo un gesto de impaciencia. A él, que nunca había tenido familia, le eran odiosos los dramas íntimos, y he aquí que la misma noche que llegaba, tropezaba con uno de ellos...

Se durmió profundamente.

Anita lo despertó temprano. Observó que la muchacha tenía los ojos enrojecidos. ¿Habría llorado, también?

El recuerdo reciente de la inglesita que se iba a la Patagonia acudió de nuevo a su memoria.

—Aquí tiene el recibo, señor Parker.

La muchacha le tendía un papel. Era el recibo del mes de pensión. Cuando ella se hubo ido, llevándose la taza y las sobras del pan y la manteca, Parker leyó el recibo:

«Recibí del señor Claudio Parker la cantidad de doscientos veinte pesos por un mes de pensión. — Clara Kendrick».

Kendrick. El nombre no podía ser más inglés. La muchacha hablaba el inglés correctamente. Sí, eran ingleses. Parker había temido que fueran irlandeses...

No vió a Clara hasta dos días más tarde. Le extrañó vagamente cierto parecido de la mujer con la pasajerita de «La Cruz del Sur».

Y Parker entró de este modo a formar parte de la vida de la pensión.

No habían transcurrido muchos días cuando empezó el antiguo marino a advertir el drama íntimo de las dos mujeres.

A pesar de los muebles lujosos, la necesidad asomaba su cara sombría en el departamento de la calle 25 de Mayo. Una mañana un hombre insultó groseramente a Clara en la puerta. Parker no entendía las palabras, pero adivinó que era una cuenta que se presentaba y no podía ser pagada. El cobrador seguía insultando. Parker salió de la habitación y lo tomó del cuello, sacudiéndolo rudamente.

El insolente refunfuñó y se fué.

Clara miró a Parker con sus ojos claros, y le dijo simplemente:

—Muchas gracias.

Sí. Era la miseria la que entraba en la casa. Amenazaban con llevarse los muebles, de los cuales no se había pagado más que una parte. Las comodidades escaseaban, y las dos muchachas tenían los ojos enrojecidos casi siempre.

Parker observaba y callaba. Los ojos claros y her-

mosos de Clara lo perseguían en sus sueños. El obscuro drama de aquellas dos pobres mujeres empezó a preocuparle.

Un día Claudio Parker observó, aterrado, que amaba a Clara Kendrick, él, un marino endurecido, acostumbrado a las brutalidades de la existencia errante, él, que no podía viajar en primera clase sin escandalizar a las mujeres con su pipa y sus borracheras.

No lo quiso creer. Se engañaba a sí mismo.

En el rudo corazón de aquel aventurero de cerca de cincuenta años, la pasión por la rubia y frágil muchacha de la pensión hizo estragos. Sus ojos la seguían por la casa. Más de una vez quiso pagar cuentas apremiantes que llevaban cobradores insolentes, pero ella no se lo permitía, altiva y pálida.

—Pagaremos después, cuando cobremos un dinero que nos deben — aseguraba, enrojeciendo un poco.

La verdad era que ella y Anita no sabían qué hacer. Pensaba, llorando, en las noches largas, mientras los obscuros rumores de la calle 25 de Mayo, interrumpidos por el carillón de la Torre de los Ingleses, subían hasta el quinto piso, que un día, un día próximo, ella y su prima tendrían que cerrar la casa de pensión y buscarse la vida en las calles.

Hacía seis meses que la señora Kendrick había muerto. Las deudas las agobiaban. En la pensión no había más que tres personas. Parker, y un joven matrimonio norteamericano. Pagaban con puntualidad, era cierto, pero no bastaba para el presupuesto. Un día el marino y los norteamericanos se cansarían de los eternos «Irish stews» y los guisos de verdura, y se irían...

Fué entonces cuando la pasión de Claudio Parker se le hizo evidente.

Anita lo había comprendido hacía días.

—Te ama — le dijo, sencillamente.

Clara palideció.

—No... No...

Se resistía a creerlo. Toda su alma de mujer delicada rebelábase contra aquel desconocido, que le había dado pruebas de bondad, pero que no era más que un desconocido, un hombre rudo salido de quién sabe dónde...

—Sí, Clara; Parker te ama — repitió la pobre Anita, grave.

Guardó silencio. Pero Clara adivinó lo que pasaba por el pensamiento de su prima. La muchacha, fatigada en los duros menesteres de la cocina y de la limpieza, pensaba en el rico extranjero... Parker surgía entre ellas y la miseria y la vergüenza.

La sombra pálida y cansada de la señora Kendrick se levantaba ante ellas.

—¿Qué piensas hacer?

Las notas de plata del carillón vibraban en el barrio.

—No lo sé, Anita, no lo sé...

Al día siguiente fueron a quitarles los muebles.

Parker, que volvía de una excursión callejera, una de sus diarias y misteriosas excursiones por las calles de Buenos Aires, comprendió que había sonado la hora de la catástrofe.

Era el momento de intervenir.

Sin escuchar las débiles protestas de Clara, que lloraba dulcemente, pidió las facturas del mueblero y pagó.

El cobrador se fué, maravillado y sonriente.

—¿Qué ha hecho usted, señor Parker?

Anita desapareció.

Hubo un largo silencio. El marino la miraba, y su rostro curtido se enrojecía visiblemente. Gotas de sudor aparecieron en su frente, a pesar del frío.

—Lo que debía hacer miss Kendrick — dijo con voz insegura.

Sintió ella llegado el momento definitivo de su vida. Aquel hombre rudo y tembloroso la amaba, y le iba a pedir que se casara con ella. Volvió a su memoria el

recuerdo de su madre, las casas de pensión sórdidas de la calle Almirante Brown y de Belgrano, la lucha de años y años con la pobreza, el duro trabajo de todos los días, de ella y Anita, dos pobres muchachas solas en la inmensidad de Buenos Aires...

Callaba, muy pálida. De la cocina venía un rumor de cacerolas y de agua corriendo de una canilla. Un vago olor de «Irish stew» empezó a llenar el departamento.

—Tengo que hablar con usted, miss Kendrick — dijo él, al cabo de unos instantes, y ella se estremeció.

—Hoy no, Mr. Parker... Hoy no — balbuceó, cada vez más pálida. El hombre la miró fijamente.

—¿Mañana, entonces?

—Sí, mañana...

El agua seguía corriendo en la cocina.

IV

LA REVELACION DE PARKER

Estaba resuelto.

Después de una noche de lágrimas, Clara Kendrick se resignó. La vida era cruel para algunas mujeres, pensaba. Había sido dura y triste para su pobre madre, en los largos años, dolorosos y difíciles. Ahora, para ella llegaba el instante del sacrificio. Todos los sueños de su juventud se derrumbaban, ella que soñó, como todas las mujeres, el romance de amor.

Se casaría con Claudio Parker.

Anita, en el fondo de su cocina, comprendió algo de lo que pasaba por el alma de su prima. Sus ojos vivaces escudriñaban el rostro adorado, y a ella también, un vago remordimiento la asaltaba.

Parker, muy afeitado, con un traje nuevo, esperaba nerviosamente, acechaba el instante supremo.

El instante llegó después de almorzar.

Fué una ceremonia rápida.

Al escuchar la respuesta afirmativa de Clara Kendrick, el marino palideció levemente bajo su piel bermeja y rugosa.

—¡Qué feliz me hace usted, Clara! — dijo, y sus robustas manos de marinero temblaron un poco.

La boda se fijó para el mes siguiente. Parker trató de apresurar la fecha, pero Clara insistió, y se vió obligado a resignarse.

El casamiento pareció un sueño al antiguo capitán de veleros. Casáronse civilmente y por la iglesia protestante. Parker había pagado todas las deudas de la pensión, y cubierto de valiosos obsequios a Clara, sin olvidar a la pobre Anita, quien, por primera vez en su existencia, su obscura existencia de muchacha pobre, salía de su condición de Cenicienta.

Consumada la boda, en presencia de algunos escasos amigos de Clara y de su prima — pues no conocían a nadie en Buenos Aires — los recién casados partieron, por deseo de Clara, a Entre Ríos.

Quería la pobre esconder su melancólica luna de miel lejos de la ciudad de su niñez y su juventud.

Unas buenas mujeres que conocieron a su madre, allá en las viejas casas de pensión de otros barrios, invitadas a concurrir a la boda, miraban curiosamente a la novia. El semblante pálido y triste de Clara Kendrick les reveló su drama interior.

En cuanto a Parker, el exmarinero, trataba inútilmente de ocultar su turbación manifiesta. Hasta la víspera de la boda, bebiendo solo en los pequeños bars del paseo de Julio, sentía por momentos un vago remordimiento. Pero no era el remordimiento de antaño el que le hizo atravesar los mares en «La Cruz del Sur» y cambió su destino.

Pero en cuanto el pastor hubo pronunciado las pala-

bras rituales, en cuanto sus ojos contemplaron extrañamente conmovidos el rostro descolorido de Clara, un sentimiento insólito embargó su ánimo.

Los ojos curiosos y sagaces de Anita sorprendieron su expresión. Por un instante, la pobre muchacha creyó vislumbrar el alma hermética de aquel hombre que se acababa de casar con su prima y de salvarlas a las dos de la miseria y la vergüenza.

Se quedó pensativa.

Clara regresó sola de Entre Ríos cuatro días más tarde, extrañamente agitada.

Anita, que no la esperaba aún en el departamento de la calle 25 de Mayo, que contaba con dos pensionistas nuevos, la recibió sorprendida.

La Cenicienta de la casa de pensión ignoraba lo que resolvería su prima. Ya era rica. La fortuna de Parker era evidente. Creía Anita que seguiría, no obstante, con la casa de pensión, pero en circunstancias diferentes, con sirvientes, un cocinero. Ella ya no tendría que levantarse a las cinco de la mañana, como lo había hecho toda su vida...

Se presentó de regreso una tarde muy fría. Una menuda llovizna descendía sobre Buenos Aires, y los sones del carillón vibraban opacos y apagados en el barrio turbio y familiar de tiendas árabes y de pequeños cafés.

—¡Clara!

Besó a su prima, y sintió que sus mejillas estaban heladas, sus manos yertas.

—¿Estás enferma?

Clara no contestó. Sus ojos, sus hermosos ojos azules miraban con expresión extraña y fija.

—¿Qué tienes, Clara? ¿Qué ha sucedido? ¿Y Parker?

Hubo un instante de silencio. Indistintamente, Anita adivinó un drama. Una congoja súbita, inexplicable, invadió su corazón.

—Ven, Anita...

La siguió hasta la salita de la casa de pensión. Era la habitación donde había muerto la señora Kendrick.

—Tenemos que irnos, Anita... Tenemos que huir de aquí, de él...

Anita creyó que un abismo se abría bajo sus pies.

—Tenemos que irnos — repitió Clara, lívida, con los ojos secos y trágicos.

—Pero, ¿qué ha pasado?

Una expresión horrorizada se dibujó en el rostro de Clara. Su prima la contemplaba aterrada.

Lentamente, Clara empezó a hablar.

—Es Parker... Allá, en Entre Ríos, me confesó que Claudio Parker no era su verdadero nombre... Vino a Buenos Aires en busca de una hermana... Esa hermana era todo lo que quedaba de su familia, de aquella familia a quien había abandonado cuando él tenía doce años, en Liverpool. Anduvo rodando por el mundo, sin acordarse de sus padres ni hermanos... Todos murieron, y sólo quedaba la hermana mayor. Fué a buscarla treinta y cinco años después, cuando ya era rico. Supo que ella se había venido a Buenos Aires, sola. Cuando se hizo rico, sintió el remordimiento de haber abandonado a todos los suyos, hacía tantos años... Pensó en aquella hermana pobre y solitaria, rodando por la tierra. Y la buscó... La está buscando todavía... No sabe... ¿Comprendes, Anita?

Anita no quería comprender... Era demasiado horrible...

—Parker se llama Green, Roberto Green... ¿Comprendes, ahora? Su hermana era mi madre... Tu tía... ¡Oh, es demasiado horrible, Anita!

Era verdad.

El exmarinero lo había contado todo, durante la miserable luna de miel. Había venido a Buenos Aires en busca de Sara Green, su hermana. Sara Green—¡pobre mujer!—se casó en la Argentina, veinticinco años antes,

con el honrado Tomás Kendrick, quien murió dejándole a Clara recién nacida y a Anita, una sobrina huérfana. El buscaba, seguía buscando a una Sara Green llegada de Liverpool, allá por 1894. No parecía pensar que se hubiera casado y hubiera cambiado de nombre.

—¡Dios mío! — sollozó Anita. — ¿No lo sabe?

—No...

En el alma simple y religiosa de aquellas muchachas protestantes, el horror del incesto asumía proporciones trágicas; Clara se había casado con su tío, sin saberlo, y el horror de aquella unión criminal la atormentaba como un suplicio del infierno.

—¿Por qué se cambió de nombre?

Clara no lo sabía. Parker, o Green, le confesó que tenía motivos para hacerlo, aunque jamás hubiera cometido un crimen ni nada parecido. Los marinos suelen hacerlo, habíale dicho, sin mayores explicaciones.

¡Roberto Green! Pensó en aquel nombre misterioso que su madre pronunció al morir: Roberto, en Liverpool. Era el mismo...

Al saberlo, allá en Entre Ríos, Clara huyó, sin revelarle la espantosa verdad. Quiso irse lejos, donde nunca la encontrara, donde no lo supiera nunca. Pero el recuerdo de Anita la trajo a Buenos Aires, para prevenirle y desaparecer.

—Tenemos que irnos — repetía — para siempre... El vendrá a buscarme... Debemos dejar todo esto, Anita...

El carillón de la Torre de los Ingleses vibró sordamente bajo la lluvia.

V

EN EL MAR

«La Cruz del Sur» surcaba las aguas del Atlántico en sus viajes interminables. La espuma cantaba sus can-

ciones eternas y monótonas en la estela del viejo vapor.

Bajo las estrellas lejanas, sobre el júbilo salvaje de las olas, el hombre fumaba una pipa pestífera. El viento frío bramaba en las cubiertas y azotaba su figura inmóvil.

Los blancos tejados de Montevideo se perdieron a la distancia. Buenos Aires estaba muy lejos ya, y no volvería a ver nunca sus calles angostas, sus altos edificios, sus noches inquietas y profundas.

¡Buenos Aires!

Allí se había desarrollado el drama de su vida. El incesto inconsciente, el espectro de su hermana muerta al cabo de una existencia de pobreza y de trabajo, llenaban su alma de sombras amargas y torturadoras.

Pensó que era el castigo. Sus culpas habían hundido su alma miserable en las tinieblas. Los hombres no deben abandonar jamás a los suyos, ni vender a su patria.

Arreciaba el viento helado del océano. Volvía a su memoria el semblante lívido y espantado de Anita, cuando volvió al departamento en busca de su mujer, que lo abandonara de modo tan inexplicable en el pequeño hotel del Paraná, cuatro días después de la boda.

Volvía a escuchar las palabras de Anita:

—Clara se ha ido... No quiere volverlo a ver nunca más. Váyase...

Después, la explicación terrible, las pruebas del parentesco con Clara, los retratos borrosos que la pobre Sara Kendrick conservaba del pasado distante.

¡La hija de Sara! Si hubiera llegado seis meses antes a Buenos Aires, en su misión de expiación, lo horrible no hubiera sucedido nunca. Su arrepentimiento había llegado demasiado tarde, y ahora todo había concluído. La vida de los dos estaba quebrada para siempre...

El pasajero continuaba fumando y mirando la estela espumosa.

Había huído de Buenos Aires, después de la revelación. Había querido dejarle todo su dinero, su maldito dinero, a Anita, pero ella rehusó. La dejó llorando en el departamento de la calle 25 de Mayo, y se fué.

Ni sabía dónde iba. Lejos, a Europa, al Africa, al Oriente de los burdeles y los cafés marítimos.

El pasado irreparable volvía siempre en la vida miserable de los hombres. Todas las sombras, todos los remordimientos, todos los errores, volvían a asaltar a los pecadores en las encrucijadas misteriosas de la existencia...

Y a medida que el vapor corría por los mares, llevándose el drama profundo de su alma, Roberto Green evocaba nuevamente, con áspera pesadumbre, con atormentadora congoja, las memorias remotas, las miserias distantes.

El drama antojábasele un sueño extraño y terrible.

En medio de las sombras del mar, el semblante de Clara Kendrick le sonreía con trágica expresión.

¡La hija de su hermana!

Y veía otra vez, como en el pasado remoto y desvanecido, a su hermanita Sara, corriendo por las callejas del barrio marítimo de Liverpool, cuando él se fué para no volver nunca, sus cabellos rubios desgreñados, su vocecita infantil, llamándolo desde el umbral de la casa pobre donde ambos nacieran:

—¡Bobbie!

Y era hija de esa chiquilla rubia la que había tenido entre sus brazos rudos, turbado de pasión, allá, en un pequeño hotel de una ciudad desconocida, por la que pasó con su amor miserable como una gaviota por el viento.

—¡Bobbie!

La vocecita de hacía treinta y cinco años parecía cantar entre el rumor de las espumas, entre el jadeo angustioso de las máquinas del vapor.

Sí. Se iría lejos. Todo puede borrarse en el alma atormentada y triste de los hombres.

El viento de la noche soplaba con furia, barriendo las cubiertas abandonadas del paquete.

Apagó su pipa y se dirigió al bar del vapor. Mientras bebía, un vago consuelo pacificó su alma. Clara era joven, podía rehacer su vida, olvidar quizá. Todas las deudas estaban pagadas. Ella y Anita seguirían viviendo tranquilas en la casa de pensión, mientras él se perdía por la tierra, esta vez para siempe...

A media noche, los viajeros de primera clase vieron a un hombre de aspecto rudo que se dirigía tambaleando, medio ebrio, a su camarote.

Era el viajero de «La Cruz del Sur».



Portada ilustrada por Alejandro Sirio.

INDICE



Dióse fin a la
impresión de es-
te volúmen el
día XV de JULIO
:: del año ::
MCMXXVII por la
Sección Gráfica
:: : de la : ::
EDITORIAL ARGENTINA
"E. D. E. N."

